CARAS Y CARETAS

LA VÍCTIMA DE LOS ACAPARADORES



— ¿Y el pan? — Ha subido. — ¿Y la carne? — Ha subido. — ¿Y el azúcar? — Ha subido.
— ¡Caramba! Aquí todo sube, pero a esta mesa no llega nada.

GINEBRA
"Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ

MOSS & C.ia
UNICOS IMPORTADORES



Muéstrame como escribes y te diré como estás

Así como determinadas facies o alteraciones de la fisonomía denotan la clorosis, la dispepsia y otros padecimientos, la escritura puede servir en muchos casos, según dice un médico, como elemento de diagnóstico en la patología.

En esta opinión abundan los grafólogos, para los cuales los caracteres de la escritura son inequívocos reveladores de enfermedades, aun cuando todavía no se haya logrado obtener una definición completa de cada escritura con respecto a cada padecimiento. Lo que sí se da como cierto es que un escrito en líneas ascendentes indica actividad, satisfacción y alegría, por cuya razón las personas enfermizas no escriben de ese modo, sino al contrario, en líneas descendentes o caídas, que son las características de los desanimados y de los débiles. De semejante manera escriben las personas que tienen dolor de muelas, las personas amagadas de congestión cerebral, los dispépticos y los tísicos.



Lo antedicho puede dar al médico nada más que un indicio para formular el tratamiento; pero hay otros casos en que la escritura suministra datos más precisos. Letras a medio acabar, de forma imperfecta: la *a*, la *o* y la *g* con la circunferencia sin terminar, denotan perturbación mental. En tales casos el tratamiento debe consistir en ejercicios, distracciones, tónicos y estimulantes; pero antes de todo hay que comprobar si tales faltas provienen, como muchas veces suele ocurrir, de haber trazado el escrito con una pluma vieja o abierta.

Por la grafología se puede averiguar si un individuo padece alguna enfermedad del corazón, porque en los períodos de asistolia la respiración rápida que los acompaña no permite al que escribe posar suficientemente la pluma para que deje un rastro de tinta, y toda la escritura sale llena de borroncitos. Estos casos requieren una alimentación láctea.

Los médicos conocen hace ya mucho tiempo la escritura que caracteriza a la afasia (pérdida de la memoria de los signos), y que consiste en trazar grupos de letras faltos de significados y en repetir las consonantes y las vocales. La parálisis general se demuestra por omisiones de sílabas y de palabras, y en los hombres de letras por un olvido completo de la ortografía.

Letras temblonas y líneas tortuosas son las características de la escritura de los alcoholizados. En este caso sólo puede recetarse al paciente templanza.

Si las letras temblonas son uniformes, revelan parálisis incipiente. Si, por el contrario, son irregulares y las curvas de la *o* y de la *a* se convierten en ángulos y la *l* y la *j* presentan codos bruscos, hay que aplicar un tratamiento de antipirina y bromuros, porque el que escribe tiene tendencia a padecer corea o baile de San Vito.

Los rasgos de la pluma bruscos y la letra muy inclinada con rabos estrambóticos en los finales de cada palabra, denota histerismo Si las letras *s* y *r* son mayores que las demás, y si las mayúsculas son del tamaño de las minúsculas, y si las palabras subrayadas están rodeadas de garabatos de carácter ornamental, el caso es grave, pues indica aberración mental y aconseja la reclusión del escribiente en un manicomio.

Sin incurrir en exageraciones ni tratar de obtener de la grafología más de lo que puede dar, puede admitirse que muchas de las excentricidades que se cometen en la escritura son consecuencia de los diversos estados en que se halla el cerebro.

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con a firma del remitente.

N.º 823. — **¿Qué fórmula es buena para preparar Schampoing, para el lavaje del cabello?**

JUANITA. — La Rioja.

Se prepara disolviendo en 5 litros de agua caliente, 225 gramos de carbonato de soda y 250 gramos de jabón de coco, reducido a virutas.

Una vez disuelto, perfúmese con cualesquier esencia y déjese en reposo durante dos días, hasta que por decantación se pueda retirar el líquido completamente transparente.

——o——

N.º 824. — **Se me cae el cabello; no puedo saber a qué causa obedece, pero creo será la caspa, tengo mucha. ¿Qué usaré?**

DESESPERADO. — Azul.

Alcohol rectificado	400	gramos
Glicerina	100	»
Tintura alcohólica de jabón	100	»
Acido salicílico	5	»
Bálsamo del Perú	25	»
Agua de Colonia	70	»

Mézclese bien y déjese en reposo durante diez días, después de los cuales se filtra y se usa en fricciones sobre el cuero cabelludo.

——o——

N.º 825. — **¿Qué se entiende por la «oreja de *Dionisio*?**

ESTUDIANTE. — Chuquisaca.

El tirano de Siracusa, Dionisio, llevó su desconfianza y su temor hasta hacerse quemar la barba por una de sus hijas, para que su barbero no pudiera jactarse de tener su vida en la navaja. Así es como también, para vigilar a los prisioneros y enemigos que tenía encerrados, había dispuesto un conducto que desde la prisión llegaba a uno de sus aposentos, y que en esta forma le permitía escuchar los lamentos y los complots que tramaban los prisioneros; a esto se llamó ***Oreja de Dionisio.***

Dionisio era también afecto a la poesía, aunque no tenía mayores dotes para ello. Cierta vez, leyéndole al poeta Filoxeno unas poesías inéditas, éste emitió un juicio adverso, y Dionisio lo mandó encerrar a las canteras. Al día siguiente, vuelto a su presencia por su orden, volvió a leerle otra poesía, y Filoxeno, sin contestar nada, se volvió a los guardias diciendo: «¡Volvedme a las canteras!» Dionisio se sonrió y lo perdonó. ¿Habría hecho lo mismo con el redactor de «Válvula de escape»?

——o——

N.º 826. — **¿Cuál es la diferencia entre el significado de las palabras «deber» y «obligación»?**

VÁZQUEZ. — Díaz.

Gramaticalmente, tienen un significado igual. Comercialmente, «deber» es adeudar a alguien una suma cualquiera sin plazo documentado, o, en otros términos, una «obligación» moral. «Obligación» es una deuda «*documentada*», *como un pagaré, etc.*

——o——

N.º 827. — **Habiendo varios que llevan mi nombre y apellido, ¿qué debo hacer para evitar frecuentes confusiones?**

RUBIO. — Corrientes.

Lo más acostumbrado, en los casos como el suyo, es agregar el apellido materno al original.

——o——

N.º 828. — **Amo locamente a un joven, y él no lo sabe. ¿Cómo haré para demostrárselo?**

LITA. — Floresta.

¿Es usted tan ingenua que ignora cómo *engatusar a ese afortunado que la tiene* mal? No lo creemos, ya que Eva, que no nos tenía a nosotros ni mucho menos, supo hacer con Adán lo que ella quiso.

N.º 829. — **¿Dónde y a quién debo dirigirme para pedir un empleo en el Ferrocarril Sud?**

CANTALICIO PACHECO. — Capital.

Al F. C. S.

——o——

N.º 830. — **¿Cómo podré orientar la atención?**

JOSÉ CASAS. — San Nicolás.

La desatención suele ser motivada por muchas causas, entre ellas la debilidad cerebral, y las preocupaciones que distraen la atención hacia aquello que tiene un interés primordial para la vida del sujeto. De no mediar estas circunstancias fácilmente combatibles, ya tonificando el cerebro o dominando la voluntad, sería bueno consultar un especialista para evitar posibles complicaciones.

——o——

N.º 831. — **Desearía saber qué se debe hacer cuando un novio no se casa pronto, estando ya mucho tiempo de novio.**

UNA CURIOSA. — Rosario.

Hay novios-máquinas, novios-parásitos y novios-perennes o continuos. Los novios-máquinas, encantos de las mamás, son aquellos que necesitan, ocho días para afilar de ojito, otros ocho para visitar el refugio de la adorada, dos meses para el compromiso y tres más para el «consumátum», o casamiento. Vale decir, que son aquellos, generalmente, de 35 otoños para arriba que han pensado «seriamente» en dejar de ser solteros, por aburrimiento o por suicidarse. ¡Chi lo sa?

Los novios-parásitos son aquellos que, por faldas o por mangas (para algunos las faldas es cariño, y para otros las mangas... enseñan los codos), se han visto novios de la noche a la mañana, y como no pueden casarse, por... las mangas, siguen siendo novios hasta que les aumenten el sueldo o hereden de algún pariente rico, lo necesario para evitar aquello de contigo pan y cebolla.

Y por último, los novios-perennes o continuos, son aquellos que nacen, crecen y mueren novios, sin ocurrírseles casarse ¡ellos sabrán por qué!

¿A cuál de las tres divisiones pertenece el suyo, Curiosa? Seguramente a la primera, no. Si a la segunda, prométale un buen empleo. Si a la tercera, despídalo con viento fresco.

——o——

N.º 832. — **¿Qué procedimiento debe emplearse para combatir los insectos de las plantas de jazmín?**

FLORICULTOR. — Pigüé.

Pulverizar las plantas con agua de jabón.

——o——

N.º 833. — **¿Cómo se lleva el luto por un padre, y cuánto tiempo?**

CIPRÉS. — Rafaela.

Un año riguroso y un año medio luto.

——o——

N.º 834. — **Deseo saber qué requisitos exige la Escuela Naval y Colegio Militar, para ingresar como alumno.**

UN LECTOR. — Concepción, Tucumán.
UN SUBSCRIPTOR. — Capital.

En los números 925 y 912, respectivamente, se publicaron las condiciones que usted desea.

——o——

N.º 835. — **¿Quién es J. M. Vargas Vila? ¿De qué nacionalidad? ¿Cuáles son sus obras?**

EVAR DE MONS ADANS. — María Juana.

José María Vargas Vila es colombiano, habiendo escrito, entre otras, obras como «Flor de fango», «El camino del triunfo», «Las rosas de la tarde», «Alba Roja», «Los Parias», «Camino de perfección», todas de [illegible]

N.º 836. — **Desearía saber cuáles fueron los presidentes de los Estados Unidos de Norte América.**

ANTHERO CONDE. — R. O. del Uruguay.

Jorge Wáshington: 1789-1797.
John Adams: 1797-1801.
Tomás Jéfferson: 1801-1809.
James Madison: 1809-1817.
James Monroe: 1817-1825.
John Quincy Adams: 1825-1829.
Andrew Jackson: 1829-1837.
Martín Van Buren: 1837-1841.
Guillermo Harrison: 1841.
John Tyler: 1841-1845.
James K. Polk: 1845-1849.
Zacarías Taylor: 1849-1853.
Franklin Pierce: 1853-1857.
James Búchanan: 1857-1861.
Abraham Lincoln: 1861-1865 (asesinado).
Andrés Johnson: 1865-1869.
Ulises Grant: 1869-1877.
Roberto Hayes: 1877-1881.
James Garfield: 1881 (asesinado).
Chester Arthur: 1881-1885.
Grover Cléveland: 1885-1889.
Benjamín Harrison: 1889-1893.
Grover Cléveland: 1893-1897.
Guillermo Mac-Kinley: 1897-1901 (asesinado).
Teodoro Roosevelt: 1901-1909.
William Taft: 1909-1913.
W. Wilson: 1913-1917.

——o——

N.º 837. — **¿Qué se le pone a un asentador de navajas para que dé buen filo?**

PELUQUERO. — Tandil.

En las casas del ramo se vende una preparación para aplicar a los asentadores.

——o——

N.º 838. — **Tengo veintidós años, casada, con un hijo; mi marido es bueno, pero tiene el defecto tan pesado para mí que me hace insoportable la vida, de ser celoso. ¿Qué debo hacer? ¿Separarme de él o seguir sufriendo?**

F. A. — Mendoza.

Los celos es una de las pasiones humanas más incomprensibles y salvajes. Es el exponente más fiel del satánico orgullo de los hombres, y, aunque parezca paradojal y arriesgada la teoría, cuánto más celoso es el sujeto menos enamorado está de la causante de sus celos. Implican ellos, con la duda que engendran, un insulto a la mujer, novia o esposa, ya que se le cree capaz de la falacia de un engaño. Son la negación misma del cariño, pues que una mujer que ama realmente es incapaz de ser infiel.

En el hombre, no es la infidelidad, en lo que implica como negación del cariño, el hecho primordial, causa de su furia. Lo primero, lo que está por sobre todo, es la honra suya, de la que se hace guardián, como de un tesoro insustituíble, olvidando lo demás como secundario, ya sin importancia, desde que por falsas o verdaderas apariencias cree comprender que la mujer «suya» puede deshonrarlo; no piensa, no, que en esa deshonra va envuelta también la muerte del amor de ella: el orgullo le ahoga hasta llevarlo al crimen, sin dejarle más conciencia que la lucha por su honor.

Los hombres que tienen poca fe en sí mismos, temerosos del ridículo, los que hacen de la vida una escala sin fin de apariencias, los que viven «pour la galerie», suelen ser los desconfiados, que pasan luego a ser celosos. ¿Será como ellos su esposo? Desde lejos, sin más antecedentes que cuatro líneas de una carta, difícil es dar un consejo, pero, en cualquier forma, ¿por qué no le confiesa usted a él lo amarga que es su vida por culpa de sus celos? ¿por qué no lo hace a él su confidente, mejor que a nosotros, y ya que es él el causante de sus males, no se los hace comprender? Piense que la franqueza y la sinceridad siempre han triunfado, y que es mejor saberse enemigos cara a cara, que no amigos que se odian una vez vueltas las espaldas.

SOCIEDADES



El «Centro Republicano Portugués» ha ofrecido un baile familiar a sus socios. — La fiesta se celebró con gran brillantez en el salón «La Argentina».



Bello aspecto que presentaba el salón, en el baile familiar que, en honor de la Comisión Directiva del Centro, ofreció el «Círculo Paraná».


BIZCOCHOS CANALE
El bizcocho nacional por excelencia
Fabricado con los mejores productos de nuestra tierra
Para el desayuno. Para postres. Para la hora del té

TEATRO FLORIDA. — En el Pasaje Güemes. — Las funciones diarias. — En el Restaurant



Aspecto de la sala del Teatro Florida, del Pasaje Guemes, durante la función celebrada el jueves último.



La Zazá, aplaudida tonadillera que actúa en el Teatro Florida.

Con el debut de la conocida tonadillera La Zazá y de la bailarina española Rosarito Vega, tuvo lugar el miércoles de la semana anterior la apertura del bonito y confortable Teatro Florida, situado, como se sabe, en el Pasaje Güemes, de la calle Florida, entre Bartolomé Mitre y Cangallo.

El teatro ofrece espectáculos muy entretenidos e interesantes. Las funciones dan comienzo a las 2 de la tarde, con secciones de biógrafo continuado, en los que se exhiben las películas más notables y nuevas que existen en Buenos Aires. Estas secciones duran hasta las 5 p. m.

De 5 a 6 de la tarde tiene lugar una sección doble con cinematógrafo, La Zazá y otros números. De 6 a 7, también hay otra sección con buenas atracciones y vistas.

Por la noche hay secciones a las 9, 10 y 11, y en todas ellas abunda el buen programa atractivo.

Dado el sitio central del Teatro Florida, su confort y el mérito de sus números, se explica el éxito de concurrencia de familias que viene alcanzando diariamente. A esto hay que añadir el precio modesto que ha fijado la empresa y que es de 30 centavos la platea en las secciones de biógrafo y de 40 centavos para las secciones dobles. El palco cuesta sólo un peso por sección.

El Restaurant Florida, situado en el piso último del mismo Pasaje Güemes, es hoy por hoy el sitio señalado para comer bien y por poco dinero. El cubierto, a precio fijo, es de dos pesos y medio para el almuerzo y de tres para la cena.

El servicio es irreprochable, y tanto el lujo de las instalaciones como la orquesta y el paisaje que se ve desde esa altura de 80 metros, son cosas que hacen pasar agradablemente las comidas.



La [illegible] española Rosario Vega, del mismo teatro.

"SALON BLANCO"

es la frase de moda que significa la exposición más atrayente en artículos de

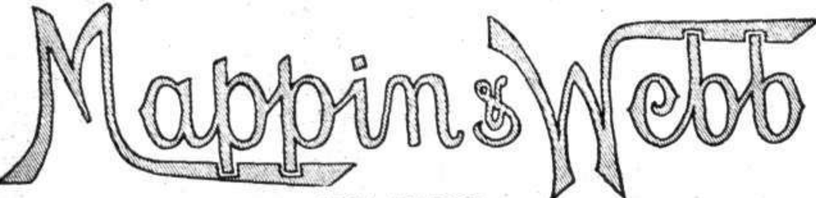
Porcelana y Cristalería

El notable surtido de juegos de mesa que en él se exhiben, es vasto, selecto y moderno, destacándose todos ellos por su inimitable calidad y precios liberales.

El modelo que ilustra este aviso es de fina semiporcelana inglesa, con elegante guarda Bleu de Roi, entre dos filetes de oro. El juego se compone de 108 piezas y su precio es de $ **78.** Lo mismo de este juego como de cualquier otro, podemos suministrar piezas de repuesto, así como también formamos los juegos de acuerdo con las indicaciones que recibamos.

PRECIO FIJO

Prestamos atención especial a los pedidos que se nos confíen del interior de la República.

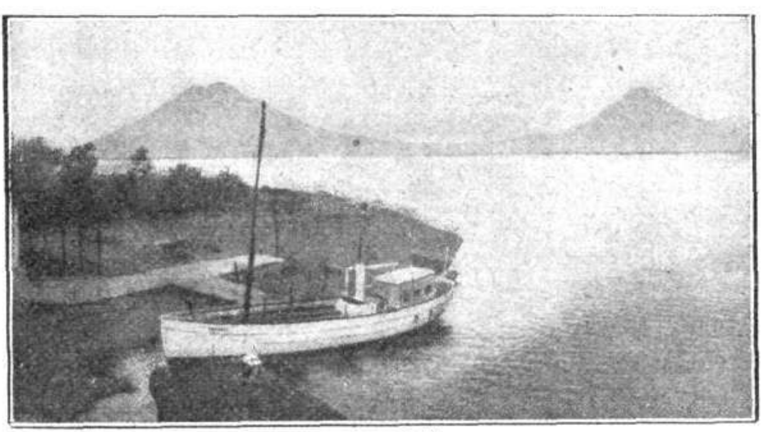


CASA INGLESA

28, FLORIDA, 36 BUENOS AIRES

Rincones de Guatemala

El viajero que sube por las cercanías de la antigua ciudad de Guatemala, al volver la vista hacia abajo, contempla un mar, rojo de siena, formado por los innúmeros tejados de las casas, entre los que se divisan hermosos patios donde hay antiguas fuentes de piedra circundadas de rosas y violetas. Más allá, a los lejos, enfrente, se levanta majestuoso el magnífico cono del Volcán de Agua, cuyos costados, hasta la mitad de su extensión están cubiertos de espesos bosques, y luego, donde no hay árboles, aparecen decorados con las milpas o maizales del incansable indio, el cachiquel, indígena de Centro América. A un lado del Volcán de Agua, las faldas descendentes encuentran otra altura volcánica, la cadena cuyo pico más agudo es el Volcán de Fuego, y el más alto Acatenaugo, denominado el Padre del Volcán, y un grupo de conos montañosos bastante más bajos que se denominan «Las Tres Hermanas.»

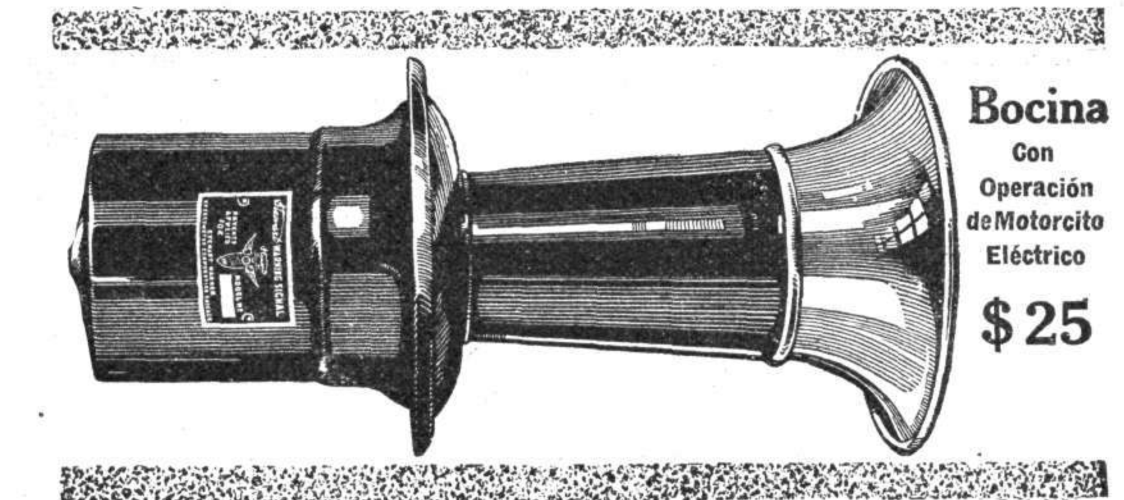


Lago Atitlán.

Siguiendo con la vista las laderas de esos volcanes se verán desaparecer en el horizonte, en una serie de ondas de verdura, e ir a morir al pie de Volcán de Agua. Todo aquel alegre y resplandeciente valle está resguardado por grandes o pequeñas montañas a las cuales puede llegarse por caminos o veredas que se extienden en todas direcciones hacia lo alto de las colinas y más allá. Forzoso es confesar que rara es la vez que los ojos pueden contemplar un conjunto más encantador. Allí se aspira un ambiente perfumado, fresco y delicioso; se contempla el agua, la montaña, el llano, el bosque, y luego se extiende a la mirada ávida la vieja ciudad soñadora y nostálgica en su tranquilidad de Edén. Es aquella la tierra de perpetua primavera en donde nunca ni el frio ni el calor reinan con intensidad y donde durante todo el año la temperatura sólo varía unos cuantos grados. Las flores crecen eternamente y siempre abundan las frutas de la estación, al paso que las faldas de las montañas están cubiertas de una perpetua vegetación que semeja un manto verde. Puede decirse que las lluvias no son excesivas, puesto que en la estación de las aguas suele llover solamente durante una parte del día, y así la naturaleza se ostenta en todo su deslumbrante esplendor con una infinidad de perfumadas flores. Tal vez, de allí nació para los conquistadores la quimera del Paraíso Terrenal...


POLVO GRASEOSO
LEICHNER
El polvo de la dama elegante
SUAVIZA Y EMBELLECE
EL CUTIS
Probarlo es adoptarlo
En venta en la farmacia o perfumería
más próxima donde usted se
encuentre
MENDEL y Cía. - Belgrano, 561
En MONTEVIDEO - Macedonio Ferrari,
Juan Carlos Gómez, 1513
En ASUNCION (Paraguay),
Guillermo Peroni

Cuadro vivo representando el «A. B. C.», por las señoritas Bianchi y alumnas del colegio «Federico Moreno», en la espléndida velada efectuada el 1.° de agosto.



Stewart ¡La Señal de Alarma!

La bocina de uso universal

El sonido majestuoso de la Bocina Stewart es conocido donde quiera.

Se oye en las montañas y campos; en los bosques, en las riveras de los ríos y lagos—en los boulevards y en las ciudades, donde hace que las multitudes se **detengen, vean y escuchen.**

La Bocina Stewart se ha conocido por poco tiempo relativamente, pero, no obstante, figura como la primera de las que tienen mayor aceptación.

La Bocina Stewart de operación a mano, solamente vale $ 16.

y la de operación con motorcito eléctrico, $ 25.

Ninguna otra es mejor y todas cuestan más.

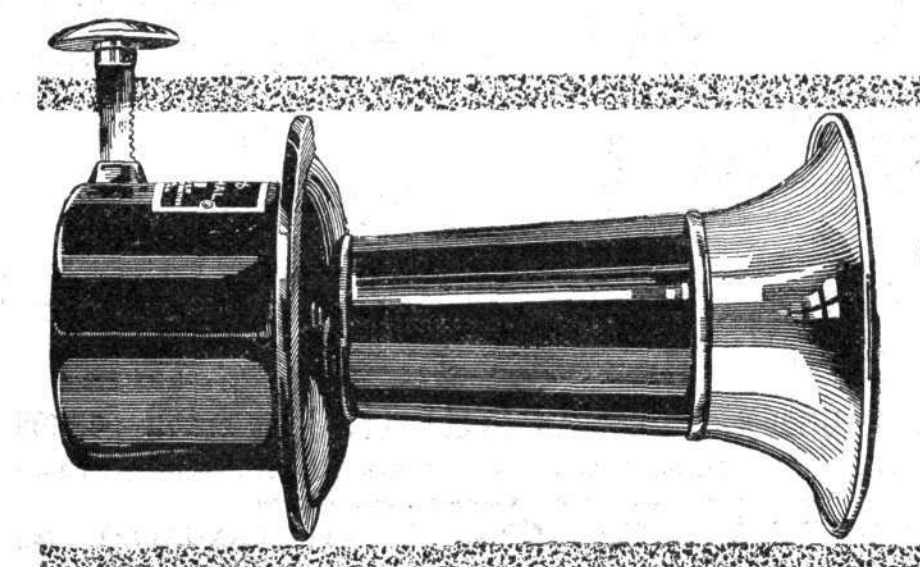
Compre usted una SEÑAL DE ALARMA Stewart para su coche.

Los aparatos Stewart no le costarán nada extra en un coche nuevo, porque la mayoría de los automóviles BUENOS los llevan en su equipo.

Prefiera uno que tenga Bomba Stewart para neumáticos; Velocímetro Stewart; Sistema Stewart de Vacío y Bocina Stewart. Son la seguridad de supremacía.
De venta en los principales almacenes de automóviles y accesorios, asi como en los garages.

Wm. Cooper & Nephews
Distribuidores Exclusivos

242 Calle Lima — **Buenos Aires**

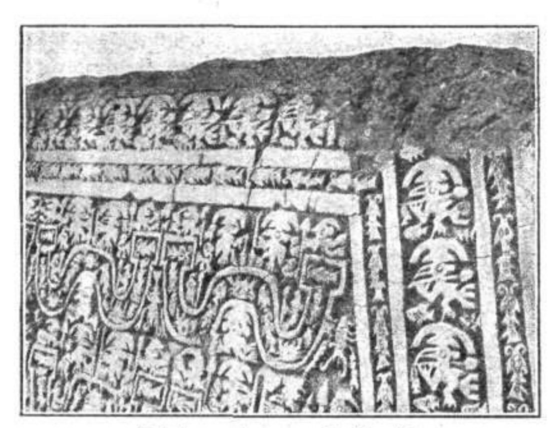


Bocina

Operada Con la Mano

$ 16

Chanchán, antigua capital de Los Chimus



Tallados en los muros de Chanchán.

Al contemplar las estupendas ruinas, últimos vestigios que han quedado de los chimus, — aquella tribu rival de los Incas en poderío y civilización, — que hoy existen cerca de la moderna población de Trujillo, al contemplar esos muros de templos y palacios, primorosamente decorados con trabajos de bajo relieve, esas enormes obras de riego, esos suntuosos sepulcros o huacas que contienen restos de potentados y caciques, se comprende la razón que existe para creer que los chimus fueron verdaderos rivales de los Incas. Cuentan las crónicas españolas que los dos imperios, es decir, el de los incas en las altas montañas, y el de los chimus en la costa, existieron durante largo tiempo el uno al lado del otro, hasta que sobrevino el conflicto que dió por resultado el fin de la supremacía de los «hijos del sol.»

Aquel conflicto debe haber sido para la civilización de Sud América lo que la lucha entre Cartago y Roma para el mundo clásico, resaltando la analogía por el hecho fundamental de que los incas, — como los romanos, — eran un pueblo del interior que se ensanchaba tierra adentro, en tanto que los chimus, a la manera de los cartagineses, eran conquistadores marinos. Los incas procedían del sur y ocupaban las abandonadas fortalezas de una antigua raza de ciclópeos constructores. Según la tradición, el pueblo de la costa vino del norte en una flotilla de balsas. Los eruditos no están de acuerdo en cuanto a la edad de los vestigios que se han encontrado en los valles que dicho pueblo ocupó. Algunos creen que existen pruebas de dos civilizaciones anteriores, al paso que otros sostienen que todo parece indicar que los valles fueron habitados un período relativamente breve, es decir, unos cuantos siglos antes del advenimiento de los españoles. Desde el punto de vista étnico los chimus, así como casi todos los pueblos de la costa del Pacífico de Sud América, al Norte de Chile, poseen los rasgos característicos que se encuentran en una gran parte de los habitantes antiguos y modernos de Centro América y Yucatán, enteramente distintos del tipo de los conquistadores incas de las montañas.

Cuando Francisco Pizarro, conquistador del Perú, llegó al Valle de Chicama, hacía mucho tiempo que la antigua capital de los chimus se hallaba en estado de ruina. Pero los vestigios del pasado esplendor, en ese gran llano, de 100 millas de longitud, bañado por los ríos Chicana, Mansiche y Viru, le sugirió la idea de construir allí la metrópoli del nuevo reino y fundó la población española de Trujillo cerca de las ruinas de Chanchán.

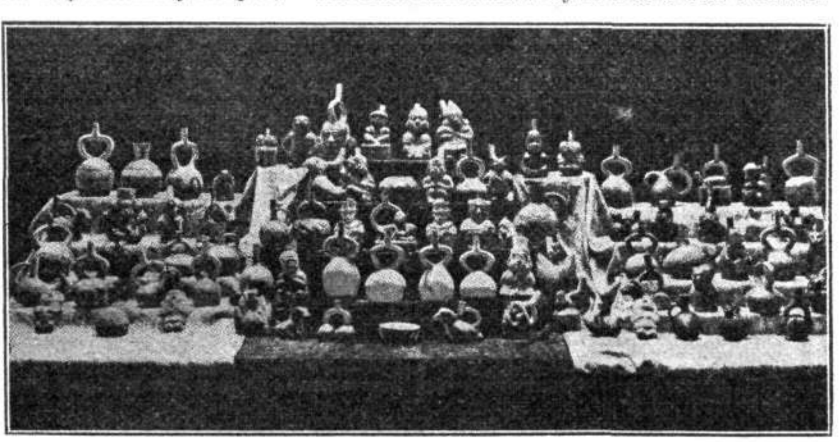
Una visita a estas ruinas, proporciona un amplio campo a las conjeturas y deducciones. Los hermosos salones, parajes, patios, cámaras, que se extienden hacia abajo hasta el Océano Pacífico, ¿son fragmentos o secciones de templos o palacios, o acaso representan vestigios de enormes talleres? No cabe duda de que Chanchán no era solamente una ciudad política y religiosa, sino también el centro de una región agrícola e industrial densamente poblada.

Las obras de riego, acueductos, depósitos de agua y canales, se hicieron en una escala tan grande que desde luego revelan que la habilidad de los chimus en ingeniería rivaliza con la más grande que jamás se hubiera desplegado entre los aborígenes de América. Los detalles de los canales hacen colegir que los terrenos de cultivo del algodón y el maíz se regaban de distinta manera.

El atractivo principal de la ciudad en ruinas lo forman las magníficas decoraciones de bajo relieve, de los muros, algunas de las cuales ostentan brillantísimos colores. Es evidente que allí estaba el palacio del chimu, cuya corte debe haber rivalizado con la de cualquier potentado oriental.

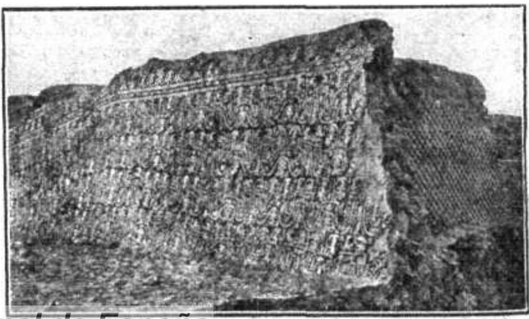
De todos los artículos de alfarería que dieron tanta fama al antiguo Perú, y que tanto llaman la atención de nuestros museos, los mejores proceden de Chanchán. Los que llevan el sello más típico de los chimus, son las vasijas que representan figuras, cabezas y grupos humanos, algunos de los cuales son evidentemente retratos que deben haber sido muy parecidos a los originales.

La extraordinaria calidad del algodón que se produce en la costa del Perú ayudó mucho a los chimus en sus industrias de tejidos. Los trajes y trabajos de tapicería que allí se encontraron también demuestran habilidad en el arte de la tintorería. El gran número de utensilios y herramientas de todas clases que han sido desenterrados, demuestra que todos estos productos eran indígenas y que este pueblo marino no los había importado.



La alfarería peruana.

Los cementerios abundan tanto como los canales de riego, pues los chimus como otros tantos pueblos antiguos, rendían el mayor culto a los muertos, y ese pueblo admirable por todos conceptos ponía también su gran arte en la construcción de sus «mounds» y «huacas.»



Fachada del palacio de Chanchán.


VINO
CORDERO
(GENUINO)
El preferido para postres, fiestas, bautizos y para obsequiar visitas.
Ideal para enfermos, convalecientes, señoras, débiles y ancianos.
Agradable, puro y reconfortante.


VINO CORDERO
NATURAL
CORDERO
Nº 1
FRANCISCO
CORDERO
MEDALLA DE ORO PRIMER PREMIO EN LA
NACIONAL EN
CORDOBA
1871

De Corrientes

ALVEAR. — Niñas que tomaron parte en la velada literaria que tan brillantemente llevó a cabo el Colegio de Nuestra Señora de Rosario, en el teatro San Martín.

TE HORNIMAN

El más superior de todas las marcas conocidas. En los viajes y sitios de recreo el "TE HORNIMAN" es el inseparable de viajeros y turistas.

DE VENTA EN TODOS LOS BUENOS ALMACENES

Importadores: GONZALO SAENZ y Cía. - Maipú, 29. Buenos Aires



Precio $ 0.20

Nada más confortable, después de la comida, que una copita de **Coñac Domecq** y un cigarro de hoja **Peninsular,** de la Cía. Arrendataria de Tabacos de España. El Gobierno español exige, en la elaboración de estos cigarros, que han de contener tabaco habano.

Importadores: GONZALO SAENZ y Cía.



PARA LOS NIÑOS

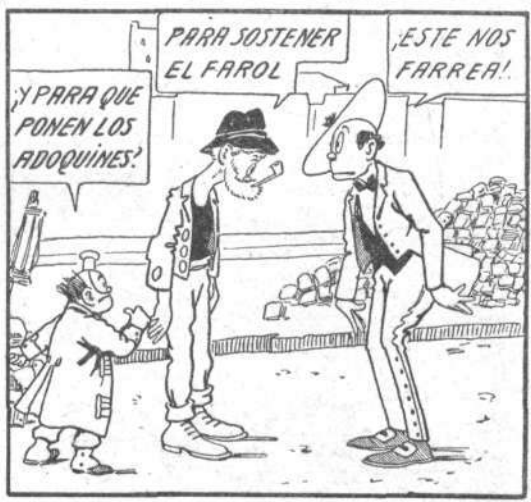
AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN

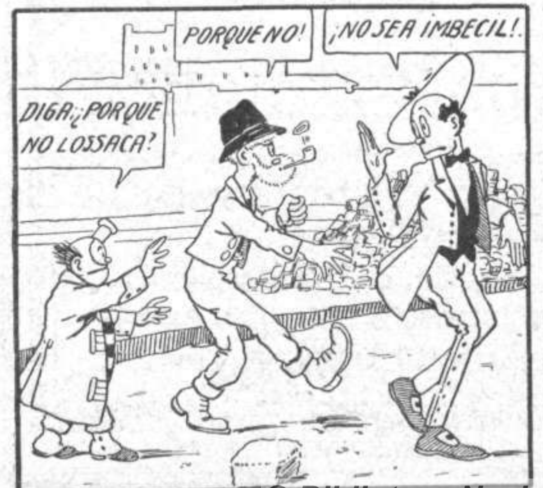















Jarabe Roche
Jarabe Roche
Ch. Weiss
los Constipados
antiguos y recientes
Tos Bronquitis
Son radicalmente curados
por el
Jarabe
"ROCHE"
da
Pulmones robustos
y precave la
Tuberculosis.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 12.

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



TRAJES PARA MEDIA ESTACION

Avisamos a nuestros clientes que ya hemos recibido todo el surtido de casimires de medio tiempo, especiales para trajes sobre medida.

TRAJES SOBRE MEDIDA

DESDE $ 95 A $ 50

TRAJES CONFECCIONADOS

DESDE $ 59.50 A $ 39.50

LOS PRIMEROS EN ELEGIR SE LLEVARAN LO MEJOR

Soliciten nuestro catálogo; se remite gratis

A. De Micheli y Cía

Avenida de Mayo, 1001, esq. Bernardo de Irigoyen - Buenos Aires

CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES




Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con cajas conteniendo juguetes y entretenimientos atrayentes o libros de estampas.

Los sobres deben dirigirse: **«Concurso infantil»**, CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1831 — Lección de canto.
AIDA PESANTE.



1832 — Con mis muñecas.
AMALIA SAAVEDRA.



1833 — Esperando a su patrona.
J. DATTO.



1834 — De paseo.
F. R. MELIANTE.



1835 — Mi prima.
J. LIVIERES.



1836 — Pata de palo.
A. RUA.

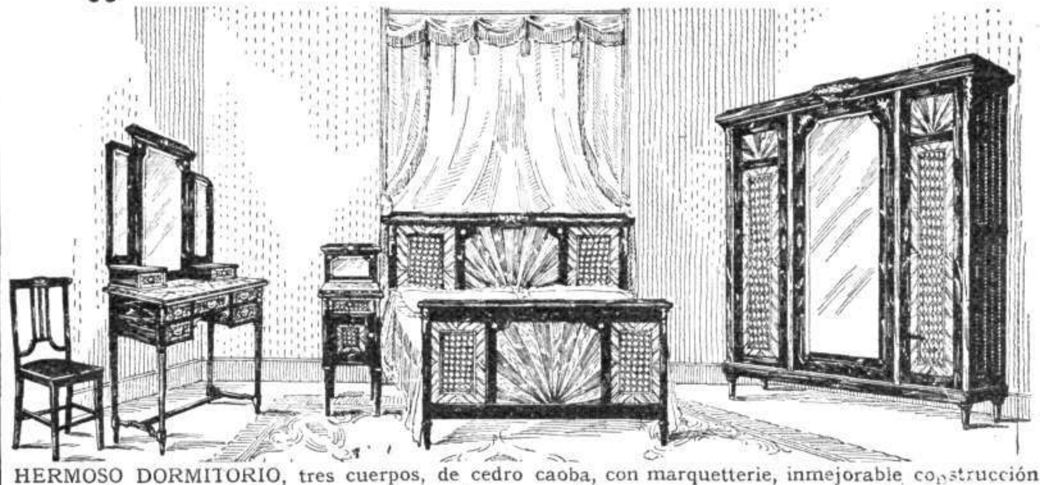


1837—Al colegio.
L. MARTÍNEZ



1838 — Curbina fresca.
ANA JAUREGUIBERRY.





HERMOSO DORMITORIO, tres cuerpos, de cedro caoba, con marquetterie, inmejorable construcción con aplicaciones de bronce, compuesto de ropero tres cuerpos, cama camera, toilet, mesa de luz, dos sillas, percha, rollo, etc. .... $ **395**

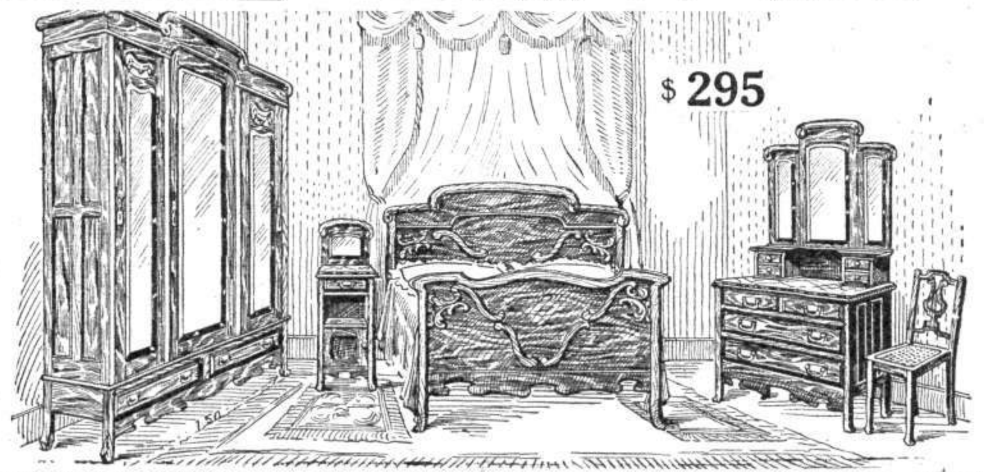
El mismo, más chico .... $ 360.—

HERMOSO COMEDOR holandés, de cedro y caoba maciza, con incrustaciones de bronce, cristal y mármol de los mejores, las dos piezas, pesos **285**

Con mesa para 12 cubiertos y una docena de sillas, $ **415.**—



Para el interior, compras mayores de $ 300, se **REMITEN LIBRES DE GASTOS** hasta su **DESTINO**, no distando más de 7 horas de ferrocarril de la CAPITAL. La casa responde por roturas y desperfectos en el trayecto.



HERMOSO DORMITORIO para matrimonio, de tres cuerpos, roble norteamericano, compuesto de 8 piezas .... $ **295**

PIDA CATALOGOS 5, 6 y 7. — **En la ciudad: VENTAS A PLAZOS.**

"LA PROVEEDORA DE LAS 14 PROVINCIAS"

COOPERATIVA TELEF., 453 (Oeste)
UNION TELEFONICA 1065 (Mitre) - **D. ETKIN** - 2741, Rivadavia, 2745 - Casa fundada en el año 1897

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.



— Usted sabe que al final de cuentas todo ladrón encuentra el castigo.

— ¿Y el que roba un beso?

— También, porque termina casándose.

R. MOCK.

—

— Parece mentira que un hombre fuerte como usted se atreva a pedir limosna.

— Al contrario; precisamente porque soy fuerte, muchos me dan limosna sin rezongar.

R. B. N.

— Voy a bailar con su hija de usted.

— Es inútil. Mi hija no baila valses.

— ¿Y rigodones?

— Tampoco.

— Entonces diga usted que no sabe bailar.

— Al contrario. Se pasa la vida bailando.

— ¿Cómo?

— Sí; tiene el baile de San Vito.

LUIS V.

—

Un hombre entró en un restaurant y pidió un café. Cuando lo hubo tomado, llamó al mozo y le dijo:

— Este café tiene sus puntos buenos y sus puntos malos. Su bondad consiste en que no tiene achicoria.

— Tiene razón — replicó el mozo, vislumbrando una buena propina.

— Pero tiene un defecto.

— ¿Cuál?

— Que tampoco contiene café.

E. CASAL.

—

Entra un señor en una barbería y le dice al barbero:

— Córteme el pelo, pero córtemelo bien cortito, porque hay crisis y no tengo plata para cortármelo tan seguido.

El barbero. — Entonces es mejor que se lo arranque. LANZA.

En el juzgado:

— Por el hecho de haber pegado al señor una patada, queda usted condenado a pagar un peso de multa.

— Ahí van cinco.

— Da usted cuatro de más.

— No, señor; es que en cuanto salga a la calle, voy a darle cuatro patadas más.

H. C.



— ¡Señora, una limosna, por Dios, que no he comido!

— ¡Caramba! Todas las mañanas me dice usted lo mismo.

— Y no miento, señora. Es que no como hasta las tres de la tarde.

CARIOL.

La naturaleza hace nuevos cutis.

(Del "Family Physician.")

Es un hecho conocido que la piel humana está sufriendo constantemente un cambio de desgaste y renovación. Cuando se avanza en años, o la vitalidad declina, este cambio de tejidos se entorpece. La piel mortecina y manchada, permanece, tanto tiempo, que las personas se quedan con cutis "pobre".

El sentido común nos dice, que esta epidermis mortecina no se la puede hacer revivir o hermosear con cosméticos, abluciones o polvos. El remedio natural que hay que hacer, es quitar la piel ofensiva, llevándose el cutis malo. Se ha visto que la cera ordinaria mercolizada, absorbe completamente la piel debilitada, en partículas pequeñas, tan suave y gradualmente que no causa molestia alguna. La cera mercolizada — que se puede comprar en cualquier botica — se pone por las noches lo mismo que si fuera cold cream, y se lava por las mañanas. Si quiere usted tener un cutis brillante y hermoso, use este sencillo remedio.



La espuma dominando al mundo

Los que han dedicado alguna vez sus energías a la rendición de una fortaleza, sea de la clase que fuere, son los únicos que pueden darse exacta cuenta del esfuerzo gigante que se requiere para llegar a la posesión completa del universo. Si al hecho consumado se agrega que el dominador es un elemento tan sutil, tan débil, que se diluye en cuatro dedos de agua, con mayor razón aquéllos habrán de admirar los buenos puños del propagandista. Bien es verdad que el milagro no podría operarse, si la cosa no llevara en sí fuerza robusta de expansión, bondad y baratura.

Estas dos condiciones esenciales son las que principalmente caracterizan al jabón Reuter. Dinero y constancia ha costado al propagandista la divulgación del Reuter, pero es preciso decir que la mercancía es sumamente agradecida. Cuanto trabajo se le dedica, resulta reproductor. Donde se lanza el jabón Reuter, allí se queda. Vence en toda la línea, porque es el mejor; porque resulta el más beneficioso. Sobre todo, sus mayores victorias las ha obtenido siempre entre el sexo femenino, y ya es sabido que, alcanzado el amor de las mujeres, lo demás se nos da por añadidura.

Saluden, pues, los grandes luchadores al gigante Goliat, que ha sabido dominar al mundo con la suavísima y deliciosa espuma del Jabón Reuter.



No tiene usted necesidad de ser un catador para evidenciar la delicada superioridad del

Oporto DOM LUIZ

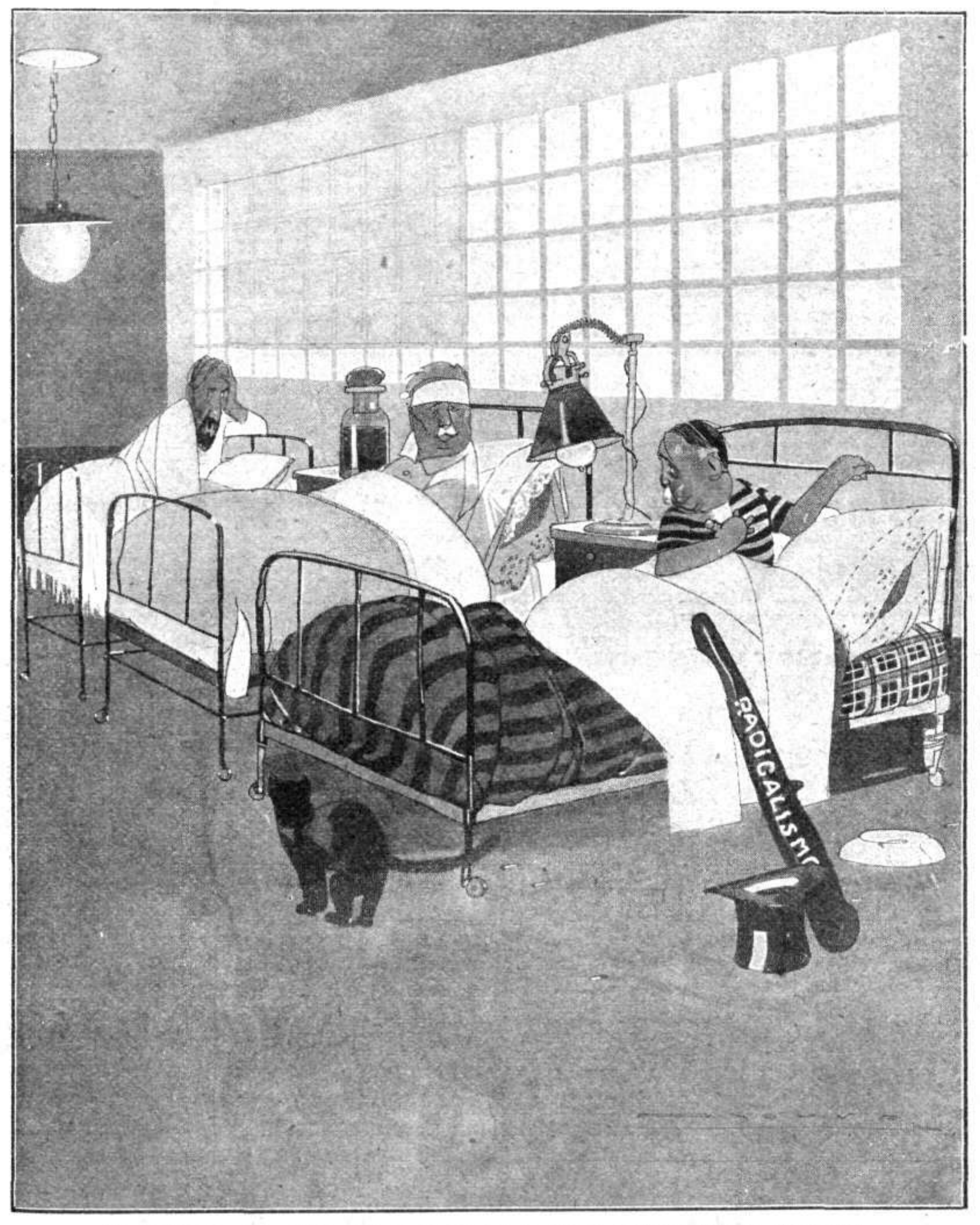
Pruébelo a la hora de la merienda o juntamente con los postres y quedará usted encantado con su delicioso sabor.

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XIX — BUENOS AIRES, 26 DE AGOSTO DE 1916 — N.º 934

Enfermedades de moda



De La Torre.—El médico me ha recomendado reposo porque padezco de dengue.

Villanueva.—A mi me dice que padezco de influenza.

Ugarte.—Pues a mi lo que me tiene postrado es el trancazo.

Dib. de Alonso.

66.° aniversario de la muerte del general San Martín



El Dr. Juan B. Balestra, en representación del "Centro Correntino", inició los discursos que se pronunciaron en el homenaje.



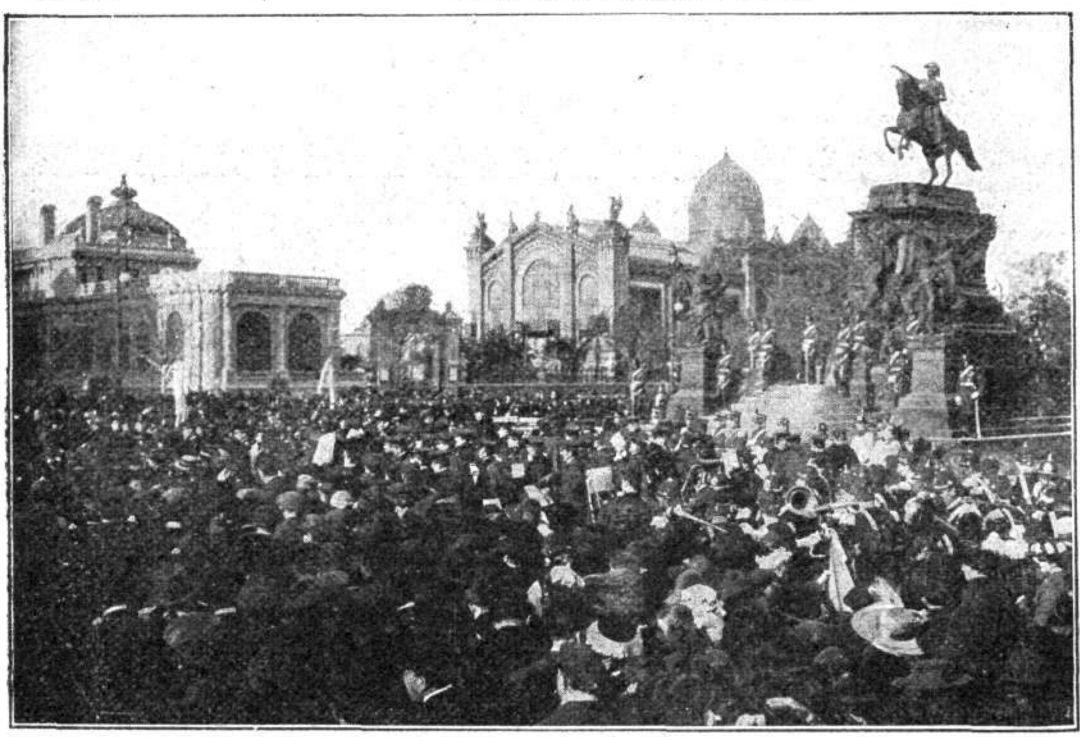
El coronel Carlos Martínez, jefe del regimiento Granaderos a Caballo, en representación del Ministro de la Guerra.



El Dr. Benjamín González, hablando en representación del Gobierno de Corrientes.

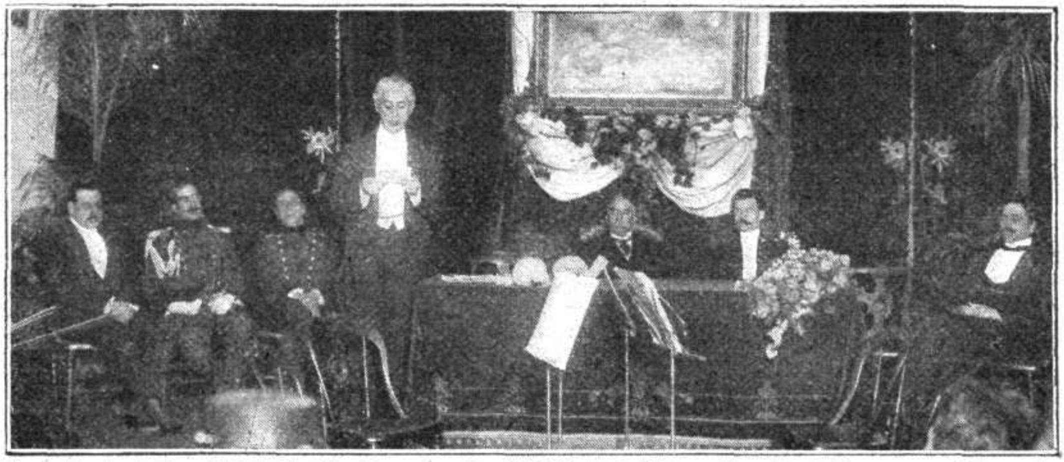


La banda municipal y la fanfarra del escuadrón, ejecutando el Himno Nacional, que fué coreado por los alumnos de las escuelas de los consejos escolares primero y segundo.



Vista general del grandioso aspecto que ofrecía la plaza San Martín, en el acto del homenaje, al que asistieron gran número de jefes, oficiales, diputados y senadores, siendo también muchas las damas que concurrieron.

Conmemoración del 5.° aniversario de Ameghino



El presidente de la sociedad Científica Argentina, Dr. Nicolás Besio Moreno, leyendo el discurso en el homenaje que dicha asociación celebró el día 12 del actual, en memoria del sabio investigador.

Visita presidencial



El presidente de la República, acompañado por el profesor Rodolfo Kraus y Drs. Penna y Lozano, en la visita que hizo al Instituto Nacional Bacteriológico.

Diplomáticas



El Ministro de Italia, Comendatore Cobianchi, ofreció en los salones de la legación una comida en honor del Dr. Lucas Ayarragaray y su señora Sofía Piñeiro.

En casa del señor Alberto del Solar



La recepción ofrecida por el literato chileno, señor Alberto del Solar, en carácter de miembro de la Real Academia Española, en honor de los señores Ortega y Munilla, Marquina y Ortega y Gasset, congregó en su suntuosa residencia un grupo escogido de hombres de letras y altas personalidades de nuestro mundo político y social. La nota saliente la dió el poeta Marquina; la lectura de un fragmento de su romance el "Mio Cid", fué magistral y calurosamente aplaudido por los asistentes a la fiesta.



Alpinos en reposo.

"CARAS Y CARETAS" EN ITALIA

Entre los Alpinos

Los hijos de la montaña. — Dos anécdotas conmovedoras. — Hijos de prófugos. — Bersaglieri ciclistas. — Estallido de una bomba.

Una compañía de alpinos ha descendido hace poco de la montaña; ha sido relevada después de una semana de lucha casi ininterrumpida. Uno se queda estupefacto al ver la calma de esos valerosos soldados. Fuera de un pequeño grupo que duerme profundamente cerca de una tienda, como caídos en letargo, los otros están como si tal cosa. Dos de ellos escriben en una rústica mesa, en posturas bastante incómodas. Otro, usa como pupitre una piedra colocada en una de sus rodillas.

Quizá la aparentemente incómoda posición, no lo es para él, que escribe tranquilamente: «Querida mamá: estoy descansando después de varios combates. He escapado bien hasta ahora y espero que en lo sucesivo será lo mismo. Los austriacos se habían apoderado de un poco de *roba* nuestra; pero ahora, poco a poco, se la estamos haciendo devolver.»

Otro pequeño grupo descansa de veras, todos sentados. Son tres fuertes tipos de montañeses que parecen esculpidos en bronce. Nos miran con indiferencia. Uno de ellos murmura de cuando en cuando: ¡Pobre Pepino!»

Pepino era un joven recluta. Con un compañero se guarecía de la metralla detrás de un montículo de piedras durante un avance, cuando le llegó a aquél, por megófono, la orden de volver a la trinchera a pedir refuerzos. La muerte era casi segura; pero el valiente soldado, un veterano de la Libia, de cierta edad, no vaciló ni un instante y quiso correr a cumplir la orden; pero Pepino lo detuvo, diciéndole que debía ir él, más joven. «Tú tienes mujer e hijos, agregó Pepino, y yo todavía no tengo la medalla»; y partió; pero apenas había dado unos cuantos pasos, una granada le llevó una pierna. Mejor suerte tuvo el compañero, que llegó ileso a las trincheras.

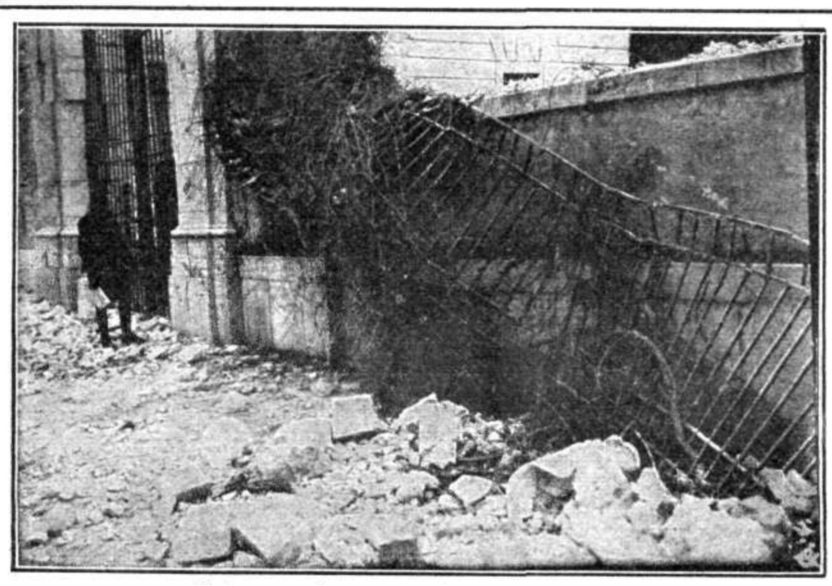
Otro alpino oyó que lo llamaba desesperadamente un compañero que, gravemente herido, yacía en un charco de sangre, en medio de una explanada sobrel a cual llovían como granizo los proyectiles austriacos.

Acudir en su ayuda, habría sido lo mismo que ir a buscar la muerte: consciente del peligro, el alpino, que no podía resistir al grito de angustia de un moribundo que antes de morir quería confiar un secreto a su amigo, suplicó al oficial que lo dejara ir; pero el oficial, que no quería sacrificar inútilmente una vida joven, suplicó a su vez al alpino que esperara unos minutos todavía, hasta que el fuego enemigo disminuyera.

Pasaron dos o tres minutos que le parecieron siglos, y el alpino, sin poder contenerse, se lanzó, corriendo, en auxilio de su amigo, en medio del huracán de balas. Era demasiado tarde: el compañero había muerto; y el alpino quedó gravemente herido. En su pequeña cama del hospital, pasa los días afiebrado, no por sus heridas, sino por el recuerdo de la voz angustiosa que le llamaba y que no deja de oir...

Una nube de polvo: bersaglieris ciclistas que regresan de las líneas avanzadas.

Nunca me han parecido tan hermosos y valientes. Las mujeres les cubren de flores; les ofrecen



Efectos de una bomba lanzada de un aeroplano austriaco.

pan fresco, vino, huevos, todo lo que tienen.

La ofensiva austriaca ha sido como una ducha saludable; ha puesto a todos más viriles, más serenos, más tenaces, más convencidos de la necesidad de la guerra. Ha bastado que los austriacos pasasen en algunos puntos la frontera; para que el orgullo nacional sufriese una sacudida violenta; para que se centuplicaran los esfuerzos. Los campesinos, que por mucho que amen la patria, aman sobre todo el pedazo de tierra en donde viven, trabajan y sufren, se transformaron cuando vieron al invasor. En sus rugosas caras, cierto aire de dolor era borrado por una visible expresión de fuerza y de confianza.



Bersaglieri ciclistas, que regresan de un reconocimiento.

Los prófugos sienten que volverán a los sitios en que ahora está el enemigo. Algunos han partido con sus animales. Una vieja quiso llevar consigo dos cabritas, que parece que ha llevado hasta Milán, en medio de la hilaridad general.

En grandes carros llegan nidadas de chicuelos, frescos, sonrientes por la trágica novedad cuya importancia no comprenden. Pero la comprenden los soldados, algunos de los cuales los contemplan conmovidos. De repente, un territorial de largos bigotes y barba hirsuta, peludo y calloso, toma un chico, lo levanta en vilo, lo besa y lo vuelve a besar: «¡Se parece a mi Carlitos!» —murmura emocionado, un ruido en la garganta, las lágrimas en los ojos.

Un rumor de motor; alarma; fragor ensordecedor... La bomba que podía haber muerto quién sabe cuantos niños, ha caído, por fortuna, en la pared de una quinta. Los niños vuelven a sonreir...

RAFAEL SIMBOLI.

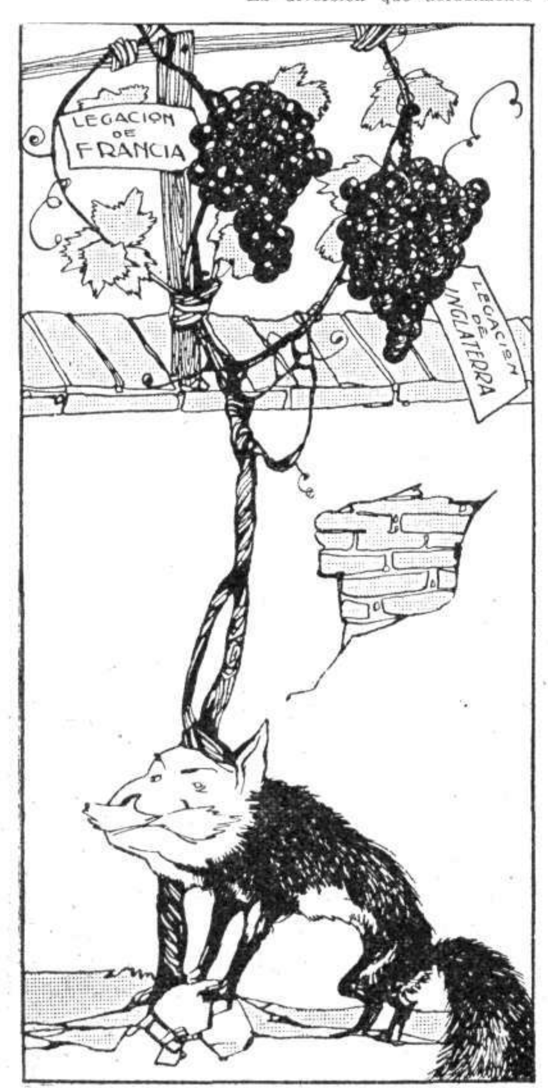
Fotografías del corresponsal.

Redes de alambre con púas, que defendían algunas trincheras austriacas tomadas por los italianos.

Emisión menor



La diversión que actualmente tiene más éxito en la Cámara



—No es tiempo todavía. En Octubre estarán comestibles.

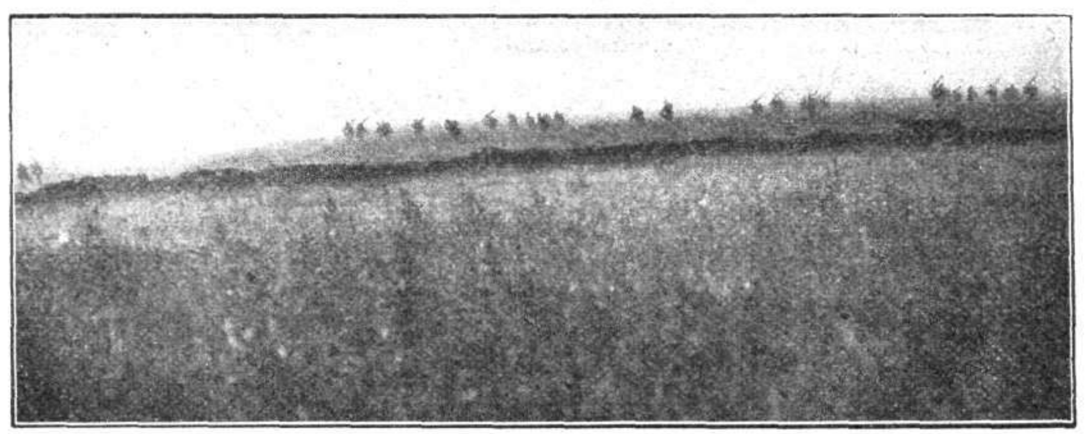
Dib. de Polimani.



—Señor fiscal, le aseguro que los jueces de la Provincia de Buenos Aires tienen que limpiarse.
—Me lo explico; los ha manchado usted al pasar.



—Todo llega en este mundo,
todo se gasta y se usa.
Y llega el 12 de octubre...
¡el día de la renuncia!



Infantería británica avanzando sobre las trincheras alemanas.

La ofensiva franco-británica en Francia

El ejército de Kitchener. — El esfuerzo histórico

Si es cierto que los muertos ven, desde el otro mundo, lo que en este ocurre, el espíritu de lord Kitchener debe de sentirse plenamente satisfecho ante el espectáculo que ofrece el ejército que él formó.

Desde los primeros de este mes, ese ejército está luchando con éxito en Francia. Miles y miles de soldados británicos avanzan contra las posiciones alemanas, bajo un fuego espantoso, con un espíritu de sacrificio, con una resolución de vencer, de que jamás se vió poseído a ejército alguno de la Gran Bretaña.

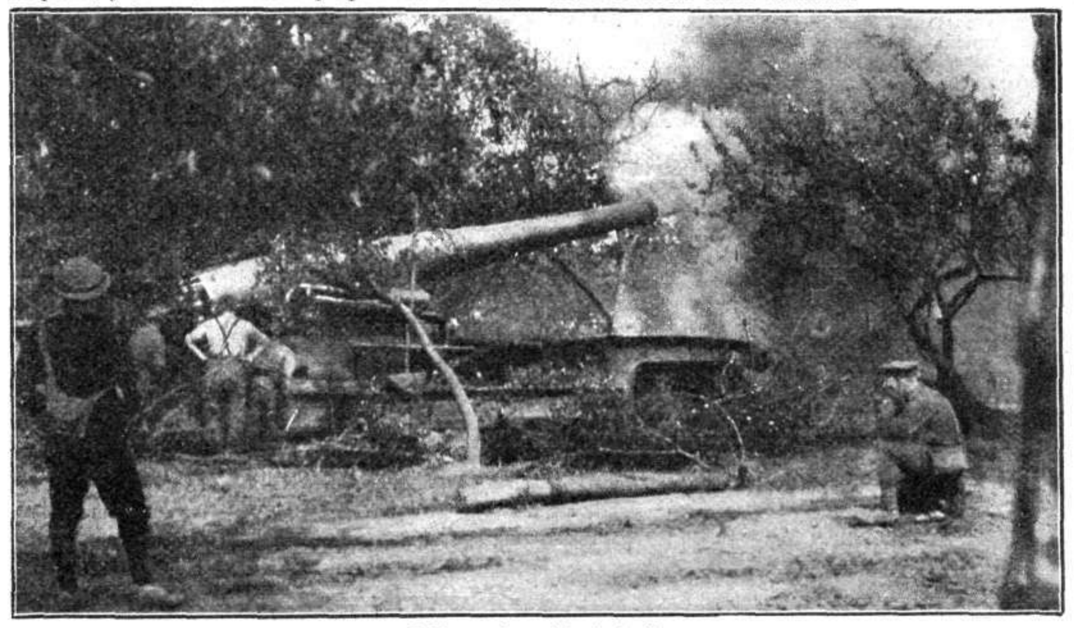
Los soldados del kaiser, acostumbrados ya a considerarse invencibles, defienden sus posiciones con extrema bravura, con una rabia que bien merece el calificativo de feroz. Sus cañones, sus ametralladoras, sus morteros, sus fusiles, lanzan huracanes de plomo y hierro, a los cuales se mezclan espesas nubes de gases asfixiantes; pero los ingleses continúan avanzando, lentamente y a costa de dolorosas pérdidas; pero siguen avanzando, al igual que sus aliados los heroicos soldados de la república en la región de Peronne.

En esta capital nunca se ha hecho sentir como ahora lo que podría llamarse el ánimo de guerra. Londres ha demorado mucho en poner su espíritu de metrópoli del más grande imperio que vieron los siglos, de acuerdo con la horrible realidad de la guerra; pero ya llegó a ese punto, y es menester vivir aquí para darse cuenta de lo que puede significar para el desarrollo de la conflagración, pues Londres es, más quizá que cualquiera otra capital, el verdadero regulador espiritual, por decirlo así, del «British Empire».

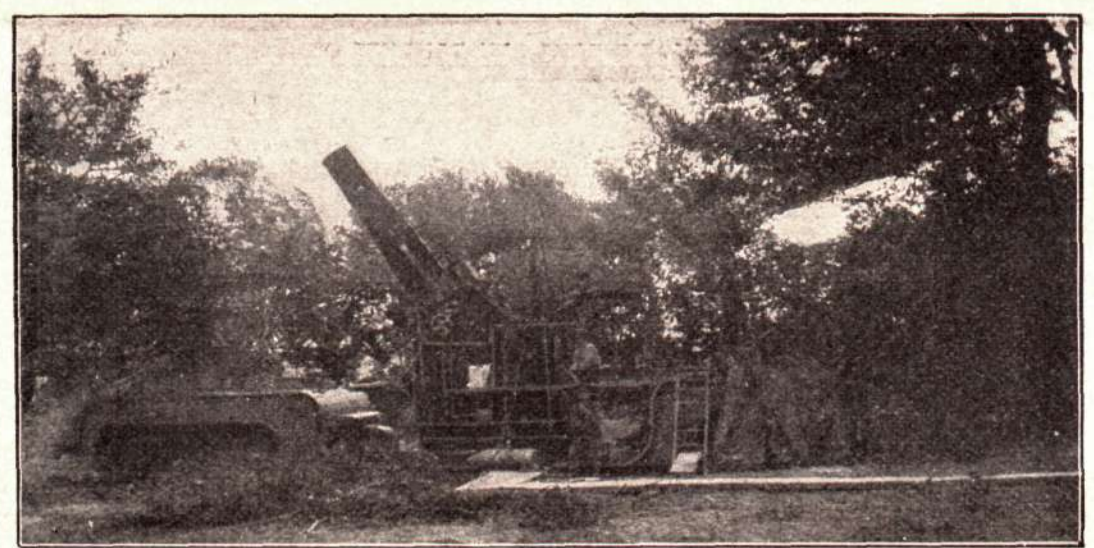
Y Londres se siente satisfecha y orgullosa al ver como combaten los soldados que defienden la existencia misma del imperio. Entre esos soldados los hay de todos los numerosos «estados» que componen el *commonwealth*. Ingleses, escoceses e irlandeses, canadienses, australianos, sudafricanos, todos luchan con el mismo ánimo y todos comprenden que su misión es hoy más necesaria que nunca.

El primero de julio, al amanecer, la artillería inglesa rompió el fuego en toda la extensión del sector que se había señalado para el avance británico. Como se sabe, todos los ejércitos de los aliados, en todos los frentes, están ahora bajo las órdenes inmediatas del generalísimo francés Joffre, cuya popularidad es ahora en la Gran Bretaña tan grande como lo fué la del propio lord Kitchener. Los generales ingleses se han sometido gustosos a las órdenes del gran jefe que salvó en el Marne la causa de los aliados.

Durante una semana antes del 1.º de julio, se había desarrollado el bombardeo preparatorio, pero el del 1.º, que no duró sino unas cuantas horas, tuvo efectos desastrosos en las líneas alemanas.



Cañón naval en el frente inglés.



Gran mortero inglés moderno, de terribles efectos.

Cuando las tropas británicas salieron de sus trincheras para avanzar sobre las del enemigo, los recibió una verdadera muralla de fuego, pues la artillería alemana también procedía con extraordinaria actividad.

No hay palabras con que traducir en el papel los caracteres de energía, de resolución, de heroísmo con que la lucha se inició y hasta hoy continúa, por ambas partes. Pero el empuje británico no pudo ser contenido, y los alemanes perdieron, en buena extensión, su primera línea de trincheras, y después la segunda y la tercera. Los mismos partes oficiales alemanes han hablado de *olas* de soldados británicos que se lanzaban al asalto sin que pudiera detenerles el fuego infernal de la artillería, grande y pequeña, de los enemigos.

Naturalmente, los diarios han aparecido estos días llenos de relatos de los combates; pero la única impresión real que se saca de su lectura, es la de que el ejército británico, desde su ilustre jefe hasta el último tambor, ha adquirido la certidumbre de que vencerán, por duros que sean los sacrificios que la obtención del triunfo exija.

Entretanto, el entusiasmo que en Londres han despertado las noticias de los triunfos británicos es cada día mayor, y ningún momento se deja de recordar a lord Kitchener y su profecía, hecha en la Cámara de los Lores en los primeros días de agosto de 1914, de que la guerra duraría tres años.

En ese entusiasmo público se advierte una íntima impresión de alivio. Durante cerca de dos años, en efecto, ha sido frecuente que en los países aliados de la Gran Bretaña se preguntara: — «¿Y qué hacen los ingleses? ¿En donde están los famosos millones de soldados de Kitchener?» Había en esas dudas mucha injusticia, que tenía su origen en el desconocimiento verdadero de las cosas.

La Gran Bretaña hacía mucho, aun sin contar el mantenimiento del dominio indiscutible de los mares y la ayuda financiera que ha prestado a todos sus aliados. Y la Gran Bretaña hacía mucho porque había mucho que hacer. La guerra la sorprendió sin otro ejército que el pequeño del mariscal French, que hizo prodigios de valor y de resistencia en las primeras semanas de la guerra; pero que no podía tener una influencia decisiva. Hubo, pues, que *hacer* un ejército, sacándolo de la población menos preparada del mundo, desde el punto de vista militar. Había que formar los soldados, los oficiales, los jefes. Hasta los generales, valga la verdad. Había que ponerlos en condiciones de luchar con éxito contra el ejército mejor organizado, más preparado y más orgulloso del mundo. Pero no bastaban los hombres: faltaban cañones, ametralladoras, fusiles, pertrechos de todo género. Y, sobre todo, faltaban municiones en la cantidad espantosa que la actual guerra consume. Pues bien, en menos de dos años, la Gran Bretaña ha podido hacer todo eso, que parecía imposible, que los alemanes, sobre todo, nunca creyeron que podría hacer.

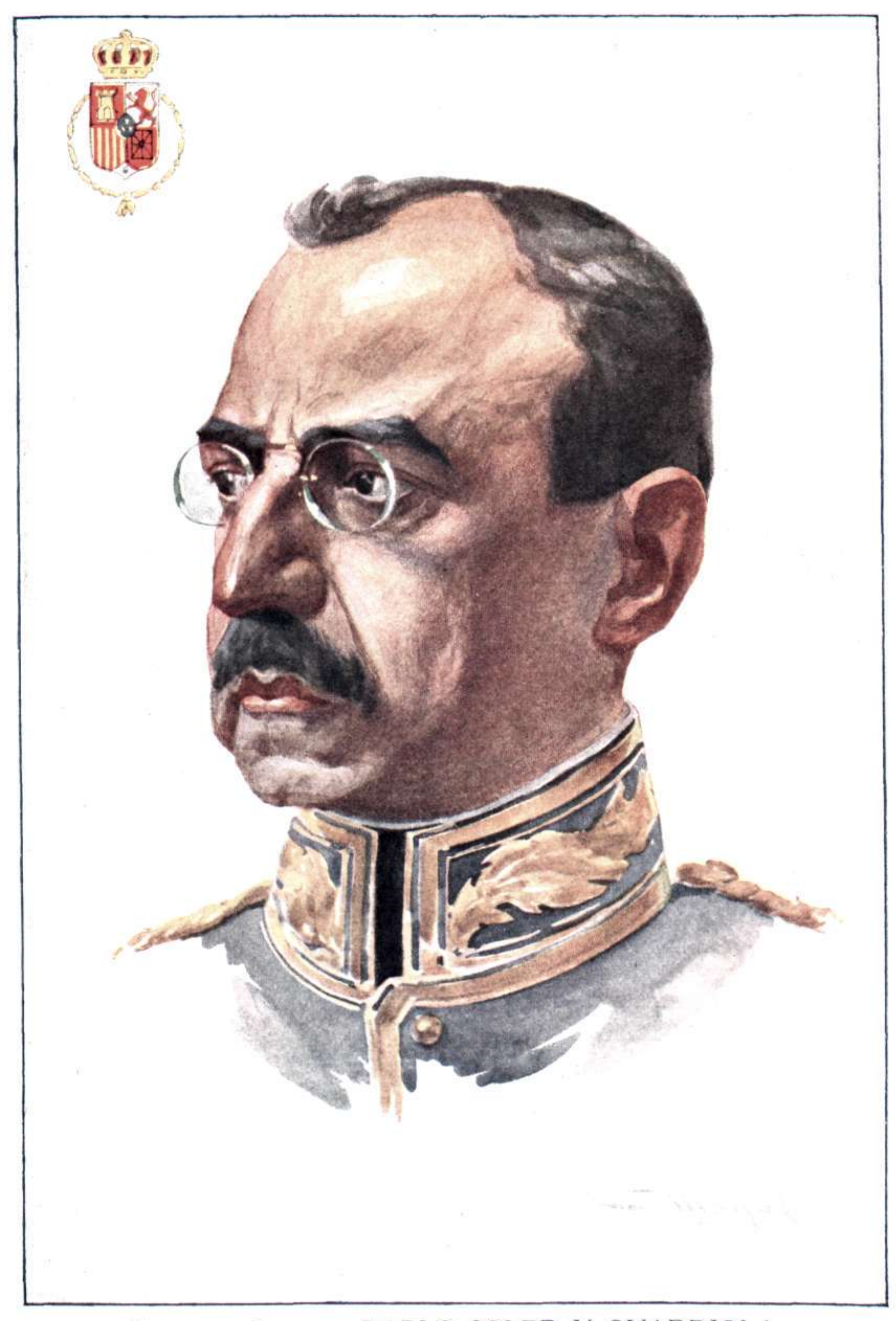
Hay que estar en Inglaterra para darse cuenta de lo que ha significado la formación del «ejército de Kitchener» bajo el sistema del voluntariado, pues la conscripción se estableció cuando ya casi todo estaba hecho. Puede, en verdad, decirse que la Gran Bretaña ha sacado un grande ejército de la nada. Los mismos ingleses se sorprenden cuando contemplan lo que han hecho.

La batalla dura y durará todavía mucho tiempo. Bien saben los ingleses que el adversario es valiente, tenaz y lleno de recursos para la guerra. Pero la diferencia de preparación ha desaparecido, y en igualdad de condiciones, el triunfo será muy disputado; pero nadie duda aquí de que corresponderá, en definitiva, a la Gran Bretaña y sus heroicos aliados de todos los frentes.

Londres, julio, 1916.



Soldados ingleses con caretas defensivas contra los gases asfixiantes.



EXCMO. SEÑOR DON PABLO SOLER Y GUARDIOLA
EMBAJADOR EXTRAORDINARIO Y PLENIPOTENCIARIO DE S. M. EL REY DE ESPAÑA



SECRETOS DE LA TARDE

Sobre un fondo romántico hay dos almas
que embebidas están en un romance,...
flexible rama de un sauce encorvado
préstales marco con su forma de ábside...

Vuelca su luz la tarde en el trasmonte,
a lo lejos el cielo se sonroja;
es como un crisantemo el sol muriente
entre una gran desfloración de rosas.

Vaga una exhalación fresca en el parque,
de tierras removidas y de césped,
y a ratos predomina la fragancia
de rosas, heliotropos y claveles.

Remeda el viento en el follaje umbrío
el débil musitar de una plegaria,
cada árbol es un nido de armonía
y en el conjunto una oración cantada...

Entre las ruinas la escondida fuente
balbucea en un suave deletreo,
¡quizá sea el dolor de presas aguas
que lloran de las playas el recuerdo!

Resaltan en el borde del camino
las blancas margaritas deshojadas,
que los dedos del viento dispersaron
en un me quieres... mucho... poco... y nada.

Vuelca sus grises tintas el crepúsculo
llenando de borrones el paisaje,
y el resonar de un no distante beso
como punto final cierra a la tarde.

CARLOS O. DE TERÁN.

LA VISITA ESPERADA



Pasó la primavera, pasó la luz de luna,
pasó la siesta ardiente.
Ya mi vida no cuenta con emoción alguna;
un manto la ha cubierto definitivamente.

Anhelara, no obstante, llegar al mar, y entonces
sentado en una roca llorar, llorar, llorar,
y sentir que el sollozo va rompiendo sus bronces
acompasadamente con la canción del mar...

Las lágrimas cayendo en un surtir constante,
yo sé que mudarían mi torcido semblante
en un gesto sereno que pudiera decir:

—¡Ven, amada, aguardada tantos años y tantos,
que estoy frente al abuelo purificado en llantos,
y un sueño eterno ansío en tu seno dormir!

¿IREMOS JUNTOS HACIA NUESTRA SEÑORA DE LO INEVITABLE?



¿Por qué este fatalismo de amor si la adorada
triunfa sólo en un rito de caprina lujuria,
si el infinito lóbrego no extasió su mirada
y el decir del asceta sus furores injuria?

Antes yo no sabía de gestos pensativos
y era alegre y bullente mi pasión mañanera
con esa retozona lascivia de los chinos
que florece en las barbas de cínica manera...

¿Por qué este gesto hosco de mentón en la mano
cuando ayer fuera mío el ímpetu pagano
que Pan me diera un día como don terrenal?

¡Quizá en un novilunio me ensalmara la Unica
para que te atavíe con su trágica túnica
que encubre el trascendente misterio espiritual! . . .

RENÉ ZAPATA QUESADA.

Dib. de Kupfer.

LAS RUINAS DE ITALICA

Para CARAS Y CARETAS

¡Y tan ruinas! Ahora que, sufridas, sí lo son... Desde los tiempos de Trajano hasta nuestros días, ya han pasado unos pocos de siglos y de peripecias sobre esta milenaria ciudad que un día desapareció de la superficie de la tierra a causa de yo no sé qué catástrofe sísmica o hidrográfica.

El mérito indudable de estos vestigios, es que aún presentan alguna forma material lo bastante definida para que el observador, con un poco de buena voluntad, pueda sentir en el espíritu la sensación de lo que fué. En el caso preciso de Itálica, lo dicho anteriormente, sólo puede aplicarse al circo, aunque aumentando la dosis de fantasía mental, también las termas serían susceptibles de verse reconstituídas con la imaginación. Del «apoditerion», del «frigidárium», del «sudatórium» y de toda la serie de departamentos indispensables en los baños donde se higienizaba aquella raza de estetas y sibaritas, sólo quedan leves rastros, y lo principal: el agua caliente. Tenemos en España un ejemplar notable de esta clase de *monumentos románicos, el cual se conserva a pesar* de su abandono y mal cuido: las termas romanas en Caldas de Malavella, provincia de Gerona, todavía tienen un buen ver; seguramente no han pasado por ellas, al par de los siglos, las peripecias que sufren y sufrirán estos murallones destartalados; galerías subterráneas, tortuosas, que parecen socavones labrados por topos gigantescos; gradas cuyas aristas se rindieron a la acción del sol y de las aguas; arcos y columnas que alguna vez fueron de curvatura regular; «acuarium» casi deforme, sustentando una cantidad de agua barrosa; arenas de la palestra, *acaso más doradas antaño* que las que hoy cubren el redondel de lidia, en nuestra plaza de toros... Todo ello, pardusco a trechos, donde el verdor de la hiedra, a fuerza de encontrar rebelde la mezcla de arena y arcilla, no pudo invadir. Todo ello, — digamos como el poeta, — fué en un tiempo el circo donde iban a distraer sus ocios los súbditos de Trajano y Teodosio, y aquella numerosa familia de los Elios...

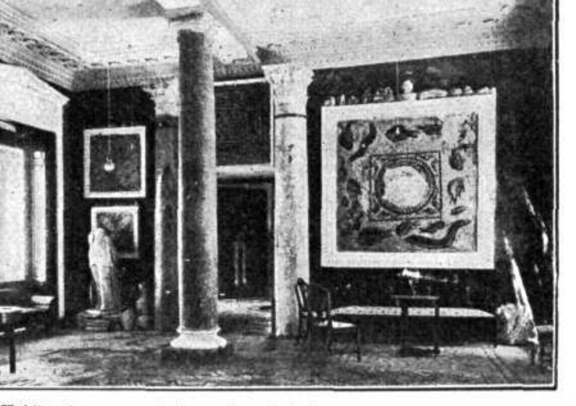


Casa-museo, ubicada a la izquierda del circo.

«Campos de soledad, mustio collado...» No, ahora no: en el terreno donde yacen enterrados los restos de la ciudad origen de la elegíaca evocación de Rodrigo Caro, ha crecido un pintoresco y fecundo olivar. Y si los antiguos moradores de *Itálica* levantaran la cabeza — como vulgarmente se dice — contemplarían agradecidos, por creer hecho adrede, eso de que la posteridad latina y sevillana haya continuado sus prácticas plantando sobre sus tumbas el símbolo de la paz. Por el collado pasa también un caminito que va a Santiponce, el campesino poblado que en continuo crecer va acercando a las ruinas sus casitas blancas, infantiles...

Pero volvamos a las peripecias. Las más grandes, las que ya constituyen período calamitoso, porque concluirán por convertir en nada lo poco que queda del circo, están ahora en todo su apogeo, en estos últimos tiempos, cuando Sevilla floreciente y atractiva recibe un sinnúmero de turistas que traen anotado en sus programas la visita a Itálica, *como número* de atracción. Sí, las mayores peripecias están en vigor de 58 años a esta parte, y son los trabajos arqueológicos, excavaciones interrumpidas a veces por falta de recursos económicos. Menos mal: si hubiera habido dinero siempre para no dejar descansar la piqueta y las mandíbulas de algún sapientísimo arqueólogo, ya se habrían recogido muchas cosechas de trigo en el «mustio collado» donde aún se conserva algo de la románica arquitectura, a fuerza de estar tapada.

No hablemos de la fuente de ingresos pecuniarios que han encontrado allí más de cuatro desalmados: sé de trozos de carreteras, casas, rellenos, y de una porción de obras edificadas con bloques de piedra y otros *materiales extraídos de las ruinas, convertidas* entonces en la más fecunda cantera. No hablemos de descubrimientos particulares: monedas, capiteles, estatuas, columnas, mosaicos, — dos de éstos, de belleza incomparable, colocados en una solería del pabellón de Artes y Oficios, en la Exposición Hispano-Americana, — utilizados en provecho propio. Porque, de paso sea dicho, los propietarios del olivar, cosechan aceitunas en las copas de los olivos y maravillas arqueológicas en las raíces de los mismos.



Habitación en casa de la condesa de Lebrija, de restos italicenses.

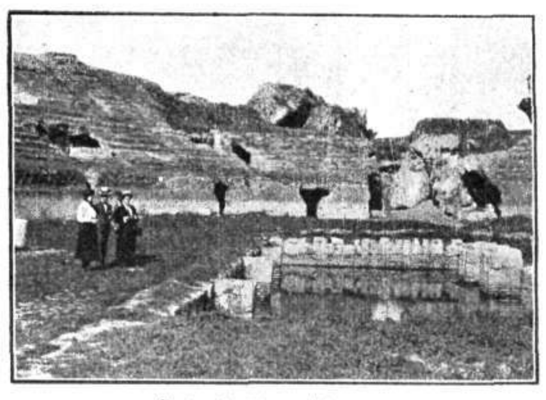
No hablemos de eso, no; pero sí de la «acción oficial». Esta, si continúa por el camino que va, acabará por conseguir lo contrario de lo que se propone: es decir, los sevillanos contemplarán con sorpresa un invierno, que las ruinas de Itálica, por cuyo total descubrimiento se trabaja casi constantemente, han desaparecido bajo el azote de un aluvión hidroarcilloso, que se presenta allí cada vez que llueve más de lo regular y que acaso fué lo que determinó la catástrofe — como dije — en un lejano e inclemente estío de los tiempos...

Los trabajos de excavación no están bien hechos. Es esta una afirmación osada, porque técnicamente no podría argumentarla el que esto escribe. Pero juzguen mis queridos lectores: la penúltima visita efectuada por mí a las ruinas, fué hace cinco años, poco antes de marchrme a ese continente. Entonces, hacía algún tiempo que no se verificaba allí trabajo alguno. En estos últimos años, bajo la dirección de un reputado arqueólogo que reside en Madrid, me dicen que se ha descubierto algo más del circo, invirtiéndose en ello algunos fondos. Y, ¡oh desgracia!, este invierno, «*la arriá de agua y barro,* — explica el guarda de las ruinas — *tapó la puerta prencipal que se destapó el añ*

pasao, y ha jecho subí er piso serca de metro y medio.»

¿Eh, qué tal? Al más lego en la materia se le ocurre pensar antes de descubrir puertas ni galerías, descubrir la forma de dar salida a las aguas, o sea el mayor enemigo que tienen las preciadas ruinas.

No pretendo formular cargos. Defectos más graves podría señalar, pero ¿para qué? A ratos pienso que todo ello consiste en un vicio de iniciación. Isabel II, hizo comenzar las tareas arqueológicas; ella misma estuvo en Itálica en 1862, hay una placa de mármol donde lo dice y... ¡claro! no se siguieron adelante...



Otra vista parcial del circo.

¡Lástima grande que no podamos enseñar a tantos y tantos visitantes, como vienen de todos los lugares del mundo, lo que presentimos debajo de aquel suelo! He hojeado el álbum de firmas. Me dice el guarda que es el cuarto o el quinto en cuarenta años, y que cada vez tardan menos en quedar emborronadas las hojas de los garabatos. El mira con ojos de satisfacción aquel desfilar de rúbricas, donde ve su mejor contabilidad: cada firma representa una propina... Han pasado por Itálica, y allí dejaron su rastro, reyes y príncipes, artistas de renombre, millonarios de fama mundial, escritores, políticos... Vi con placer, debajo de muchas firmas, escrito «Buenos Aires» o «Argentino», siendo muchas las familias conocidas de esa República las que han puesto su nombre en el álbum. El doctor Marcos Avellaneda, estampó el suyo el día 5 de noviembre de 1914; a su lado está el de Mariano Benlliure que seguramente lo acompañaba.

Hay quien dejó en el librote sus impresiones sobre la visita. Pensadores, poetas mas o menos espontaneos, humoristas... Merece consignarse la siguiente, por la ingenuidad que revela:

«En el mes de julio—el más terrible de calor en Sevilla—a las doce del día, he venido a ver las ruinas de Italica. ¡Qué barbaridad!»

O esta otra, que lleva al pie la firma de nuestro saladísimo Luis de Tapia:

«Yo aplaudo con ambas manos,
pues prefiero en ocasiones,
el tiempo de los romanos
al tiempo de Romanones.»

¡Tiene usted **razón**, amigo Tapia! El tiempo de este y de otros Romanones sólo levanta polvo, que luego produce aquestos lodos. ¡Y no serán únicamente las ruinas de Itálica las que acabarán por taparse a fuerza de abandono!

Estas son mis impresiones sobre las famosas ruinas. Ignoro si despertarán interés entre los lectores. Tal vez haya hecho mal en no servir al público, por millonésima vez, un plato aderezado con la historia de la derruida ciudad romana. Pero yo no tengo títulos para ello: un enciclopédico la cuenta mejor que mi pluma podría referirla... Y mucho mejor que el enciclopédico, el guarda de las ruinas, un andaluz muy gracioso que le larga a los visitantes el chorro de su erudición. Por ejemplo, en el capítulo del circo:

«Er Sésa, vestía un manto de oro y púrpura. Lo rodeaban los nobles y los patrisios. Los gladiadores, saludaban ar Sesa disiendo: ¡Ave Sesa! Moritura te salutan...»

ANTONIO GRACIANI.

Sevilla, 1916.

EPISODIOS



— Un retrato es siempre una traición...

Sintió como una puñalada de hielo. Reclinóse sobre el respaldo del sillón y dejando caer el libro de Lorrain, junto con su brazo sobre las faldas, miró, con una mirada honda y recia, la fotografía del pequeño atril antiguo que estaba sobre la consola. Como desmayada, a pesar de la rabia infundida por la frase que acababa de leer, permaneció algunos instantes contemplando la imagen de su novio, delgado y sonriente, daba una sensación de apacible bondad. Sin embargo, ella parecía comprender el secreto de tal exterior sencillo y traslúcido. La frase se lo sugiriera. Y como alucinada, tuvo una repulsiva concepción y sintió odiarle.

— Un retrato es siempre una traición... — volvió a murmurar, apretando los dientes llena de ira.

Y luego, desfalleciente, dejó caer su cabeza sobre el respaldo y los brazos a sus flancos, permaneciendo así, como en un éxtasis.

Mientras, en la calle, declinaba la tarde en un crepúsculo sereno y melancólico. Por la cristalería del balcón penetraba la luz pálida y azulada, bañando la silueta de la novia, cuyo traje adquiría un tono de nostalgia y cuya actitud tomaba un dejo suave de romántica coquetería.

* * *

De pronto, brincó como asombrada por una idea, precipitándose sobre su «secretaire», de donde extrajo una carta, con loca avidez. Leyó y luego lanzó un hondo y prolongado suspiro, oprimiendo los ojos como para soñar. La carta decía:

— El olvido es reacción del egoísmo. Jamás una ley, como tú dices, mi novia. Nadie, sino voluntariamente, olvida...

Experimentó una sensación de quietud y de bondad que llegó a sobrecogerle. Luego guardó cuidadosamente la carta, regresando al sillón. El libro de Lorrain había rodado por el suelo. Pero ya no le interesaba. Y nuevamente serena y complacida, como después de una tempestad, quedóse contemplando la fotografía del ausente, cuya imagen apacible adquiría mayor relieve con el marco obscuro del atril antiguo.

Y como extasiada, muy quedo, siguió murmurando para sí misma:

—Nadie, sino voluntariamente, olvida...

* * *

Habíase dormido. Un haz de luna bañaba sus cabellos rubios, desparramados sobre el respaldo del sillón y sus hombros. Dulcemente abrió los ojos, como después de un bello ensueño. Miró el astro al través de los cristales, y sonrió, como si le acariciara un recuerdo.

— ¿Qué le dice a la Princesa, la eterna consoladora de los románticos? — musitó con suave emoción esta frase del ausente. Y volvió a sonreír, hondamente halagada. Se la había remitido en otra carta. ¡Temer a la luna!...

Luego, incorporándose, sintió recobrar su confianza. Comprendiendo su error, ocupóse del libro de Lorrain y para reconciliarse con él, tomóle de nuevo. No pudo, sin embargo, olvidar la frase y sentir otra vez la incisión helada. Pero en seguida reaccionó y como si no hubiera ocurrido nada, dispúsose a leer plácidamente.

¡Vano empeño! El retrato apacible y sonriente del atril antiguo le obsesionaba. Y sin odiar a nadie, repitió muy quedo:

— ¡Es siempre una traición... una traición!

Dib. de Contreras.

ENRIQUE DE MOULIÁ.




El distinguido escritor cordobés, señor Arturo Capdevila, ha dado a la publicidad un drama, donde pone una vez más de relieve sus aptitudes de artista y hombre de talento. Como una primicia, damos el concepto que a él le merece la heroína bíblica que sirve de título a su obra.

LA SULAMITA



Señor Arturo Capdevila

No he probado vino mejor — ¡ni quién lo probará jamás! — que el Cantar de los Cantares. Es la vida hecha vino, Dionisos borracho en Engaddí.

La emoción profunda, la plenitud de alegría dionisíaca que me causara su primer conocimiento, me llevaron muchas veces más del lado de aquellas ánforas de hechizo. El que allí se acerca ve tambalear el mundo en torno suyo, pónese ilusión en los ojos, olvido en la pena, corona de pámpanos en las sienes. ¿Habrá dolor que no se alivie, cuando vibran en el aire fragante de la primavera, los supremos versículos de las invitaciones?... ¿Habrá siquiera uno, que rompa su copa, y no beba?... Cuando pasa la Sulamita, olor a mirra y a canela, habrá uno solo, que no le deshoje para senda de rosas, el corazón?...

Y un día entre los muchos días, caí en la curiosidad exegética. Empecé, pues, a leer cuanto se había escrito sobre la pastoral salomónica, y así dí con la interpretación alemana, que tuve por hallazgo interesantísimo.

¿Salomón no era, entonces, el amante afortunado?... ¿Con todas sus riquezas, no pudo comprarse el amor de la pastora?... ¿Amaba ésta a un cuidador de cabras, y era su amor tan fervoroso, que sabría triunfar de los deseos del rey?...

La idea de dramatizar esta situación patética se impuso a mi espíritu bien que de antemano disentí con aquellos intérpretes. ¡Salomón el glorioso, Salomón el divino, sufriendo desdenes de la Sulamita! Y al lado suyo, con honda y zurrón, en contraste paradójico, la figura del zagal victorioso y feliz... Allí estaba el drama; allí los protagonistas, ya en la actitud precisa, esperaban no más que un don de palabra, para animarse de pasión, y decirse sus cosas profundas. Esto, aparte de la absoluta novedad del asunto, encendió mi entusiasmo.

Sólo Eugenio de Castro, en efecto, ha llevado al teatro la figura de Salomón. Pero en nada se parece mi obra a la de aquel lusitano ilustre. El tema, en la suya, lo da la reina de Saba. En la mía, la muchacha de Sulem. Mi Salomón no es el suyo. Aquel Salomón es sabio, opulento, poderoso, ha edificado templo a Jehová, ha levantado monumentos, ha suscitado la contemplación absorta de todos los príncipes de la tierra. El mío, en cambio, es un Salomón apasionado y juvenil; aun no se ha dado a las meditaciones, y todo el tiempo se le va en hacer versos de amor. El Salomón de Castro sabe tanto, que ya no ama; en cambio, es amado con violencias de fatalidad. El mío, no sabe más que amar, y por trance amoroso se disfraza de pastor una tarde, y anda sonando la flauta geórgica, ... a conquista de la supuesta zagala maravillosa y esquiva.

Y esta pastora de Sulem no es ni Rebeca, ni Raquel, ni Ruth, ni en nada se les asemeja. Rebeca es la que baja una tarde hasta la cisterna del lugar, a la hora en que son de ver por el campo las mozas que van por agua, cada una con su cántaro. Rebeca es aquélla que porque da de su agua al camellero recién arribado, halla fortuna y amor. La Sulamita no conoce siquiera tales sitios. Raquel es la que lleva los ganados al abrevadero, la que una vez, mientras se hace de noche, deja que Jacob le bese la guinda que es su boca. Y esto pasa en medio de las blancas ovejas, en la paz crepuscular. La Sulamita no guía rebaños en la quietud del anochecer. Ruth es la segadora, la que siega en los prados de trigo, la que entre las gavillas de oro encanta los ojos de Booz. La Sulamita no siega ni espiga. La Sulamita no es más que amor, dulzura de amor, tormento de amor, silencio de amor. Duerme desnuda en un lecho de lirios, y su esposo — un esposo magnífico — entona su alabanza con tal arrebato, que todo lo dice y lo canta, aunque haya de mencionar las más íntimas perfecciones.

Nardo, mirra, jacintos y todos los polvos aromáticos: eso es la Sulamita. Que corran en pos de ella los enamorados, que aspiren su perfume deleitoso, y se enerven de amor. ¿Qué mucho, si los enamorados se mueren de este divino mal, cuando los pájaros mismos se ponen a loarla, y los arroyos se desmayan con los secretos de su baño?...

Y he aquí ahora, todo lo que sabemos de la Sulamita, según palabra de las Escrituras: Era de codiciar como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón. Por el olor de sus buenos ungüentos, Ungüento Derramado podría ser su nombre. Nada mejor que sus mejillas entre los zarcillos, que su cuello entre los collares. Como el lirio entre las espinas, como vara de humo, sahumada de incienso y mirra: así era. Sus labios como hilo de grana, su habla hermosa. ¡Con razón el reclamo inicial del poema comenta un deseo de besos de aquella boca, pues no ha debido haber en el mundo, cosa más deseable que tales besos! Pasaba la Sulamita, y hacía hablar y temblar de lujuria los labios de los viejos. Sus caricias eran mejores que el vino. Sus labios destilaban miel. Había leche y miel debajo de su lengua, y el olor de su aliento era como el olor de las manzanas.

Así era. Que el escritor que la evoca, haya logrado dar al aire de su patria un poco de esa fragancia de manzana y lirio de la Sulamita; hoy que precisamente no le va quedando al mundo más que el pesado olor de la matanza y el incendio.

Sólo por el amor se harán más buenos los corazones. Y este es un libro de amor.

ARTURO CAPDEVILA.

Estilos Criollos

Para el pavo

La primera vez que conocí a Juancito Lacostura, vale decir, cuando me lo presentaron, ya se había recibido de farmacéutico y ejercía su químico ministerio (claro que sin cartera) en la ciudad de Chirimoy, progresista urbe de nuestra rica provincia, donde comúnmente se la mienta con el elogioso nombre de «Chiche del Noroeste».

Lacostura era entonces un mozo porteño, que tiraba muy bien a revólver, y también tiraba un poco a ñato; pero nada más que lo suficiente para que sus íntimas le llamasen «ñatito querido». Asimismo, los amigos más confianzudos sabíamos decírselo igualmente; pero sin «querido» y hasta sin querer, porque jamás nos animábamos a hacerlo con intención jorobativa. Contrariamente, nos habría podido salir media salada la zafaduría, vistos y considerando que el hombre sabía tener pulgas y manejaba el revólver con la misma baquía que el pildorero. No era el tipo candidato como para que, así no más, un quidan cualquiera osara agarrarle para el churrete. ¡La pindonga!

Sin poder aventurar la pretensión de que fuese un Apolo, pero de picaresca gracia repartida hábilmente por su semblante y persona, el joven Berzelius chirimoyense era algo más que un mozo bien, con diploma de boticario. Por lo entretenido de su charla y lo jovial de su carácter, resultaba toda una rebotica, con más chascarrillos que lleva a fojas vueltas un calendario de pared, de los que no salen zonzos. El almanaque de Bristol, aun en el año de su más abundante cosecha chistosa, habría parecido entierro de huerfanito, si se hubiese caído en la inconsulta ocurrencia de compararlo con aquel envenenador patentado, cuyos decires graciosos le brotaban de la boca con abundancia de chorro continuo. El fraile Balmes, que ubicaba a los intelectuales en dos grandes patotas (ingenios-fábricas e ingenios-almacenes) habría tenido que confesar la quiebra de su clasificación, frente a aquel Juancito de mis pecados, que en materia de agudezas y cuentos de mucho reír, juntaba la combinación de las dos características. Si grande era el «stock» de anécdotas chacotonas, procedentes de ajenas marcas, que atesoraba en los amplios archivos de su enorme retentiva, no era menor la producción de donaires que salía de la propia maquinaria, acomodada en los dilatados galpones de su imaginación recreativa.

Declaro formalmente que me vería en figurillas, para esbozar de una plumada el temperamento espiritual de mi joven amigo, si no fuera el admirable poder sintético del castellano-criollo, usado en estos pagos de acá por nativos, estantes y transeuntes. Cada idioma tiene su genio propio; y el lenguaje que aquí empleamos para entre-casa, se distingue por esa capacidad definidora, de rasgos tan sobrios, eficaces y pintorescos, que ninguna otra lengua ni germanía tiene sobre la tierra. Para decirlo de una vez por todas y no andar con más vueltas, séame permitido cinematografiar a Juancito con esta eficiente y lapidaria frase: era todo «un rico tipo».

He dicho que Lacostura manipuleaba remedios en Chirimoy, y ahora quiero agregar que lo hacía sin farmacia propia. Había en la ciudad un boticario inteligente y bueno, pero sin diplomar, a quien la ley de la materia le exigía la plataforma de un profesional academizado; y el buen Dios, queriendo acordar un premio a su bondad e inteligencia, le había obsequiado un regente como la gente: nuestro buen Juancito. Quien, en justa correspondencia al buen trato del patrón, atraía hacia su establecimiento tanto público como el que frecuenta unas romerías españolas. En aquel afortunado negocio de drogas medicinales, había siempre más polleras que en misa. Todas las mocitas de la ciudad, desde la aristocrática a la chacarera, ocurrían allí con cualquier pretexto adquisitivo y hasta sin excusa aparente, con el emponchado designio de que Juancito les dijese cosas. Las que iban en procura de un parche poroso (pongo por artefacto terapéutico) no precisaban el agregado de pedirlo eléctrico; porque lo que entraban a cambiar impresiones con el galante profesional... ¡zas! ya se sentían electrizadas de arriba a abajo. Las «normalistas» más normales y circunspectas, no se recataban de sostener con él contrapuntos galantes, que eran verdaderos torneos de espiritualidad, donde se hacía derroche de ingenio, y hasta las muchachas más retobadas por un pudor paisano, un poco arisco, buscaban el modo de exponer su seriedad a las delicadas agresiones que las llevaba el regocijado químico, de cuyo físico gustaban algunas de ellas, aunque platónicamente. En aquellos cuerpo-a-cuerpo, de sutil donosura, el chichón boticario sabía dar resbaladas de buena ley, para que la emoción del rubor juvenil, puesto a diabólica prueba, sacase a las mejillas de las bellas la pintada flora del decoro femenino, cuyo hermoso rosicler les quedaba algo mejor que los colorinches de puro y mero artificio. Así es que todas ellas trataban de excitar el estro humorístico del mujerengo farmacéutico, cuya facundia risueña era algo así como un florilegio verbal, en constante erupción de chicoleos y linduras tentadoras. Jamás empleaba la sal gruesa ni se pasaba con el pingo hasta la aramada: ante todo, el respeto al bello sexo; y sobre todo, con las feas... si se las había. Porque profesaba el programa de que no se debe gastar la pólvora en chimangos...

Pero recién me doy cuenta de que se nos está haciendo tarde, y todavía no he entrado al asunto de mi cuento. Perdoná, hermano lector; que recién vamos a entrar como yendo por un tubo. Desde que Juancito era tan diablo y sabía tantos cuentos de pura cepa criolla, yo le andaba pastoriando día a día, para que me armase de materia prima, cosa de darme la vuelta para escribir un «estilo», de los que me gustan de alma.

Pero la honrada modestia de mi boticario amigo le cuerpeaba a mi deseo, pretextando que los chistes que él sabía no podrían imprimirse, ni «ad usum delphini»: por pertenecer a esa clase de agudezas narrativas, hechas «para hombres solos».

Ya estaba yo por presentarle la renuncia a mi mermada esperanza de sacarle algo, cuando un buen día, en que íbamos a almorzar, cual de costumbre, en la mesa del hotel, la festiva inspiración de mi amigo brotó a toda canilla, con motivo de un tópico de eterna actualidad.

Era el momento psicológico en que los comensales todos limpiábamos los cubiertos con la misma servilleta que después nos serviría para asearnos los labios... Digo que estábamos lateando, durante aquel paréntesis forzoso, que precede a la aparición de los fiambres; y alguien puso sobre el mantel de la discusión, lo caras que saben salir las mujeres baratas; aquellas que tienen cara, pero carecen de cruz;... vamos, aquellas con que vivimos sin que ni la religión ni la ley se hayan mezclado en nuestra unión. Juancito fué convidado a que nos expusiese sus vistas, puesto que se le reconocía autoridad indiscutible en aquel orden de pellejerías. Desde que le gustaba tanto el asunto, aprovechó la bolada y nos habló del tenor siguiente... o en forma que le pasará raspando:

—¡Ni me las nombre! Son un clavo; un reverendo clavo... Ahora me estoy recordando... Cuando yo era estudiante... y gracias a que siempre he sido loco por las polleras... van a ver; me armé de una «pior-esnada»... No se vayan a creer que estoy por darme corte. ¡Qu'esperanza! Fué una conquista fácil, que se dejó agarrar mansita: una «bella trovata» casual. La conse-

Severiano Lorente

dibujos de Contreras

gui en un recibo... más vale bailongo, dado por los «Farristas Unidos», que era una sociedad filo-dramático-danzante-recreativa... y Obes. La damisela, que a estar a lo que pasó después, debía hallarse en situación de disponibilidad, en cuanto que me oyó decir «truco», le faltó tiempo para decirme «quiero y retruco»...

— ¿Y vale cuatro? — preguntó un comensal comedido.

— ¡Altro que cuatro! — continuó, rápido, Juancito. — Valía más que ruleta con dos ceros. Como competente, ¡caballeros!, créanmé que no tenia pero... Pero, ustedes me dirán si no podía irse a la maula, con toda su competencia... Una vez iniciado el afile, entre romántico y tilingo, me sentí más triunfante que don Bartolo, cuando la ganó en Pavón... Pocos días después de haber obtenido el si, me la fuí al humo y la planteé la cuestión de confianza, como dicen los gobernantes europeos, cuando entran a coquetear con los monarcas... Yo me recordaba del dúo de los paraguas; y ya resuelto a todo, me la encaré diciendo: «¿No sería muchísimo mejor, cerrar un paragüitas de los dos, y así juntitos y agarraditos...»

— «¿Irnos hacia el café de San Marcial?» — agregó un gracioso.

— ¡Qu'esperanza! Irnos a vivir de socios, por tiempo indeterminado, en un cotorro que ya tenía alquilado para la emergencia. Allí fundamos la sociedad marital Lola y Juancito... sin más compañía; y «limited», quiero decir, sin compromisos ni mayores obligaciones...

«Al principio fué rodando la cosa como por sobre rieles; la mocita era muy superior... y hasta por eso parecía salirme de arriba... ¡Qué cosa bárbara! ¡El corte que yo me daba... en restoranes a precios populares y en teatros por secciones... dando el brazo a mi consorte!... En las cervecerías de estruendo y avería, donde hay orquesta de damas... y son tan contadas las que van a oirlas... entraba yo con Lola... que me río yo de Radamés, cuando penetra a la escena... Nuestra aparición en esos bebederos, era «un beneficio»: todos me la miraban; y los profesionales de la conquista... hasta me la ponían los puntos... a mis mismas barbas... Y yo, tan orgulloso y garifo, demostrando con mi parada de propietario seguro, que aquella preciosura, despertadora de tan fogosos deseos, era mía, completamente mía... porque mi buena fortuna me la había obsequiado... en premio a mis perfecciones físicas... que bien a la vista estaban...

«Yo reventaba de vanidad satisfecha, ¡cómo no!, pero... bien pronto entré a apercibirme de que aquella mujer me iba a secar... de tanto sacarme plata... Ya he dicho que era linda...; una verdadera belleza. Tenía ojos de hurí mahometana... que son las más legítimas; nariz de cariátide griega; cejas de sílfide; orejitas de náyade... pero, ¡ay!, una boca de fraile mercedario... ¡Qué criatura pechadora! Ni que hubiese yo tenido la «Sudamericana de Billetes de Banco» arriba de la mesa de luz, habría satisfecho las ansias locas de aquella mujer comadre y gastadora. Su afán de lujo estaba por arruinarnos. Aunque yo andaba en la buena, y la carpeta del club me armaba de platita; aunque ella trabajaba para un «registro», sacando muy buen jornal, todo eran puchos, comparado con las ingentes sumas que aquella condenada precisaba, para arrimarle combustible a la hoguera de un lujo insaciable y devorador. El palacio de oro es una obra económica, al lado de aquella voraz paquetería.

«Ya me estaba saliendo por un ojo de la cara... Para soportar tanta erogación de origen «jailayfe», precisaba yo una entrada diaria de diez mangangases... ¿Y diande? Mis rentas no daban para semejantes delirios... Para pior, la perra fortuna se había enojado conmigo, y empezaba a mostrarme... cosas más propias de taba...

«Próxima la Navidad, mi «señora» entró a atropellarme con una sacaliña que no estaba en mis libros... Como Lola había sido hija de españoles, vuelta a vuelta me daba la lata con las tradiciones nacionales de su familia... Mientras vivían sus papás, ¡qué tiempos aquellos!, nunca faltaba en su casa, lo que llegaban las Pascuas, un pavo, grande como un chancho, bien cebado y relleno de golosinas sabrosas...

«Ya estaba yo harto de pavo, que no pensaba comprar... Todos los días, en el almuerzo y en la comida, teníamos al animalito; Lola, en la mente y los labios; yo, en la boca del estómago... y sin poderlo pasar... Como mi prestigio de capitalista se había ido al tacho, y como aquella «donna» se me estaba haciendo insoportable por sus exigencias, celebré conmigo mismo una larga tenida interior... o, si se quiere, una tenida sumamente detenida... Total, que resolví romper de una vez por todas con aquella hermosísima sanguijuela, que dicho acá entre nos, ya no me ilusionaba ni como hembra de lujo, ni como compañera de pieza; y ¿saben lo que le hice? Accedí (natural que de boquilla) a complacerla en todo... pavo inclusive, y tomé resueltamente una heroica determinación... Que algunos desgraciados sean pavos de la boda... ta bueno; allá ellos: pero ni entre Lola y yo había habido ceremonia de consagración conyugal... ni el hijo de mi mamá ha venido a este planeta para hacer el pavo... Bien, pues; al otro día de mi promesa, mientras mi media costilla había ido al mercado, hice sacar mi baúl con un changador, que tenía apalabrado «ad hoc», y al que le enderecé para mi antigua casa... Lo que Lola volvió al cotorro, después de hacer las provisiones diarias, abandoné el lecho a la hora de costumbre; me vestí muy sí señor, me encasqueté la totorita hasta las orejas... y cuando iba a salir a la calle...



«Permítanmé que me extienda en consideraciones atingentes a la ética del caso. Ustedes comprenden que un caballero no puede abandonar, así no más, como quien deja olvidado un paraguas, a una señora que ha hecho su felicidad de dos meses y medio, sin proporcionarla alguna compensación medio reparadora; un algo que la indemnice en la soledad del abandono; un recuerdo cariñoso que nos inmortalice en su memoria agradecida... En el peor de los casos, y aunque uno ande más cortado que salame de fiambrería... procede hacer un chiste, cuando menos... Lo que ya iba yo a espiantar de la pieza, pelé bien cerrada la mano derecha, que antes había hundido en el bolsillo del pantalón: la introduje abajo de las almohadas de la catrera conyugal... y, dirigiéndome a mi proyecto de viuda (que había estado aguaytando todas estas maniobras de feliz augurio), la dije, con parada de elegante generosidad:

«— Fijáte, nena; lo prometido es deuda; ahí tenés lo que te oferté, cuando conversamos ayer. Ahí tenés; para el pavo...

«Y mientras ella me daba las gracias, conmovida por mi tocante desprendimiento, me apreté el gorro y... ¡a volar que hay chinches! ¡Si te perdés, chiflame!...»

— ¿Y? ¿La dejaste mucha plata? — curioseó uno de nosotros.

— ¿Plata? — replicó Juancito. — Salí y no seas otario; lo que la dejé fueron dos nueces... ¿No dicen que con ellas saben rellenar a ese gallináceo? Pues, entonces, no quedaba tan mal mi obsequio... Para el pavo.



Sarrasqueta enfermo



Sarrasqueta se siente muy enfermo, pero como hace veinte años es socio de una sociedad de ayuda mutua, casi se pone bueno de alegría al ver que ¡por fin! va a utilizar sus servicios.



Pide a la sociedad, por carta, por teléfono, por telégrafo con hilos, por mensajero, y hasta por la comisaría, la visita de un doctor que, como socio efectivo, le corresponde.



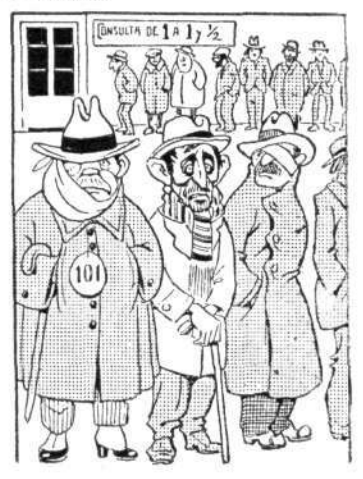
Antes de los ocho días, se presenta un señor, al parecer doctor, que protestando por no tener ascensor la casa, le pregunta si le duele algo. Sarrasqueta contesta: — Lo del ojo no es nada, pero el carrillo me duele mucho.



El doctor. — Tiene que ir al consultorio del especialista; yo sólo entiendo de extremidades inferiores; mas eso del carrillo, con un poco de almidón y vinagre y unas gargaritas está curado.



Sarrasqueta, como puede, se arrastra hasta el consultorio social, donde, después de acreditar su personalidad y demostrar que está corriente en el pago, le dan el número 101 para que forme cola.



Gracias a que la consulta dura de 1 a 1 ½, y hay tiempo para atender a todos, se arma de paciencia para esperar al célebre especialista. ¡Pero el carrillo sigue hinchándose!



Ya pasa de la una y media y el doctor brilla por su ausencia, y menos mal que está parado al aire libre y en pleno invierno, que es muy higiénico. ¡Y el carrillo hinchándose más!



(Ya son las dos). — ¿Señor conserje? ¿El doctor tardará mucho en llegar?

—¡El doctor está en el café de en frente, jugando una gran partida de billar, y no la va a perder porque a usted le duelan las muelas!



(Son las cinco). — ¡Por fin! Señor doctor, ¿es éste el consultorio especial donde a los socios enfermos prestan ayuda?

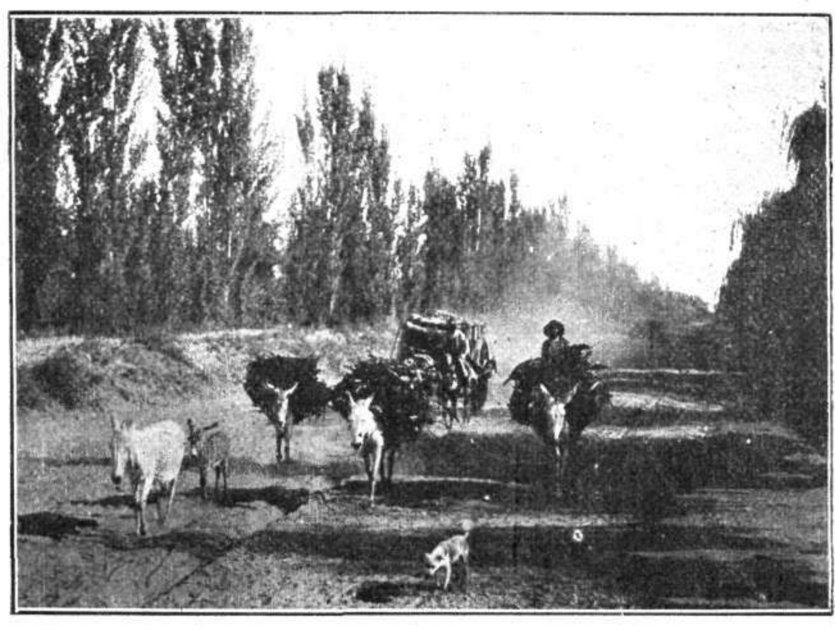
— ¡Sí, señor! Aquí ayudamos como podemos al que se presenta.

Dib. de Redondo.

Acarreo de leña en el interior

La guerra europea, al encarecer el precio de los fletes y traer, por consecuencia, el alza del carbón ha hecho que nos fijemos en nuestros propios recursos; y como el único combustible que tenemos a mano es la leña, han sido varios los hombres de empresa que han dedicado sus capitales a la explotación de montes para hacer leña, en vista de la demanda creciente del artículo, y de los altos precios que alcanzaba en los principales mercados del país.

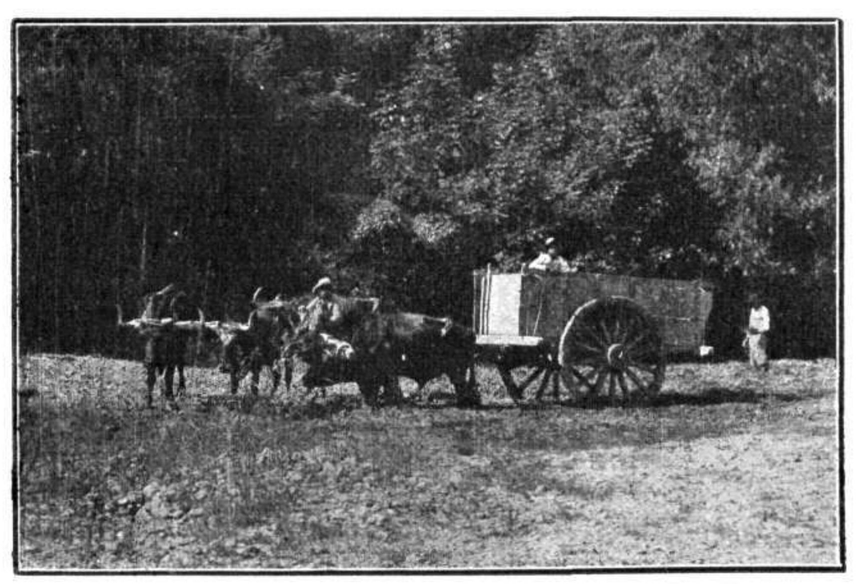
La leña, que vino a reemplazar al carbón por vía de ensayo, se ha generalizado de tal modo, que hasta las empresas ferroviarias, de navegación, establecimientos fabriles y donde hay necesidad de utilizar la fuerza motriz, usan de ese combustible con gran ventaja para sus intereses.



Leñeros sanjuaninos, dirigiéndose al mercado.



San Luis. — Los proveedores de leña al Ferrocarril del Pacífico, haciendo entrega de una carga en la estación [illegible].



Leñateros de Jujuy, yendo a proveerse de carga.

Y aún sería mayor el consumo de leña, sino fuera por el encarecimiento de los fletes, pues ha aumentado de tal modo el transporte de este combustible, que el Ferrocarril Nacional del Norte ha tenido que arrendar trescientos vagones a varias empresas particulares.

Debido a la gran demanda de leña, las provincias de Santiago del Estero, Salta, Jujuy, Tucumán, Este de Catamarca, Noroeste de Santa Fe y territorios nacionales del Chaco y Formosa, han empezado en gran escala la explotación de sus bosques, dando por el momento solución a la crisis del car-

bón. La leña de maderas de algarrobo y quebracho es de la que hay mayor demanda y alcanza precios que, a no ser por la guerra, resultarían exagerados.

La tonelada, que antes de la conflagración europea se cotizaba a veinte pesos, ha llegado en el momento presente a valer hasta veintiséis. El tipo más solicitado es el quebracho colorado, que antes usaban sólo las panaderías, y que hoy se consume tanto en la casa de familia como en las industrias.

Se calcula que 2.500 kilos de esta leña equivalen a una tonelada de carbón Cardiff de primera calidad, y como el carbón que hoy se recibe es generalmente de Norte América, que resulta de calidad inferior, y además su precio resulta encarecido por la falta de bodegas, se ha llegado a preferir la leña, lo que ha resultado una buena fuente de ingresos para las provincias que tienen bosques en explotación.

Claro que la leña podría venderse a más bajo precio que el alcanzado en la actualidad, pero hay que tener en cuenta que el transporte ferroviario la encarece, así como los cincuenta centavos que cobra la municipalidad por derechos de sisa.

Lo que es realmente curioso, son los distintos medios de transporte que emplean los leñateros para conducir su artículo, desde el bosque donde se hace el corte de la leña hasta la estación más próxima de ferrocarril. Para tal transporte se han improvisado vehículos que son una verdadera curiosidad, teniendo cada provincia su modelo propio; en Salta y Jujuy los burritos son la única acémila empleada en estos trabajos, pero en Santiago del Estero y Chaco, que existían explotaciones de bosques de antiguo, emplean unas carretas que son verdaderamente originales. El trabajo que realizan estos hombres dedicados al transporte de leña, es penoso, pero llevan con resignación su oficio, y más hoy, en que siquiera tienen una remuneración que les permite darse algunas satisfacciones cuando llegan a lugar poblado, después de haber vivido entre bosques; su solo deseo es que la industria leñatera progrese, y aunque la demanda de tal artículo les ha tomado de sorpresa, viven felices y dichosos porque dan salida con facilidad a las cargas que desde largas distancias tienen que transportar para ganarse la vida.

Tomás Herrera.

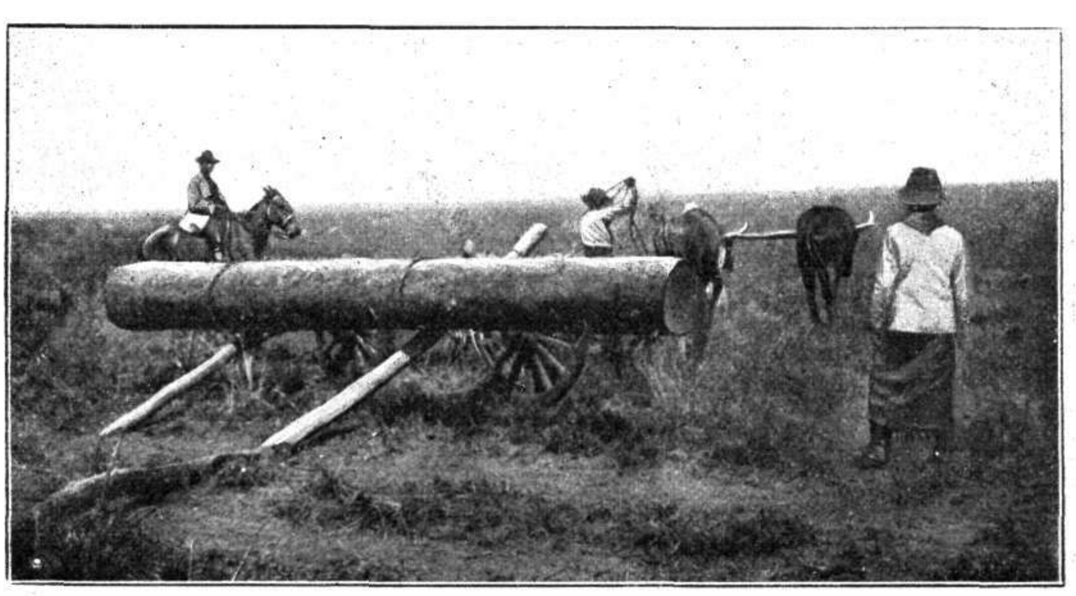


Leñateros salteños, cargando leña.

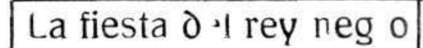




Vendedores de leña, en la ciudad de Salta.



Original sistema de transporte que se emplea en el Chaco para los rollizos, llamado «chachaque».





En la estancia se produjo una agitación inusitada. Los peones, que desde temprano se ocupaban en arreglar las pilchas del recado o en tusar y desvasar a los pingos alistándose para una gran fiesta abandonaron sus tareas para ir a rodear una vieja carreta con techo de paja que acababa de llegar. De entre el grupo se destacaba la negra cocinera, que «mandaba más que patrón», como era voz corriente entre los peones. Ese día había sacado del fondo del baúl su ajuar de fiesta; lucía un pintoresco vestido de percal, un pañuelo floreado rodeaba su cuello, pendiendo de sus orejas unos zarcillos exageradamente grandes.

— «Apese mosito» — dijo dirigiéndose al guía de la carreta, quien haciendo honor a la invitación, desmontó cachacientamente del mancarrón flaco y perezoso que montaba. Al moverse lo hacía con toda parsimonia, como dándose aires de importancia y luciendo con orgullo su vestimenta ridícula, consistente en un gran camisón de bayeta roja, que le llegaba hasta los tobillos.

Se acercó con ceremoniosa actitud a la carreta, donde le alcanzaron un envoltorio que sostuvo con cuidado.

— Por aquí — insinuó la negra, que seguida de toda la concurrencia llegó hasta una mesa que había bajo el galpón.

El muchacho del camisón rojo principió a desliar con misterio el envoltorio, saliendo al fin de entre una cantidad exagerada de trapos, un diminuto santo de palo, mal labrado, que podía pasar por San Baltasar, porque tenía la cara y las manos pintadas de negro.

El muchacho dijo, luego de contemplar con orgullo al santo que colocó sobre la mesa.

— «Ta bendecido en cinco iglesias y cura del «garrotillo» (1).

— «Ñandeyárare» (2) — dijo como electrizada la negra que después de persignarse, corrió a la cocina de donde volvió con media docena de velas de sebo que se las ofrendó al santo. Junto con los primeros chisporroteos de los pabilos y de la grasa, se pusieron de rodillas y no habían terminado aun sus oraciones, cuando el guía, sacándose el usado sombrero, fué alargándoselo a cada uno de los devotos, mientras decía:

— «Pa'l festejo del santo.»

Todos dieron algunos centavos y después de terminada la colecta, un viejo que descendió de la carreta y que parecía ser el jefe de la caravana, dijo con marcada tonada guaraní.

— «No que vayen a faltar mañana a la fiesta, cha que tenemos «co'alfombra, un músico que toca en acordeón de do hilera y no ha de escaciar uno güeno trago de caña.»

— «Ta güeno carai» (3), repitieron todos a coro.

La vieja, entretanto, se apresuraba en apagar las velas, llevándose los dedos a la boca y una vez mojados en saliva, oprimía los pabilos sin peligro de quemarse. Concluída esa operación guardó los cabos de vela, que se habían convertido por obra y gracia de San Baltasar en remedio infalible para curar del «garrotillo».

El santo fué envuelto de nuevo en sus trapos, la comitiva ocupó su sitio y a poco se dejaron oir los gimoteos de los resecos ejes de madera de la vieja carreta, que se ponía en marcha con rumbo a otras casas, donde había de continuarse la colecta.

Muchas como esta caravana recorren la campaña correntina el día de San Baltasar, que es una de las fiestas populares más tradicionales.

En cada pueblo, aun en la aldea más insignificante, aparecen una respetable cantidad de San Baltasares, con virtudes y prestigios propios; porque si uno cura los enfermos del «garrotillo», otros tienen el mérito de curar milagrosamente de otras enfermedades, o de contribuir a la felicidad y prosperidad de sus devotos.

Pero lo más interesante, es la manera de venerar al santo. Parecería que se le hubiera consagrado como Dios de la alegría, porque todos los años se le venera, sin ofrendarle misas, ni otras prácticas rituales de los católicos, sino con bailes y fiestas que tienen un gran prestigio y un profundo arraigo popular.

Por supuesto que se organizan tantos bailes como santos negros hay en un pueblo, lo que da origen a frecuentes rivalidades, luchando cada «Santo Jara» (1) por dar el mejor baile; porque en realidad el prestigio de cada santo no se cimenta tanto en sus condiciones de milagroso, como en la importancia del baile con que se le obsequia.

La mayor suntuosidad suele depender de la música, de que esté o no alfombrado el piso, de que el ejecutante de acordeón ejecute en un instrumento de dos o tres hileras de teclas y, sobre todo, de que corra mucha bebida.

Por lo demás, el escenario es casi siempre el mismo. En la pieza más grande del rancho, — cuando no es única, — se coloca al santo en un altar, desde donde preside la fiesta. Cuando el dueño de casa es pobre y la colecta ha sido escasa, falta la alfombra y, con frecuencia, el modesto pavimento de ladrillo, teniendo por todo piso la tierra que es regada con todo cuidado, lo que no impide que sea un local poco agradable para los «bringos» (2), que difícilmente soportan el polvo que se levanta con el zapateado o con las polcas arrastradas, a lo que hay que agregar el pachulí con que están perfumadas las damas, que impregna la atmósfera de un olor penetrante e insoportable. Vale, sin embargo, la pena soportarlo, porque el cuadro es de un colorido interesante.

Las mujeres ostentan en sus trajes los colores más chillones. Al traje azul no le falta el cinturón rojo, mientras las trenzas negras como azabache, están adornadas con lazos de cinta amarilla. Pero los héroes de la jornada son los pies, que se ven obligados a estar prisioneros en estrechos zapatos, a los que casi siempre les sobra un clavo imprudente en la plantilla, pero que resultan molestos aún sin ese compañero inseparable de botines ordinarios, porque el calzado es una prenda de vestir que está demás para esa gente acostumbrada a andar descalza y que sólo los usa como artículo de lujo.

Por su parte, los mozos, llevan su mejor bombacha, el cinto reluciente, guarnecido de plata, el pañuelo de seda al cuello y las infaltables botas de las que penden pesadas espuelas, cuya importancia tiene mucho que ver con el ruido que hacen.

En cuanto se da la señal de comenzar el baile, los guitarreros puntean un gato, dejándose oir de vez en cuando los gemidos del acordeón. Al gato siguen las polcas, mazurcas y valses, bailándose con entusiasmo tarde y noche.

Los remisos al baile tienen también sus atractivos, porque en la enramada se juega a la taba y las carretas que rodean el rancho, en las que han venido las «guainas» (3) y «cuñás» (4), desde los puntos más lejanos, sirven de techo a los jugadores de truco; y entre flor y truco y suerte y otra cosa que cantan los de la taba, corre de mano en mano la damajuana de caña, que es para ellos la más deliciosa de las bebidas.

Y así, con el estruendo de los cohetes, los gemidos del acordeón y los atractivos del baile y del juego, se pasa la noche cultivando uno de los más curiosos y humano de los ritos, con que se festeja en la campaña correntina, a San Baltasar, el Rey Negro.

Eduardo Miranda.

Corrientes, julio 1916.

(1) Difteria.
(2) Por Dios.
(3) Señor.

(1) Dueños.
(2) Puebleros.
(3) Muchachas.
(4) Mujeres.



ARTE ARGENTINO

EL FRIGORÍFICO

ÓLEO DE PÍO COLLIVADINO

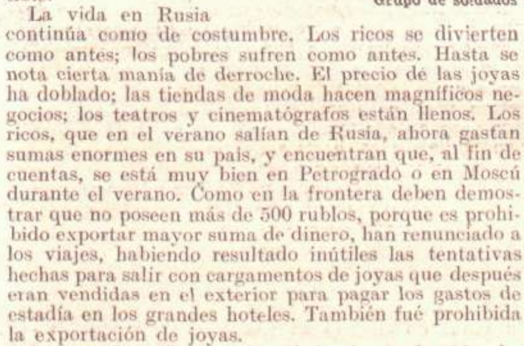
"Caras y Caretas" en Rusia

Rusia en guerra. — La apariencia y la realidad. — El lujo y la manía derrochadora. — Los preparativos de la gran ofensiva.



Grupo de soldados rusos, pertenecientes a los nuevos contingentes.

Extraño país la Rusia. Consigue llevar adelante una guerra mastodónica, sobre un frente inmenso, que va de Riga al Cáucaso y a la Mesopotamia, sin alterar en realidad su fisonomía normal. A quien pide noticias de la guerra, le contestan que la guerra sigue su curso normal. No hay sino que esperar el éxito final. Rusia se ha habituado ya a la guerra. El público no se conmueve por nada. Más le interesan la primavera precoz y la tibieza de los primeros días buenos. ¡Oh! ¡El sol! Abrid, abrid puertas y ventanas, para que entre en las casas y las entibie!



La vida en Rusia continúa como de costumbre. Los ricos se divierten como antes; los pobres sufren como antes. Hasta se nota cierta manía de derroche. El precio de las joyas ha doblado; las tiendas de moda hacen magníficos negocios; los teatros y cinematógrafos están llenos. Los ricos, que en el verano salían de Rusia, ahora gastan sumas enormes en su país, y encuentran que, al fin de cuentas, se está muy bien en Petrogrado o en Moscú durante el verano. Como en la frontera deben demostrar que no poseen más de 500 rublos, porque es prohibido exportar mayor suma de dinero, han renunciado a los viajes, habiendo resultado inútiles las tentativas hechas para salir con cargamentos de joyas que después eran vendidas en el exterior para pagar los gastos de estadía en los grandes hoteles. También fué prohibida la exportación de joyas.

Petrogrado y Moscú se han dado ahora a la vida alegre, como si tuvieran un frenesí de gastar y de vivir intensamente; pero es preciso no creer solamente en las apariencias. No toda la Rusia es así. En las pequeñas ciudades de provincia, en los pueblos, en las aldeas, en los campos, se trabaja como antes y más que antes, porque es necesario proveerse de muchas cosas que antes de la guerra se importaban.

Rusia tiene recursos extraordinarios que afluyen en proporciones enormes a Petrogrado y Moscú. En pueblecillos en donde no había ningún taller, han surgido pequeñas manufacturas, con dos o tres tornos mecánicos. Se fabrican proyectiles en silencio, tranquilamente, como un hortelano prepara sus canastos de hortalizas para llevarlos al próximo mercado. Y esas pequeñas contribuciones reunidas forman montañas de proyectiles, a los cuales hay que agregar los que manda el Japón. El antiguo enemigo de Rusia, el Japón, se ha convertido en una fábrica inmensa, que trabaja de día y de noche para el gran imperio.

En Rusia son escasas las vías de comunicación. Con la clausura de los Dardanelos, Odesa, el gran pulmón moscovita, no puede funcionar regularmente. Pero el Transiberiano ha hecho milagros. Cuando concluya la guerra se conocerán, a este respecto, detalles interesantísimos.

Hace un mes, se hablaba poco de la guerra en Petrogrado y en Moscú. La gente, un poco fastidiada, decía: «Tendremos todavía para mucho tiempo», y las conversaciones morían al nacer, por ser su asunto demasiado viejo. Esa aparente inmovilidad de Rusia ha engañado a los alemanes, que no creían posible una próxima resurrección rusa. El imperio moscovita había perdido demasiado, especialmente en material de guerra, y los cañones de grueso calibre no se improvisan. Los técnicos dicen que de ordinario es necesario un mes para cada grado del calibre. Así, para una batería de 305, se necesitarían treinta meses. ¿Y entónces? Los alemanes se sentían seguros. Y he aquí que, de repente, se desencadena como un huracán la ofensiva rusa, impetuosa, arrolladora. Destruye fortificaciones, destroza trincheras defendidas a veces por dieciocho redes de alambre de púas, pulveriza las palizadas levantadas en terrenos pantanosos, y persigue, con su artillería precisa y mortífera, a los austriacos en retirada.

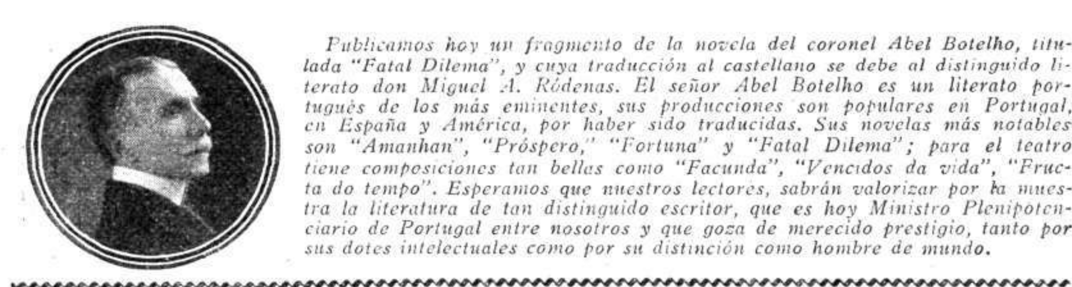
En una próxima correspondencia veremos los progresos alcanzados y los que alcanzará el ejército ruso.

Juan Velázquez.

Moscú, junio, 1916.



Batería rusa en Galitzia, durante un avance.



Publicamos hoy un fragmento de la novela del coronel Abel Botelho, titulada "Fatal Dilema", y cuya traducción al castellano se debe al distinguido literato don Miguel A. Ródenas. El señor Abel Botelho es un literato portugués de los más eminentes, sus producciones son populares en Portugal, en España y América, por haber sido traducidas. Sus novelas más notables son "Amanhan", "Próspero," "Fortuna" y "Fatal Dilema"; para el teatro tiene composiciones tan bellas como "Facunda", "Vencidos da vida", "Fructa do tempo". Esperamos que nuestros lectores, sabrán valorizar por la muestra la literatura de tan distinguido escritor, que es hoy Ministro Plenipotenciario de Portugal entre nosotros y que goza de merecido prestigio, tanto por sus dotes intelectuales como por su distinción como hombre de mundo.

FATAL DILEMA

Susana avanzó dulcemente, y abroquelada como venía en su inmaterial desdén por el objetivismo de la vida, no reparó en aquella rápida mutación de modos y actitudes de Isabel, Héctor y la condesa. Avanzó gravemente, derecha hacia su madre, con una sonrisa diáfana, como el ala de un ángel, en su rostro suave y tranquilo. Parecía arrancada de alguna tela de Van-Dyck, íntegra y perfecta, desde la diadema de oro de su cabello y la casi incoercible forma de su perfil, desde la claridad sideral del semblante, que reflejaba la igualdad inalterable de su alma, hasta el escrupuloso aliño y la simetría perfecta del vestido. En su faz beatífica y oval, de tal suerte iluminada que se diría transparentar alguna llama interior, rasgábanse, grandes y azules, los ojos, tocados un poco de ese vago estrabismo que es hijo del aislamiento, y se dibujaba la boca, fugazmente, con frescura y matiz de guinda sazonada. Susana era uno de esos géneros de belleza efímera que por su propia delicadeza se marchitan y apagan al mezclarse en la abigarrada concurrencia de una multitud, y cuya afinada corrección de líneas no resiste mucho tiempo los años, si es que antes no viene a devorarla, prematuramente, la muerte.

— ¡Buenos días, madre! — balbuceó con mimo, — besando a la viuda y dejando entrever los dientes, blancos y traslúcidos como el esmalte de las conchas.

— ¿Cómo estás tú, mi amor? — acudió cariñosa Isabel, también besándola; — y era la piel del rostro de Susana tan delicada y tan fina, que el beso de la madre dejó en ella una pequeña señal color de rosa.

Pero la viuda la cogió aún, cariñosamente entre el pulgar y el índice, el mentón redondito y menudo:

— Déjame que vea esos ojos.

— Ya no lloro, no... en vista de que tú no quieres, — dijo Susana; — y luego suspiró profundamente, como si a solas monologase sus penas: — Pero ¡ay! el dolor es el mismo... ¡Por qué he de decir lo contrario!

Al acabar estas palabras, con pudorosa contracción, cerró los ojos y apretó los labios — irreprimible movimiento de toda mujer al sorprenderse contemplada por un hombre, porque Susana sintió en aquel momento que sobre ella caía, con mirar comedido, pero insistente, toda la respetuosa y solícita atención de Héctor. Pero se recobró pronto, y entonces, graciosamente, completamente transfigurada, con un abandono familiar e ingenuo de toda su alma, con el efusivo calor de una criatura:

— Afortunadamente, los verdaderos amigos no nos abandonan...

Después, en frío, se dirigió a la condesa de Malpartida para decirle, casi sin mirar:

— Adiós, condesa.

Susana había sentido infinitamente la muerte del padre, que infinitamente también la estremecía. Convertido en padre cuando ya estaba caduco y gastado, el viejo Peñalva concentró toda la porción afectiva de su ser y toda el ansia de amparo de su decrepitud, en aquel producto melindroso y frágil, que, aun así, había de ser el cariñoso apoyo de su invalidez e iluminaba con inefable claridad la tristeza crepuscular de su vida. De esta manera, el amor exclusivo y ardiente del viejo Eusebio por Susana, no era sólo efecto de una solicitación banal de la sangre, era algo más que un nuevo fenómeno psicológico de ascendencia, significaba también la completa conformidad moral de dos temperamentos, la afinidad psíquica de aquellas dos criaturas que en el mismo resbaladizo escalón de la vida se encontraban — ella por el morboso embrión de origen, él por la fatalidad inminente de su fin. — Nada más conforme e igual con aquel esbozo incipiente de una existencia, que la deleznabledispersión de aquella ruina, de la cual los insalubres detritus, las escorias inmundas no podrían ser eliminadas sino por la ablución espiritual con la inocencia. Por eso, en las apagadas cenizas del grande relapso mundano, crepitaban vivos rescoldos de afecto, encendíanse y ardían súbitas ternuras por la menuda existencia, tan sutilmente alada, tan débil, tan tenue, tan poquita cosa, que al más ligero soplo de la vida podría romperse.

De ahí que la admirase hasta lo inverosímil. Y tantas veces como en íntimas escenas se desdoblaban o saltaban, espontáneas e imprevistas, las maravillosas demostraciones de precocidad de la pequeña, otras tantas traspasaba el corazón del pobre viejo esta idea siniestra:

— ¡Qué prodigio! ¡El mejor día nos quedamos sin ella!

Isabel se encogía de hombros y él abrazaba y estrechaba contra el pecho a su hija, en amoroso transporte de terror, como queriendo refugiarla en sus entrañas.

Desde los primeros albores de la inteligencia de Susana, habíase impuesto el padre la misión de modelar y sacar gradualmente a luz aquel alma, que venía a ser inocente reflejo de la suya. El mismo, suave y pacientemente, le quiso insinuar las primeras nociones de lectura y de escritura, estremeciéndose de alegría a cada paso, ante la maravillosa comprensión de la niña, y enorgulleciéndose hasta el delirio al sorprender la rápida expansión de sus progresos.

Todavía después, siendo ya Susana adolescente, no era el padre dueño de aislarse en su gabinete de trabajo, ni había medio de que se procurase unas horas de indispensable concentración espiritual, para entregarse a una grave preocupación o a examinar los documentos de su negocio, sin que la hija se empeñara en acompañarle o en ir a sentarse junto a él, dulce y cariñosa, afirmando en silencio su presencia sin perturbar el espíritu, como queriendo ser el centinela evocador de su pensamiento, el marco de sus ideas. O, a veces, era él, el mismo padre quien la llamaba con delicadeza y le pedía que accediese al tedio de acompañarle así, dócil e inmóvil, en pasiva anulación de todo su ser externo, decorativa y muda como una estatua, cual si fuera el ángel tutelar de su destino...

Así, sucedió que Susana, habiéndose arriesgado en los primeros pasos de la vida por la trémula mano del padre, mezclaba su propia existencia con la existencia de él, tan íntima y completamente, que, fuera del corazón del viejo, todo lo demás se le ofrecía esfumado por la indiferencia en un cuadro frío y distante. De hombres, entonces, no conocía casi ninguno. A no ser últimamente, Héctor; sin haber sospechado, ni por un solo momento, la infame determinante de su intimidad.

En sus relaciones con la madre, el trato de Susana no pasaba de esa cómoda afectuosidad a distancia que, marcando un afable entendimiento, impuesto por el deber y cimentado en la costumbre, excluye todo el familiar abandono de los efusivos torrentes del cariño y repudia los encantos de la íntima colaboración de un alma. Muy amigas las dos, constantemente unidas, inalterablemente conformes en el pensar y en el querer sobre los asuntos triviales de la vida, sin un momento de enfado, sin ninguna disonancia moral ostensible, sin la más mínima frialdad en su mutuo convivir, realizaban, ante la sociedad, un cumplido modelo de fraternidad exterior, hasta el punto de que madre e hija llegaban cándidamente a engañarse cuando se estremecían... Susana, por su insensato desdén al considerar el mundo y por la pasividad tolerante de su genio, sometíase con facilidad a los caprichos banales de la madre, — modas, recepciones, paseos, teatros, visitas, — todo, cosas que, por lo mismo que no le llamaban la atención, tampoco podían contrariar su voluntad. Y así todo iba bien en aquella porción de su existencia que tenía que ser convencional y frívola.

ABEL BOTELHO.

Demostraciones



El señor Pedro T. Pagés, fué obsequiado con un banquete, por el triunfo obtenido con los productos de su cabaña en la Exposición Rural; el acto tuvo lugar en el restaurant de la misma.



Los señores Ricardo Olivera Rodríguez y Alejo Mendoza, fueron festejados con una comida, por el ascenso del primero, a inspector de almacenes de la Aduana, y la reciente jubilación del segundo.

Fiestas infantiles



En celebración del cumpleaños de su hija Emilia, el Dr. Miguel Cané y su esposa Emilia Bustillo, ofrecieron una interesante fiesta a las niñas de relación de la obsequiada. En la reunión se exhibieron atrayentes films, y fueron ejecutados preciosos números musicales. La fiesta se prolongó hasta hora avanzada.



Interesante grupo de pequeños concurrentes a la fiesta que el Sr. Luis Berisso y Sra. Flora González de Berisso, ofrecieron en conmemoración del cumpleaños de su hijito Alejandro.



Con el profundo interés que despiertan en mi espíritu las cosas de mi tierra, he ido a ver la última obra de un inteligente y habilísimo autor nacional... Lejos de mí, puedo asegurarlo, la menor intención de analizar una pieza, cuyos méritos ha sancionado la crítica oficial; pero séame permitido manifestar mi extrañeza, al comprobar que un autor tan documentado siempre, en todo tema que elija, y que hace pocos meses puso de relieve y con la mayor justicia, la caballeresca figura de Lucio V. Mansilla, haya podido evocar la personalidad de una de las mujeres más nobles y generosas de la época trágica, presentándola con una altanería, violencia, y hasta mezquindad de sentimientos, que me sorprendieron dolorosamente...

Pocas frases le ha concedido el autor en el primer acto de la obra, pero harto sabemos que le bastan *dos trazos*, para hacer llegar al buen público, el firme convencimiento de lo que se propone, y es esta la razón que me mueve a ocuparme en las «notas sociales» de una de las más altas personalidades de nuestra vieja sociedad; en una palabra, de Agustina Rosas de Mansilla, que al lado de su sobrina Manuelita, supo aliviar con la generosidad y discreción de la gran dama, la angustiosa situación, de tantas víctimas de la tiranía... Y permítame el autor, que proteste también como mujer... Me parece que mereceríamos, de aquellos, que deben ser los intérpretes fieles de los hechos de nuestra vida nacional (cuando como él, se proponen enriquecer nuestro teatro, evocando en nuestra escena las personalidades históricas de mayor relieve) que se preocuparan también de la psicología de una figura femenina, antes de hacerle cruzar la escena, dejando una impresión de intensa amargura, por más que se trate de una actuación muy secundaria! Fué la característica de Agustina Rosas, una serena ecuanimidad; ni la grandeza, ni las adulaciones que la rodeaban, hicieron vacilar jamás la rectitud de su criterio, y así fué como cruzó la obscura tragedia, dejando en pos de sí, la luminosa huella de sus beneficios, y de su radiante hermosura!

Cuantas anécdotas inéditas, podría haber recogido el inteligente autor y amigo... Tal vez le acobardara el entrevistarse con alguna de las que alcanzaron a conocer íntimamente a Agustinita, por aquello de que algunos de nuestros jóvenes, temen acercarse a los ancianos... Pero hay generaciones más interesantes para ellos, que podrían documentarles, y por mi parte, me permito evocar alguna anécdotas, que compruebe la ecuanimidad de la ilustre dama...

Allá por los años cuarenta y seis, o cuarenta y siete, habitaba en San Nicolás de los Arroyos, el ilustre general Lucio Mansilla, jefe supremo del ejército del Norte, cuya voluntad era ley, en toda la región y le acompañaba en aquel «feudo» su joven y bella esposa; la época, y las circunstancias, privaban a la hermosa porteña, de la menor distracción mundana, y era su única expansión, llevar a paseo en galera, a sus hijitos, y algunos compañeros de su edad, entre los que figuraban como predilectos, los que conservaron esa amistad como tradición, transmitiéndonos, a los que nos hemos formado en ese ambiente, el cariñoso respeto debido a las matronas de esa familia, cuya nobleza de espíritu, no se desmintió jamás en su proceder, para con sus amigos, o sus enemigos...

Pero vamos a mi cuento: como en el camino real, había algunos malísimos pasos, cuyos baches hacían peligrar el equilibrio de la vetusta galera, el cochero del general, acostumbraba evitarlos, cruzando el campo de nna paisana protegida de Agustinita; un buen día detuvo bruscamente los vigorosos troncos que guiaba, y tan sorprendido como indignado, manifestó a su señora, que la paisana había puesto una soga para impedirles el paso, y que iba a bajarse del pescante, para quitarla.

«Ni pensarlo»,—dijo la señora del general: —«tiene muchísima razón la paisana, que defiende lo suyo, y a nosotros nos corresponde respetar su casa; pasemos por el pantano...»

Y este rasgo, pinta fielmente el carácter de Agustina Rosas, incapaz de permitir el menor abuso de autoridad, pronta siempre, para remediar, en la medida de sus fuerzas, las desdichas y amarguras de las familias unitarias. Muchos descendientes de las víctimas de la tiranía, podrían atestiguar que Agustina Rosas costeó pensiones particulares a las viudas de unitarios famosos, y que sostuvo esos hogares, privados por la tiranía del jefe de familia, hasta que los huérfanos pudieron ser el apoyo de sus madres.

Y ahora me toca decir al autor: no tema conversar con ancianas, amigo mío,... et sans rancune.

La dama duende.

Círculo "General Urquiza"



Animada fiesta ofrecida por el Círculo General Urquiza a sus socios. — Interesante grupo de señoritas de la sociedad de San Martín, Belgrano y General Urquiza, que asistieron al baile

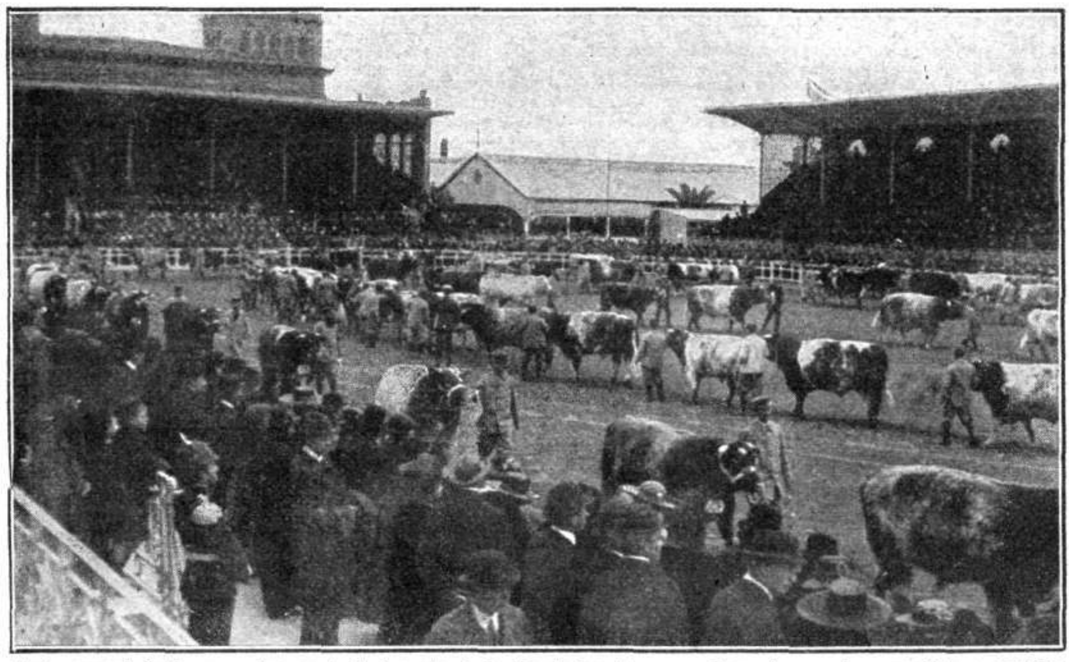
Exposición Internacional de Ganadería



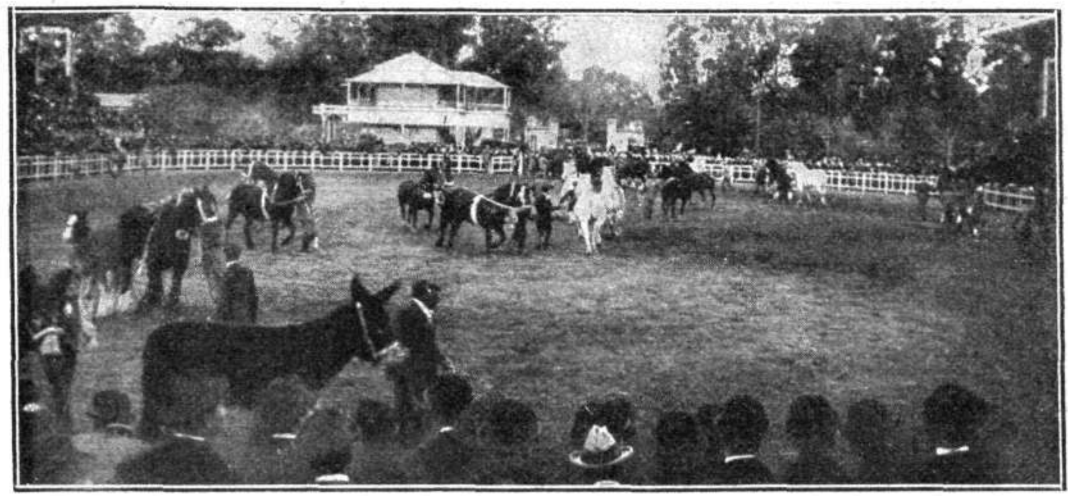
El presidente de la Sociedad Rural Argentina, doctor Abel Bengolea, pronunciando su discurso



El Ministro de Agricultura, doctor Calderón, pronunciando su discurso, declarando inaugurada oficialmente la Exposición.



Vista general de la gran pista central, durante el desfile de los toros ganadores de premios especiales y particulares, ocupando el primer puesto el "Campo Hero", el triunfo de la ganadería Argentina.

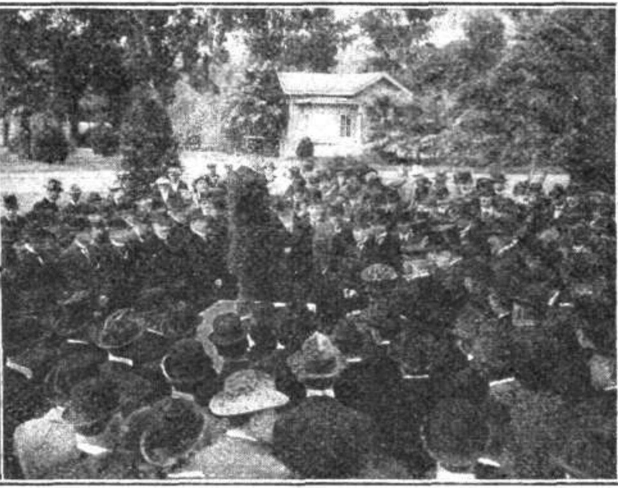


El desfile de los equinos, magníficos ejemplares Hackney y los de razas consideradas como pesadas.

Bodas de oro de la Sociedad Rural



Monumento erigido en los jardines de la exposición, frente al pabellón de la provincia de Buenos Aires, en memoria de su fundador, señor don Eduardo Olivera, en el 50.o aniversario de su fundación.



El Dr. Abel Bengolea, presidente de la Sociedad Rural, en el acto de inaugurar el monumento al señor Olivera. Asistieron al acto los señores ministros de Agricultura, Obras Públicas y Marina, Intendente Municipal y delegados de las sociedades rurales de la República Oriental, Brasil y del Rosario.



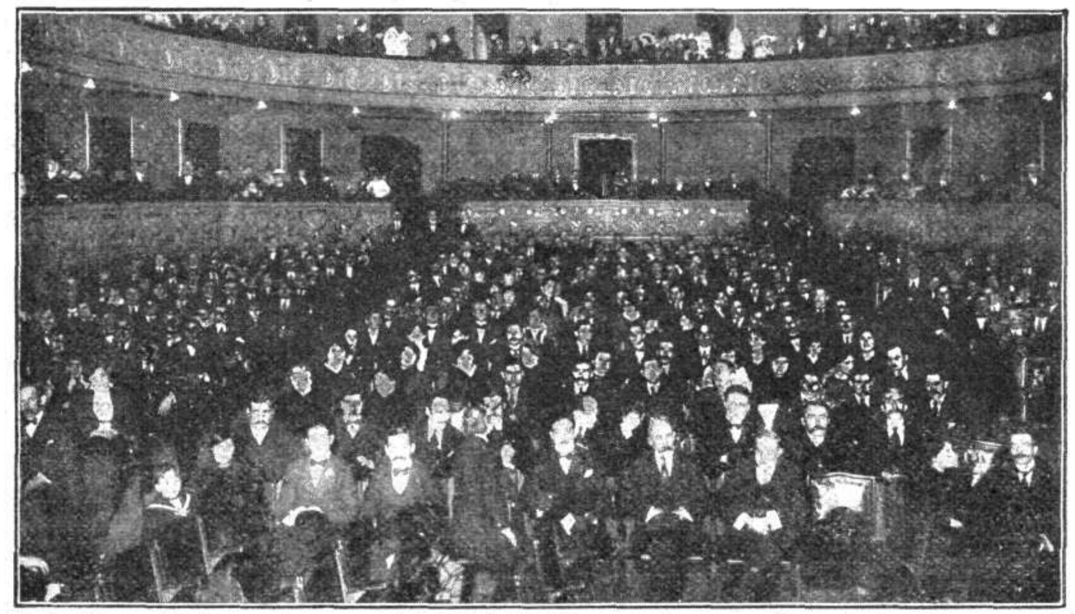
Almuerzo ofrecido por el Dr. Abel Bengolea, en honor de los criaderos y cabañeros expositores; cabecera de la mesa.

Club "Patriotic Dance"



Fiesta de beneficencia efectuada en el Plaza Hotel, cuyo producto se destina a socorrer los soldados ciegos, víctimas de la guerra.

Homenaje al maestro Granados



Espléndido resultó el concierto, a cargo del "Orfeó Català", prestando mayor relieve a la fiesta la cooperación desinteresada del poeta Marquina, Sra. Carmen Aznar de Bas y Srta. R. Tasso. La sala del teatro Victoria ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades.

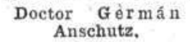
Necrología



El acto del sepelio de los restos del Dr. Pedro Lagleyze, el sabio oftalmólogo cuya desaparición ha sido tan lamentada.

El entierro del Dr. Atanasio Quiroga, antiguo profesor de la Facultad de Ciencias Médicas, organizador del doctorado en química.





Doctor Germán Anschutz.



Señora María Luisa Marini de Figari.



Señora Emma Kneght de Reilly.



Srta. María Liberata Tarelli.



Señora Ana C. de Turchi.



Señor Miguel Pascuzzi.

A NUESTROS LECTORES

Debido a la huelga de una parte del personal de nuestros talleres gráficos, el público sabrá disculpar las deficiencias que encuentre en este número, y que trataremos de subsanar en adelante.

Cómo es la triquina y cómo se evita

Una verdadera epidemia de triquinosis se ha desarrollado entre peones del ferrocarril, en nuestra capital, por haber comido la carne de un chanchito por ellos mismos criado y faenado, escapando a todo control facultativo. Algunos de los casos han sido fatales.

Esta enfermedad rarísima es la primera vez que se presenta entre nosotros en forma tan violenta.

Las epidemias de triquinosis en las personas son relativamente modernas. El primer médico que observó y estudió una epidemia de esta clase, fué un alemán llamado Zeuker, a principios del año 1860.

Había muerto en un hospital de Dresden una aldeana, cuya enfermedad presentaba todos los caracteres de la fiebre tifoidea. Zeuker la hizo la autopsia, observando con gran sorpresa que en vez de presentar las lesiones propias de la fiebre, tenía millares de triquinas en los músculos.

Examinada la carne que se conservaba en casa de la aldeana, halló unos jamones y unos embutidos completamente plagados de triquinas.

En Hetstedt se declaró otra epidemia, en la que se contaron más de 150 atacados y 20 muertos.

A fines del año 85 hubo otra epidemia en Emersleben, en la cual murieron 42 personas.

Entonces comenzaron a estudiar la enfermedad los principales médicos del mundo, entre ellos Brouardel y Grancher, de la Facultad de París. En todos los casos observaron abundantes triquinas en los músculos de los fallecidos, cuya muerte había sido tanto más rápida cuanto mayor era la cantidad de carne ingerida.

Las epidemias de triquina se han desarrollado sobre todo en Alemania y en América; en Alemania han sido muchos los casos de muerte.

El descubrimiento de las triquinas se hizo en Inglaterra en el año 1835.

Por el momento no se pudo averiguar de dónde procedían ni cómo penetraban en el cuerpo de los animales.

Entonces se sospechó lo que más tarde se ha probado: que la triquina se transmite por ingestión.

El proceso del contagio y desarrollo de la triquinosis puede resumirse en pocas palabras.

Cuando se come carne de cerdo enfermo se disuelven en el estómago de la persona los quistes que encierran a los parásitos, y éstos una vez en libertad, se unen los machos con las hembras, las cuales ponen centenares de embriones de tamaño pequeñísimo, pues sus dimensiones no pasan de una milésima de milímetro.

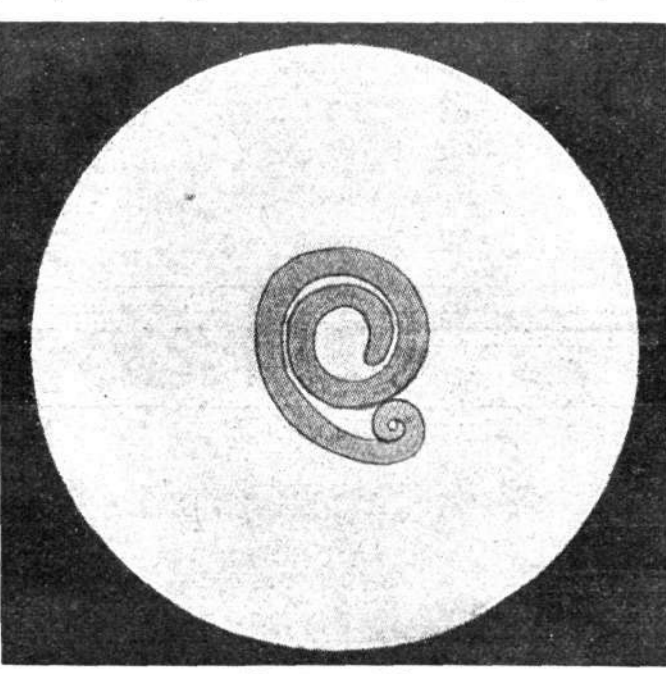
Cuando los embriones alcanzan cierto desarrollo abandonan el estómago, pasan al intestino y caminan hacia los músculos, sentando sus reales en el diafragma principalmente, en los músculos intercostales, en los del cuello, en los de la laringe, etc.

Al cabo de algún tiempo se forma en el músculo un quiste que aísla al parásito o a los parásitos, pues a veces cada quiste contiene dos animalitos.

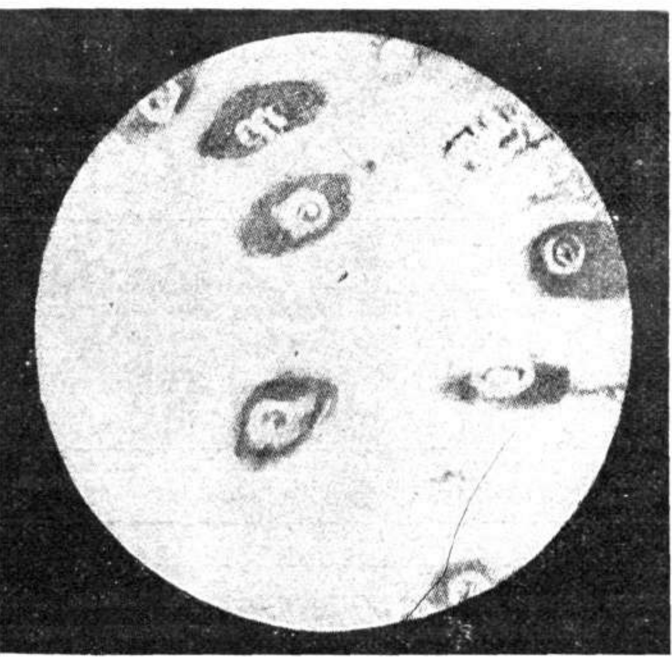
Los trastornos que causan en el organismo son muy variados; si se depositan en el intestino producen cólicos y diarreas muy semejantes a los del cólera; si en los músculos, dolores agudísimos; si en el diafragma, dificultan la respiración y causan asfixia, y si se albergan en la laringe promueven la tumefacción del glotis. Tanto en este caso como en el anterior, la enfermedad es gravísima, produciendo algunas veces la muerte del paciente. En los demás casos el parásito se enquista y vive indefinidamente sin causar otra cosa que dolores y molestias al individuo.

El verdadero origen de la triquina se desconoce; sólo se sabe que es una enfermedad endémica en varios animales, principalmente en las ratas y ratones, y si los cerdos la padecen no es porque se produzca espontáneamente en ellos, sino porque devoran a los citados animales, adquiriendo así el gérmen nocivo.

La triquinosis se evita con absoluta seguridad, sometiendo a cocción las carnes sospechosas, ya que la *triquina* muere a los 75 grados de temperatura.



Una triquina aislada.



Los quistes de la triquinosis en un músculo.


REFINERIA DE ACEITES
PUROS DE OLIVA
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
IMPORTADORES EXCLUSIVOS
PARA LA REPUBLICA ARGENTINA
FREIXAS, URQUIJO y C.ª Buenos-Aires



Con gran lucimiento se celebró este año la tradicional procesión de San Roque, segundo patrono del templo del Espíritu Santo, en la parroquia de Guadalupe. Aspecto que presentaba la procesión al hacer su recorrido por las calles de la parroquia, encabezada por la Confraternidad de San Roque.



Sostenga Vd. siempre...

y ante cualquier persona, que no existe extracto de malta que mejor represente el total de su valor, aparte de la pureza absoluta, su mínima alcoholización y su sabor agradable, que la

Malta PALERMO

El extracto preferible a todos

Cuenta Vd. con el apoyo de una de las empresas más importantes y mejor consideradas del país. Su médico de usted posee el análisis; consúltelo al respecto.

EN TODOS LOS BUENOS ALMACENES

CERVECERIA PALERMO, S. A. — Santa Fe, 3253
Buenos Aires

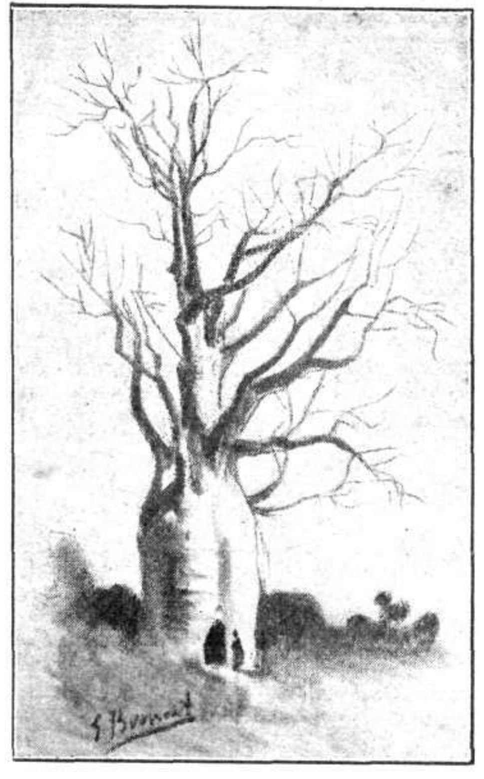
En el Uruguay JUAN MUSANTE, 25 de Mayo, 701, Montevideo

El gigante del reino vegetal

El ornamento más característico y esencial de las selvas tropicales africanas, en el verano, es sin disputa el árbol Baobab, cuando se aparece en plena floración, pues su tronco gigantesco (el cual mide, por lo regular, 30 pies de diámetro), se muestra enriquecido con lo que a distancia parecen pequeñas lámparas de oro colgando perpendiculares de las ramas, mediante ligeros cordones del mismo metal que evocan el recuerdo de los fantásticos jardines de Aladino, descritos en los cuentos de las mil y una noches.

En realidad, se trata de flores; son las flores del Baobab, grandes, de pétalos gruesos y blanquecinos, dotadas de innumerables estambres dorados y que penden con perpendicular exactitud de la rama por su áureo tallo.

El Baobab (andasonia díjitata) pertenece al orden natural de las *Malvaceas*, grupo de las *Bombacee*, que comprende diez especies de árboles gigantes: *Andasonia* (representado por dos tipos, uno africano, otro australiano); *Bombax* (magníficos árboles de algodón del Africa tropical, Asia y América, sobre todo América); y *Eriodendon* (árbol gigantesco, de tronco espinoso, que se halla también en la América del Sud, Africa y Asia.


El Baobab. — Más que un árbol, es una planta colosal, pariente lejana de las malvas.

El árbol Bombax, de América, rinde en sus cápsulas de semillas una substancia sedosa de aplicación industrial.

El Baobab, en sus numerosas cápsulas de semillas, no contiene más que un meollo blanco y un tanto rosáceo, comestible, de tan agradable paladar, que al mascarlo el sediento viajero experimenta la ilusión de estar tomando una excelente limonada.

También se le llama a este árbol, el del pan de los monos, pues estos cuadrumanos son aficionadísimos al susodicho fruto. Los indígenas hacen al árbol objeto de especial veneración, debido a los grandes servicios que de él obtienen y a lo imponente y majestuoso de su aspecto.

De madera ligerísima y blanda, permite con facilidad labrar en el interior del colosal tronco verdaderas casas, abrigos temporales, y hasta tumbas. Entre las ramas principales, oquedades naturales o artificiales, recogen las aguas pluviales y el rocío, llegando a ser verdaderas cisternas, que conservan el agua potable tan solicitada en aquellos calurosos países. Por último, las fibras de la corteza se prestan a muchas industrias indígenas.

GRATIS $ m/n. 6.000 EN EFECTIVO

UN CONCURSO PARA TODO EL MUNDO

DEL
Aceite "FRANCÉS"

¿Cuántos círculos hay en este dibujo?

Para facilitar la solución, pida a su almacenero una copia ampliada del dibujo de círculos, o directamente a los señores J. Ardanza y Cía., 1535, San José, 1545. Escriba en un papel el número de **círculos** que hay en el dibujo adjunto. Escriba su nombre y dirección y acompañe la solución con una chapita dorada, en forma de sello, de las que hay en todos los envases del ACEITE «FRANCES»—sin lo cual no será tomada en cuenta—y remítalo todo a **CONCURSO ACEITE «FRANCES»**, a/c. **«Caras y Caretas», 151, Chacabuco, Buenos Aires.**

Cada persona puede enviar las cantidades de soluciones que desee, siempre que cumpla con las condiciones expresadas, y **agregar una de las chapitas doradas a cada solución.**

Los señores J. ARDANZA y Cía., introductores del mejor aceite conocido, ofrecen los siguientes premios a quienes envíen la solución:

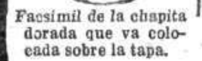
1	Gran premio de		$ 1.000.—	
1	Segundo premio de		„ 500.—	
2	Terceros premios de	$ 250.—c|u.	„ 500.—	
5	Premios de	„ 100.— „	„ 500.—	
10	Premios de	„ 50.— „	„ 500.—	
100	Premios de	„ 10.— „	„ 1.000.—	
200	Premios de	„ 5.— „	„ 1.000.—	$ 5.000.—

y a las personas que remitan la mayor cantidad de soluciones, sean o no correctas:

1	Premio de		$ 250.—	
2	Premios de	$ 100.—c|u.	„ 200.—	
4	Premios de	„ 50.— „	„ 200.—	
14	Premios de	„ 25.— „	„ 350.—	$ 1.000.—
340	Premios			$ 6.000.—

El primer premio será adjudicado a la persona que indique el número exacto de círculos o a las que más se acerquen. Los demás premios se adjudicarán por su orden. En caso de empate, los premios se dividirán.

Este concurso queda abierto el 9 de marzo de 1916, cerrando indefectiblemente el día 16 de septiembre de 1916, a las 6 p. m., después de cuyo día y hora no se admitirán las soluciones.



Facsímil de la chapita dorada que va colocada sobre la tapa.

Importadores: J. ARDANZA y Cía. 1535, San José, 1545 **Buenos Aires**

Sucursal: 885, RIOJA, 887 - ROSARIO

De Montevideo

Asistentes a la fiesta infantil que el doctor Juan José Amézaga y señora ofrecieron en su residencia, en honor de los amiguitos de su hijito Juan José.

Del Paraguay



El doctor Manuel Franco, en el acto de jurar.



El Congreso, durante el juramento del nuevo presidente.



Cabecera del banquete ofrecido por el ex presidente señor Schaerer, al cuerpo diplomático y embajadores, como despedida al concluir su mandato.

De Salta



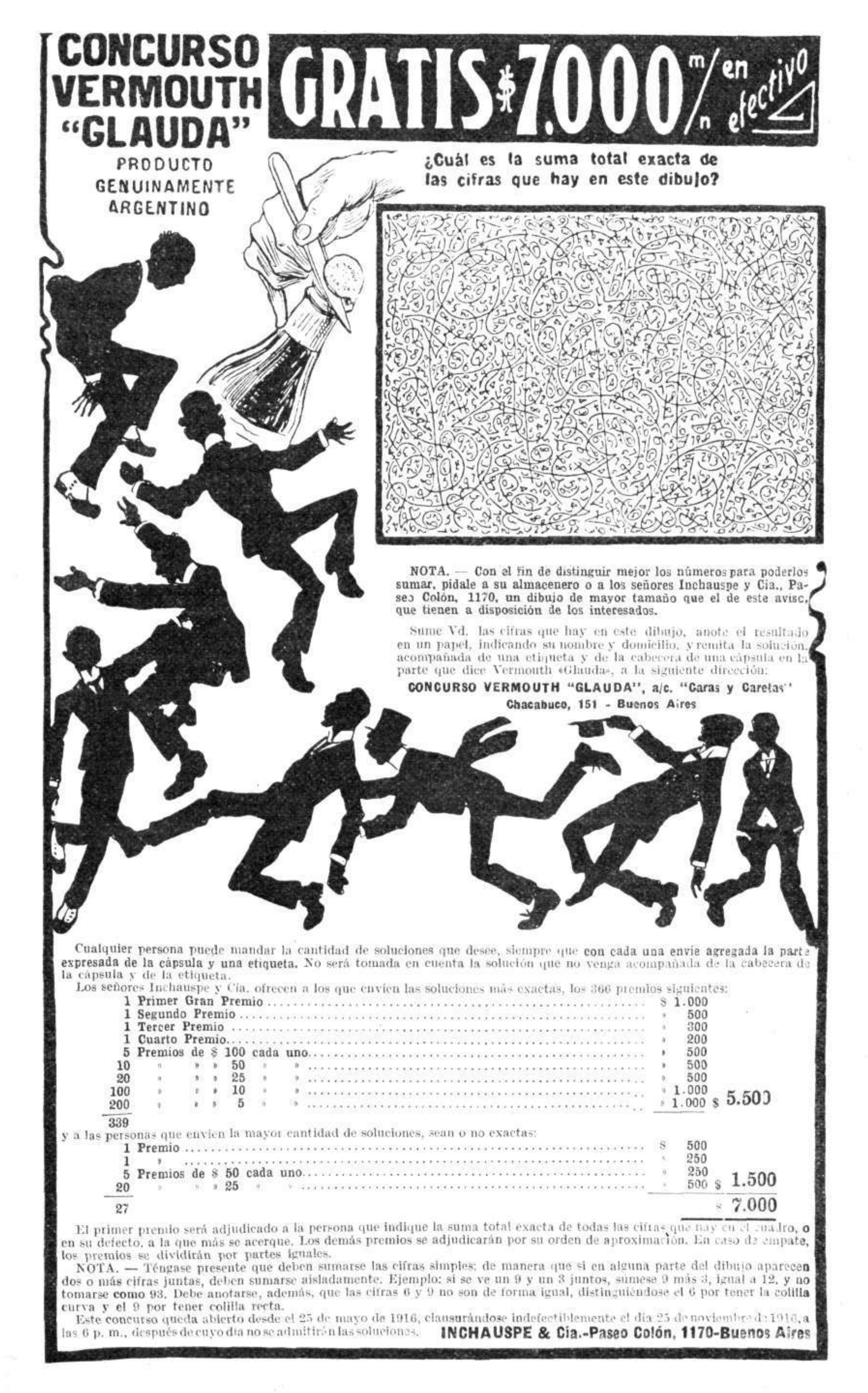
El público escuchando las alocuciones patrióticas, en la Plaza 9 de Julio, al organizarse la manifestación.

La gran manifestación religiosa y patriótica, a su paso por la calle Buenos Aires.

De San Pedro (Jujuy)



Mariano Plaza, uno de los tipos mas populares de la región, característico ejemplar de indígena chaqueño. Este cacique fué muy temido hasta poco antes de la ocupación militar del Chaco, pues capitaneaba una de las más grandes tribus establecidas en las costas del río Bermejo.

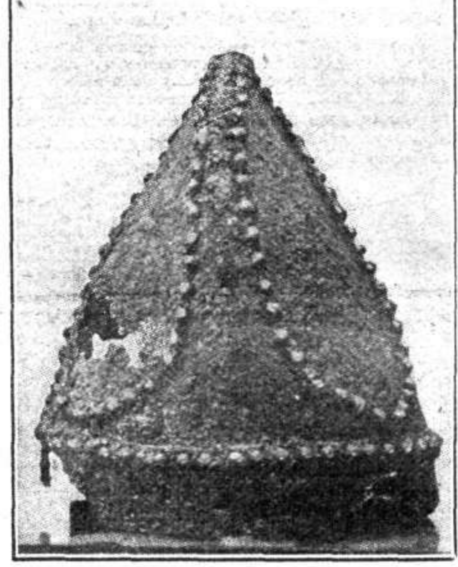

CONCURSO VERMOUTH "GLAUDA"
PRODUCTO GENUINAMENTE ARGENTINO
GRATIS $ 7.000 m/n en efectivo
¿Cuál es la suma total exacta de las cifras que hay en este dibujo?
NOTA. — Con el fin de distinguir mejor los números para poderlos sumar, pidale a su almacenero o a los señores Inchauspe y Cia., Paseo Colón, 1170, un dibujo de mayor tamaño que el de este aviso, que tienen a disposición de los interesados.
Sume Vd. las cifras que hay en este dibujo, anote el resultado en un papel, indicando su nombre y domicilio, y remita la solución, acompañada de una etiqueta y de la cabecera de una cápsula en la parte que dice Vermouth «Glauda», a la siguiente dirección:
CONCURSO VERMOUTH "GLAUDA", a/c. "Caras y Caretas"
Chacabuco, 151 - Buenos Aires
Cualquier persona puede mandar la cantidad de soluciones que desee, siempre que con cada una envie agregada la parte expresada de la cápsula y una etiqueta. No será tomada en cuenta la solución que no venga acompañada de la cabecera de la cápsula y de la etiqueta.
Los señores Inchauspe y Cía. ofrecen a los que envien las soluciones más exactas, los 366 premios siguientes:
1 Primer Gran Premio .... $ 1.000
1 Segundo Premio .... » 500
1 Tercer Premio .... » 300
1 Cuarto Premio .... » 200
5 Premios de $ 100 cada uno .... » 500
10 » » » 50 » » .... » 500
20 » » » 25 » » .... » 500
100 » » » 10 » » .... » 1.000
200 » » » 5 » » .... » 1.000 $ 5.500
339
y a las personas que envien la mayor cantidad de soluciones, sean o no exactas:
1 Premio .... $ 500
1 » .... » 250
5 Premios de $ 50 cada uno .... » 250
20 » » » 25 » » .... » 500 $ 1.500
27
$ 7.000
El primer premio será adjudicado a la persona que indique la suma total exacta de todas las cifras que hay en el cuadro, o en su defecto, a la que más se acerque. Los demás premios se adjudicarán por su orden de aproximación. En caso de empate, los premios se dividirán por partes iguales.
NOTA. — Téngase presente que deben sumarse las cifras simples: de manera que si en alguna parte del dibujo aparecen dos o más cifras juntas, deben sumarse aisladamente. Ejemplo: si se ve un 9 y un 3 juntos, súmese 9 más 3, igual a 12, y no tomarse como 93. Debe anotarse, además, que las cifras 6 y 9 no son de forma igual, distinguiéndose el 6 por tener la colilla curva y el 9 por tener colilla recta.
Este concurso queda abierto desde el 25 de mayo de 1916, clausurándose indefectiblemente el día 25 de noviembre de 1916, a las 6 p. m., después de cuyo día no se admitirán las soluciones.
INCHAUSPE & Cía.-Paseo Colón, 1170-Buenos Aires

El bronce, sus orígenes y desarrollo artístico industrial



Estatua ecuestre de Colleone, obra del Verrocchio.

El bronce es una aleación de cobre y estaño en proporciones variables. Algunas veces se le añaden plomo, cinc y plata para darle mayor brillantez o hacerlo más fusible, aunque entonces el cinc entra en forma de latón. En ocasiones, se pone en la aleación de 0'50 a 0'75 por 100 de fósforo, a fin de que tome color rojizo y acrecentar la homogeneidad y dureza del conjunto cuando se emplea en obras artísticas o menesteres industriales.



Yelmo o tiara de bronce fundido, de fabricación persa, correspondiente a la época de los Sassánidas.

Aunque el origen cierto del bronce no llegará jamás a averiguarse, sabemos que hubo una edad de bronce intermedia entre las de piedra y hierro. En la Gran Bretaña y Escandinavia duró la edad de bronce mucho más que en Italia, Francia y España. Sin embargo, casi todas las naciones del mundo antiguo practicaron a un tiempo el arte de fundir el bronce si bien su historia sea más obscura en unos países que en otros.

En Egipto se conocía ya la fundición de bronce hace lo menos cinco mil años. En Caldea se han encontrado estatuas de bronce que, según parece, pertenecen a un período no menor de dos mil años antes de la Era cristiana, y el estilo de su fabricación indica que el arte se había seguido allí con muchos siglos de precedencia. Un autor griego, que floreció unos cien años antes de Cristo, refiere que en las antiguas minas auríferas de Egipto se han encontrado herramientas de bronce, y que el hierro era enteramente desconocido en aquel país cuando se efectuaron las primeras explotaciones mineras. Además, en los antiguos monumentos de Egipto, se han encontrado figuras de hombres esculpiendo la piedra con cinceles cuyo color amarillo o rojizo obscuro indica que eran de bronce.

Los chinos introdujeron en Siam la fundición de bronce hacia el siglo XI de la Era cristiana. Las imágenes de bronce de las divinidades indostánicas, y del mismo Buda, atestiguan el primitivo empleo de la fundición de este metal en el culto religioso. El excelente estado de muchas de las imágenes denota la superior calidad de los materiales empleados.

China y Corea ejercieron poderosa influencia en todas las artes japonesas, incluso la fundición de bronce, así como se advierte la misma influencia de otros países más lejanos que indudablemente contribuyeron a su desenvolvimiento. Prueba de ello nos dan las imágenes indias de santos y divinidades budistas halladas en un templo japonés. Verdaderamente, el budismo, introducido en el Japón hacia el año 550 de la Era cristiana, tuvo tan positiva influencia en sus artes y cultura que los siglos VII y VIII constituyen un brillante período de la historia de la fundición de bronce, así como de la pintura y escultura.

La elaboración del bronce en Europa corresponde a más cercanos tiempos, y, según dicen algunos autores daneses y alemanes, el bronce europeo de los tiempos prehistóricos fué producto de una ingeniosa industria, no de origen fenicio, como se ha supuesto, sino probablemente nacida en Inglaterra. En las habitaciones lacustres de Suiza se han recogido gran número de bronces primitivos, entre ellos un molde de puño de espada compuesto de dos losas de piedra, en cada una de las cuales estaba dibujada en hueco la figura del puño, y que superpuestas, formaban un molde a propósito para la fundición; este es quizás el molde más antiguo de cuantos se conocen en Europa, y de la misma clase eran los empleados en el Japón durante muchos siglos para fundir espadas de bronce.

Grecia antigua tuvo en gran estima la fundición de bronces artísticos. En el año 700 antes de Jesucristo, se conocía en Samos el arte de fundir. El coloso de Rodas era de bronce.

Los romanos no sobresalieron en esta rama del arte, encargando más bien a los artistas griegos tales trabajos.

Del siglo IV al IX, pocas señales hay de obras artísticas en bronce. En el siglo XII resurge en Europa la fundición, extendiéndose ampliamente en el siglo XV.

El siglo XVII es de las grandes estatuas ecuestres. Y a la vista de todos está el derroche que se hace del bronce para monumentos públicos en la época actual.



Bronce japonés decorativo.

Provincia de Buenos Aires

AVELLANEDA. — Inauguración de una capilla en el Dock Sud. Monseñor Alberti, Sres. Miguel Scally, donante del templo, Sra. Amalia Serrone y Sr. Alfredo Rapaline, padrinos.

ROQUE PEREZ. — Niños que cantaron, bajo la dirección de la señorita Dominga Berro, el himno nacional, en la plaza Mitre, el día 9 de julio.

SAN ANDRES DE GILES. — Concurrentes a las grandes carreras de sortija, celebradas el día primero del corriente.

BARADERO. — Visita de los miembros del Congreso farmacéutico a la municipalidad.



ELISA. — Alumnos de la escuela, en el festival dirigido por la directora, señorita Claudia Alvarez.



GALVEZ. — Banquete que la sociedad italiana «Mutuo Soccorso», ofreció a su presidente, S. A. Frittole.



VILLA CAÑAS. — Rodeados de su numerosa descendencia, los esposos señores Degano festejaron las bodas de oro.



SANTA FE. — Aspecto que ofrecía uno de los salones del «Club del Orden», en el lunch últimamente celebrado.


GOODYEAR
AKRON, OHIO
GOODYEAR ALL-WEATHER TREAD
¡CONOCERLOS
ES
PREFERIRLOS!
LA superioridad de los neumáticos "GOODYEAR", con cara "Anti-Intemperie", es innegable. Los relieves característicos, son de goma sólida y resisten admirablemente la tendencia al resbalamiento cuando el piso está húmedo, economizando la fuerza de tracción.
LA lona del armazón la fabricamos expresamente, con material escogido y garantizamos su durabilidad, de la cual depende, en gran parte, la del neumático mismo
LAS cámaras de aire "Goodyear", se componen de láminas finísimas de goma, superpuestas y vulcanizadas en una sola. El procedimiento de su fabricación da por resultado las cámaras de aire más perfectas y de mayor duración.
NO hay revendedor que se niegue a suministrarle neumáticos y cámaras "Goodyear", aunque no las tenga en existencia.
PÍDANOS el folleto número 1, en el cual explicamos la manera de prolongar la duración de sus neumáticos.
The Goodyear Tire & Rubber Co.
of South America
ESMERALDA, 601 esq. TUCUMAN
Buenos Aires
GOODYEAR ALL-WEATHER TREAD
GOODYEAR
AKRON OHIO

Fúnebre hallazgo en los bosques de Tafí Viejo



El brazo izquierdo de la víctima, hallado en el bosque.

La tranquila población de Tafí Viejo, se halla conmovida por un profundo sentimiento de horror e indignación. En esta región jamás se había registrado un hecho tan salvaje como el que da motivo a esta crónica. El peón Francisco Gómez, recorriendo la propiedad de la señora Emilia Zavalía de Zavaleta, en busca de unos animales, encontró un informe montón de humanos despejos, algo indescriptible. Inmediatamente corrió a dar aviso al comisario, señor Luis M. Zavaleta, quien en unión del juez doctor Carranza, dió principio a las investigaciones, y tomó cuantas medidas requería el caso. En el lugar indicado por el peón Gómez, como a unos cien metros del camino, y entre espeso monte, se veían: un cuerpo cuyos miembros habían sido separados del tronco, y tanto éste como la cabeza, se hallaban comidos por los perros y aves de rapiña.

Como a 20 metros más lejos estaba el brazo izquierdo, en casi perfecto estado. Más allá se hallaron el pie derecho y parte de la tibia.

Faltan del cuerpo encontrado, la pierna izquierda y brazo derecho, así como las costillas de la parte anterior y vísceras.

El médico, doctor Luis Viaña, diagnóstico que la muerte databa de dos días antes.

A poca distancia del lugar del crimen se veía un perro ahorcado.

Es creencia que el animal debió pertenecer a la víctima, y fué también objeto de la saña de sus asesinos.

A pesar del misterio que parecía rodear el crimen, y de las precauciones tomadas por los autores para su ocultación, el celo y actividad de los funcionarios públicos ha logrado descorrer el misterio.

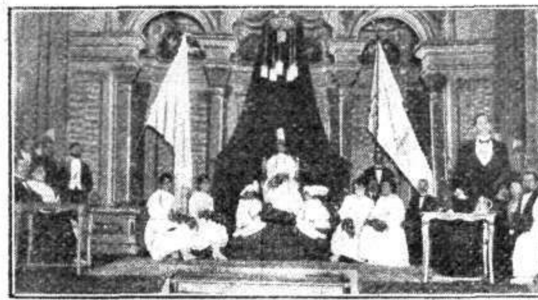
Los asesinos, convictos y confesos, están detenidos. Son Cecilio Ruiz, José Doroteo Astorga y José Bruno Quiroga.

Ruiz es un viejo campesino, tipo indio, ejercía la medicina clandestinamente. Curando a la víctima, Santos González, le causó una ceguera, y por ocultar el delito instigó a sus dos cómplices a cometer el asesinato de González; haciéndoles ver que tenía mucha plata. Por medio de engaños, los tres asesinos condujeron a González al bosque, donde le dieron muerte y descuartizaron, a fin de facilitar la rápida desaparición de los restos.



Los restos del cadáver, casi devorado por los perros.

Provincia de Buenos Aires



CARLOS CASARES.—La reina de la fiesta y su corte, en los juegos florales patrocinados por el «Club Atlético».



CHACABUCO. — Recepción en honor de los guerreros del Paraguay, dada por la juventud patriótica.



LOMAS DE ZAMORA. — La tercera compañía de los boy-scouts, dando guardia de honor a su jefe, que parte a la guerra.

EXTRACTO DE BABBITT



Almacenero: — Aquí traigo las botellas de lejía y lavandina.

La Señora: — Puede llevarse esas porquerías, sólo usamos el **extracto Babbit**, para la limpieza de **ropas, pisos, platos, batería de cocina** y demás utensilios de la casa, con resultado admirable.

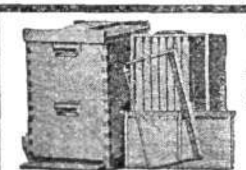
El **extracto Babbitt** es la última invención norteamericana aplicada al uso doméstico, para tener las casas resplandecientes y limpias como espejos.

De venta en almacenes, bazares y ferreterías.

Precio al consumidor
$ 0.25 el paquete

IMPORTADORES:

BOUCAU HERMANOS
RIVADAVIA, 1321
Buenos Aires



COLMENAS DE DIEZ CUADROS Y ACCESORIOS PARA LA APICULTURA

Extractores, guantes, velos, fumigadores, prensas, máquinas especiales para hacer fundación de ceras, etc., etc.

CATALOGOS GRATIS — Véase nuestra vitrina de Exposición en la Galería General Güemes.

Goldkuhl & Brostrom Lda. Unicos introductores de las afamadas desnatadoras ALFA-LAVAL **Belgrano, 1138 - Bs. Aires**



Cassullo Hnos.
DENTISTAS-CIRUJANOS
Avenida de Mayo, 1111 - Bs. Aires

Doctor M. KUTYN
Dentista Norteamericano
Diplomado en Nueva York, Búffalo y Bs. Aires. Extracciones completamente sin dolor.
CERRITO, 67 — De 10 a. m. a 5 ½ p. m.



Dr. G. FASCE
Ex Jefe de Clínica del HOSPITAL ITALIANO
Calle Rivadavia, 3907, esquina Medrano.

JULIO TELLO
DENTISTA
CONSULTAS: De 1 a 4 p. m. — Av. de Mayo, 1346 U. T., 6424, Libertad

---



COCINAS
PARA CARBON Y LEÑA
Ventas por mayor y menor.
MALUGANI Hnos.
Pidan Catálogos - Méjico, 1359, Bs. Aires

MÚSICA. PIEZAS a 20 centavos c/una.
Pidan Catálogo especial
Casa Beethoven - Victoria, 1632
BUENOS AIRES



Cocinas Económicas desde $ 35.— con agua caliente para baño.
A. GENTILE
Deán Funes, 1328
Bs. As. Pidan Catálogo

PUERTAS
MADERAS
Materiales para construcción
ANTONIO PINI e HIJO
Rivadavia, 3201-Bs. Aires
PIDAN NUEVO CATALOGO
VENTANAS

GRATIS

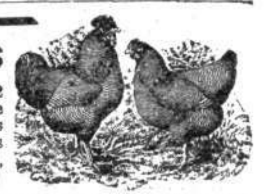


Remitimos al interior, a quien lo solicite, nuestro Catálogo 16. — **Alhajas, Relojes, Armas, Gramófonos, Linternas Eléctricas**, etc., a precios módicos, en cambio de cartoncitos de cigarrillos.

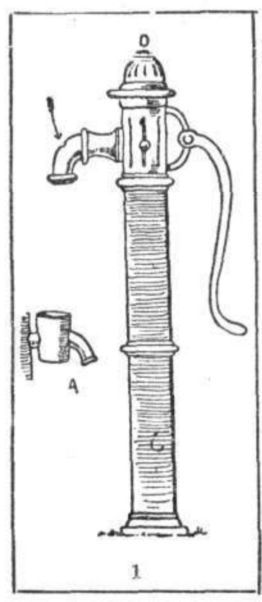
CASA MATUCCI, S. del Estero, 653. B. As.

Solamente el Criadero "Excelsior" vende Incubadoras buenas

y a precios tan bajos, que nadie puede hacerle la competencia: las de 35 huevos valen $ 25, y de 62 huevos, $ 50; mientras que muchas incubadoras de otras casas se encuentran en los rincones de los remates. *¿Qué significa esto? Un clavo para las casas que las venden y para aquellos que las han comprado.* Pida nuestro libro explicativo e ilustrado sobre Avicultura, enviando 50 centavos en sellos a A. REINHOLD, Belgrano, 451, Buenos Aires, con Anexo Criadero EXCELSIOR, 30 años establecido.



Inventos, recetas y procedimientos útiles



1

N.º 1. — Para poder beber en las bombas. — Muchas bombas de las que se emplean para sacar agua, tienen en la parte superior del grifo un agujerito, cuyo objeto desconoce la generalidad de la gente. El tal agujerito sirve sencillamente para poder beber en la bomba sin necesidad de aplicar la boca a la del grifo, procedimiento incómodo y poco limpio.

La persona sedienta no tiene más que tapar la boca del grifo con una mano, mientras con la otra da a la bomba; el grifo se llena de agua, y aplicando los labios al agujero se bebe con toda comodidad.

En muchas partes de Inglaterra, se encuentran bombas de esta clase en el campo, para comodidad del transeunte.

En algunas otras ciudades europeas hay fuentes públicas, cuyos caños están cortados en su mitad por una especie de vaso (A, en el grabado); cuando se quiere beber, con tapar la boca del caño se llena el vaso y ya no hay más que acercar a éste los labios.

———

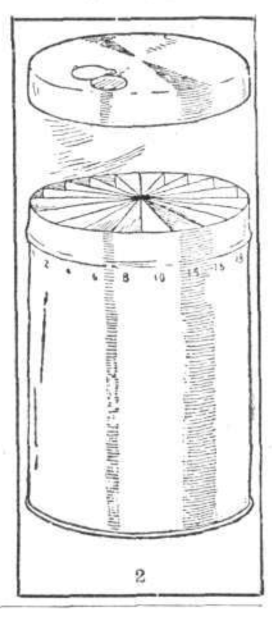
N.º 2. — Caja clasificadora. — Esta caja puede servir para guardar agujas de coser o agujas perforadoras, y ofrece la ventaja de que, sobre no perderse ni unas ni otras, se tienen siempre clasificadas por números, y no hay que perder tiempo buscando la que se necesita.

La caja es fácil de hacer tomando por modelo la que representa nuestro dibujo.

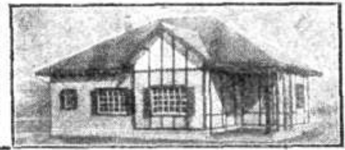
En un bote pequeño, vacío, se sueldan varias chapitas de hojalata, de modo que formen tantos compartimentos como números de agujas haya.

En la tapa de la caja se abre un agujero, por el que quepa la aguja más gruesa, y una vez puesta la tapa en su sitio, se la hace girar hasta que el expresado agujero caiga sobre el compartimento de las agujas que se busquen. El agujero debe estar provisto de una pequeña tapita, y, para mayor comodidad, se numera exteriormente cada división para saber a simple vista en qué punto cae cada grupo de agujas.

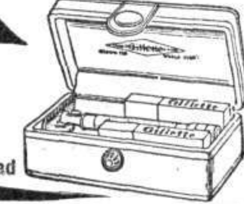
Tinta para escribir sobre vidrio. — Se consigue esta tinta por medio de la siguiente preparación: betún de Judea, 20 gramos; barniz de copal, 10 gramos; bencina rectificada, 100 gramos. Antes de usar esta tinta, se deberá agitar fuertemente.


2

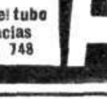
La esencia de trementina se puede emplear como un valioso medio para quitar las manchas de la ropa blanca. Se hace para ello una solución en la cual entre por partes iguales la trementina, el éter y el alcohol puro.











Hupmobile



99 % Eficacia

Hemos anotado todo reclamo, pequeño o grande, hecho contra la serie "N" del "Hupmobile".

Nuestras anotaciones, hechas desde la fecha en que el primer coche, serie "N", salió de la fábrica, hace 15 meses, hasta hoy, comprueban que el "Hupmobile" tiene 99 % de eficacia.

En términos más claros, sólo un carro, de entre 100, tiene un desperfecto de poca importancia. Desafiamos que iguale o sobrepase a este "record" cualquier objeto mecánico fabricado por centenares y usado y abusado por centenares de personas, en todo clima y en toda clase de caminos imaginables.

Este record es de suma importancia para el comprador de automóviles que aprecia su tranquilidad, su tiempo y su dinero. Nuestras anotaciones, probando esta eficacia, están a su disposición y pueden ser inspeccionadas cada dia.

Breves especificaciones del "Hupmobile"

Modelos: de cinco, siete y de dos asientos, "Sedán" y de cinco y dos asientos con capota de invierno, desmontable. Motor de 4 cilindros, 96 m/m. diámetro por 140 m/m. de carrera. Transmisión: tres velocidades hacia adelante y marcha hacia atrás. Embrague de discos múltiples. Eje trasero "flotante". Engranaje helizoidal cónico. Tanto el árbol de levas como el cigüeñal descansan en cojinetes de bronce revestidos de metal anti-fricción "Babbit". Distancia entre ejes: 119 pulgadas para el coche de 5 asientos. Dimensiones de los neumáticos: 880 m/m. por 120 m/m. para el coche de cinco asientos y 920 m/m. por 120 m/m. para el coche de 7 asientos. Sistema de arranque y alumbrado eléctricos, parabrisas ajustable para ventilación y visión en tiempo de lluvia, capota manejable por una sola persona, cortinas laterales de manejo rápido, soportes para las cortinas de las portezuelas, amohadillado profundo, velocímetro, porta-abrigos, descansa-pie y alfombra en el tonneau, neumáticos traseros antideslizantes, cinco llantas desmontables, soporte para un neumático de repuesto, bomba, gato, estuche completo de herramientas. A solicitud, mediante un pequeño cobro adicional, se suministrará un magneto para el encendido, ruedas de alambre, capota de color kaki, fundas para los asientos y se pinta el coche en colores especiales.

Hupp Motor Car Corporation, Detroit, Michigan, EE. UU. de A.

Representante en la República Argentina: CORNELIO PRATS, Tucumán, 688 - Buenos Aires.



si ha de curarle esa erupción que tanto lo mortifica. No es más que la irritación del calor. Con sus bañitos y bastante polvo de "Mennen," quedará su piel, en pocos días, limpia y sana.

Exija el "Talco" con el *sello de pureza.* El Legítimo de "Mennen." Envase ovalado o redondo. Fabricado exclusivamente por la

G. MENNEN CHEMICAL CO., Newark, N. J., U. S. A.



Marca Registrada





THE POLO KGATING RINK CLUB. — Team "Azul", ganador del concurso.



Señoritas que tomaron parte en el concurso de patinaje realizado en el Parque Saavedra.

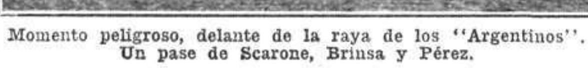


FOOTBALL. — Copa Newton. — Team "Argentinos", ganador.



Team "Uruguayos", perdedor por 1 a 3 goals, del match de beneficencia.





Momento peligroso, delante de la raya de los "Argentinos". Un pase de Scarone, Brinsa y Pérez.



CLUB K. D. T. — Almuerzo ofrecido en honor de los visitantes del "Club Sports de Belgrano".



ROSARIO. — Sres. C. Santiago y R. Riganti, primero y segundo en la carrera celebrada en el Hipódromo.



Sres. Viglerebro, Colak y Menucci, ganadores de la carrera pedestre de 1.800 metros.



GOLS CLUB SAN ISIDRO.—Sta. Inés Anderson, ganadora

Negros de la Guayana Holandesa



Una aldea de negros en el río Maroni.

En la actualidad, en las regiones menos civilizadas y hasta inexploradas de la Guayana Holandesa, convive una gran federación de negros cimarrones, africanos más o menos bozales, llamados «Bosch Negers», y cuyo número asciende por lo menos a 7.000. Cada aldea tiene su representante, de modo que cada uno de los cuatro distritos principales elige un jefe. Este, que denominan «gramón», o gran hombre, es, en la actualidad, un hábil negro cimarrón, de edad avanzada, que se llama Osayisay. Estos negros practican la poligamia y, para la transmisión del mando, el hijo mayor de la hermana mayor del gramón o gran hombre sucede a éste. Hay tres tribus principales, a saber: la de Samaraca, la de Becoe y la de Djoeka. Los de esta última habitan en las orillas de los ríos Maroni, Coermotibo y el Alto Cottica.

Estos negros pueden citarse como magníficos tipos de desarrollo físico. Se atan pinzas o grapas de níquel en el pelo, — que tienen muy crespo, — y usan aretes de oro. El traje que llevan es simplemente un taparrabo, de colores muy vivos. Adoran el árbol del algodón, porque creen que así aplacan al espíritu malo. Llaman Obeach a cualquier objeto acerca del cual tienen alguna superstición, y se lo aplican a todas las influencias maléficas, a sus fetiches o hechizos, en general, debiendo agregarse que muchos de ellos rechazan la cámara fotográfica del explorador porque la consideran un espíritu malo.



En el río Coermotibo.

Su idioma, que se denomina «taki-taki», es, en realidad, un compuesto lingüístico muy notable de sus dialectos originales de la costa, con una buena dosis de una jerga mezcla de inglés y holandés, sazonado con unos cuantos derivados del francés y del español.

En una exploración que realizó el señor Wellington Furlong, por entre los bosques de la Guayana navegando por los ríos Coermotibo y Alto Cottica, donde por lo general tienen los negros y caribes levantadas sus aldeas, fué invitado varias veces por esos indígenas a pasar la noche entre ellos. En seguida que el jefe se enteraba de la llegada del explorador, le daba la bienvenida, que él retribuía obsequiándole con hojas de tabaco. Después de mezclar éstas con agua del río en una calabaza, exprimía el jefe el extracto, con las manos, se introducía la mezcla en la nariz, a lo cual seguían unos cuantos estornudos, y luego le acompañaba a una choza de palma que se le había asignado para pasar la noche. Tales eran los recibimientos diplomáticos de los indígenas de esas regiones.

Jabón

"TINKAL"

de fama universal

Embellece y perfuma el cutis
¿Por qué no lo prueba Vd.?





Placa colocada en el hall del Hospital Italiano Garibaldi, en memoria del Dr. José Mangiante.



El presidente del Hospital Italiano, pronunciando el discurso al descubrirse las placas en homenaje a los Dres. Mangiante y Castagnino.



Placa colocada en el Hospital Italiano Garibaldi, como homenaje al benemérito Dr. José Castagnino.



Comisión de fiestas en la Cindirella, realizada en el "Savoy Hotel", a beneficio de la Cruz Roja Británica, con asistencia de los cónsules de Francia, Italia, Inglaterra y Norte América.



Recepción ofrecida por el cónsul de Austria Hungría, señor Jorge Gallati (x), a sus amigos y cuerpo consular, festejando el cumpleaños del emperador Francisco José.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión, 598 (Avenida) - Administración: Unión, 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre........	$ 2.50	Trimestre........	$ 3.00	Trimestre.....	$ oro 2.00
Semestre........	„ 5.00	Semestre........	„ 6.00	Semestre......	„ „ 4.00
Año............	„ 9.00	Año............	„ 11.00	Año.........	„ „ 8.00
Número suelto...	20 ctvs.	Número suelto...	25 ctvs.		
Número atrasado	40 „	Número atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

APUNTES Y RECORTES

Créese que la gruta de mayores dimensiones que existe en todo el mundo se encuentra en la comarca de Black Hills, al Sur de la gran curva que describe el Missouri, comarca en la cual hay grandísimas montañas, algunas de cuyas cimas exceden de 2.000 metros de altura.

La gruta a que nos referimos mide 83 kilómetros de largo y tiene 1.500 salones, algunos de los cuales alcanzan 60 metros de alto. Esta gruta está situada a 120 metros sobre la tierra, a una altura de 1.800 metros sobre el nivel del mar.

———

Dicen los marinos que las olas más altas se encuentran en aguas del cabo de Buena Esperanza. Bajo la influencia de una galerna del N. O. se han visto olas que pasaban de 12 metros y medio de altura.

A UN MOZO MUY CACHACIENTO



— Vaya, amigo, a traerme un bife, y avise con una postal cuando llegue a la cocina.

———

Cuando Edison emprende algún trabajo nuevo, no lo deja de mano hasta que lo que busca lo consigue, o hasta que abandona la empresa porque no da resultado.

Inmediatamente después de conseguir o de inventar lo que se proponía, toma un odio tremendo al invento. Hablando de esto dijo en cierta ocasión: «No he escuchado un fonógrafo desde que lo inventé, y en muchas ocasiones doy un rodeo por no encontrarme ante una lámpara incandescente.»

———

Se dice que los trabajadores de Irlanda, que se alimentan principalmente de la patata, no padecen nunca gota.

———

El doctor Zamenhof, creador del Esperanto, asegura que el 5 de diciembre de 1878 fué realmente el día en que nació este nuevo lenguaje. Sin embargo, no publicó el primer folleto acerca de él hasta nueve años más tarde; el título de esta obrita, publicada a costa de su autor, era: *Un lenguaje internacional, por el doctor Esperanto.*

El éxito del folleto fué insignificante en un principio; pero llegó un ejemplar a manos del marqués de Beaufront, un aristócrata francés entusiasta hoy del nuevo idioma, y éste recibió la idea con verdadero entusiasmo, y puso el Esperanto en vías de éxito verdadero.

La rapidez con que este lenguaje se está popularizando, lo demuestra el hecho de que el Esperanto se enseña hoy en muchas escuelas de comercio de Inglaterra, Francia, Suecia y Alemania, estando enormemente extendido en nuestro país, donde hay escuelas especiales que dictan cursos.

———

La transparencia de la atmósfera aumenta con la sequedad y la rarefacción. El aire en los trópicos es muy seco por la rarefacción que producen los rayos del sol. Algunos viajeros que han estado en las altas llanuras de Quito (República del Ecuador) han quedado sorprendidos ante la nitidez con que se pueden ver objetos situados a 50 y 60 kilómetros de distancia.

En las islas Canarias la atmósfera es notablemente clara, lo cual se debe a las columnas de aire seco que suben de las llanuras de Africa, transportadas por los vientos de Occidente.

Desde el pico de Tenerife se distinguen perfectamente las casas, viñas, jardines y las costas.

Las regiones altas de Persia tienen también la atmósfera de una transparencia maravillosa. En la zona ártica ocurre lo mismo que en la zona tórrida. En Spitzberg se puede fácilmente hacer creer a un viajero que dista de la costa nada más que una milla o dos, distando en realidad veinte.

———

Es curioso el hecho de que el mal tiempo afecta a los leones, igual que a los hombres. Los peones encargados de cuidar las fieras en el Jardín Zoológico dicen que cuando el día está lluvioso los leones se ponen taciturnos y recobran la animación cuando sale el sol. El mal tiempo, sin embargo, no les priva de recordar la hora de comer. Cuando ésta se aproxima se animan y se ponen tan juguetones como si fueran cachorros.

———

Para hacer señales en el mar no se izan nunca más que cuatro banderas a un tiempo. Es interesante el hecho aritmético de que con diez y ocho banderas distintas, sin izar más que cuatro cada vez, se pueden hacer nada menos que 178.640 señales diferentes.

———

La limpieza del cutis ejerce un efecto sorprendente en la asimilación del alimento. Se ha probado que lavando los cerdos a diario dan una quinta parte más de carne que los que no se lavan.

———

Cuando un colibrí llega a una flor de la cual no puede libar el néctar, se ha observado que se excita de un modo extraordinario, llegando hasta a hacer pedazos la flor.

———

Sabido es que la población de los Estados Unidos crece con gran rapidez, pero es de notar que los negros se multiplican con mucha mayor rapidez que los blancos; los primeros doblan su número en 20 años, y en 35 años los segundos.

———

Hánse escrito muchas obras eruditas acerca del origen del hombre en el Nuevo Mundo, y no han faltado sabios que hayan creído que el Jardín del Edén se hallaba en la base oriental del poderoso pico de Sorata o Illampu; otros han descorrido el velo de una antigüedad sumamente remota y nos dicen cuándo apareció el hombre por vez primera en Sud América. Es probable que sus tierras habitables estuvieran bien pobladas en un período contemporáneo con los mamíferos terrestres pliocenos, cuyos restos se encuentran en tanta abundancia al sudeste de Bolivia, la República Argentina y el Brasil.

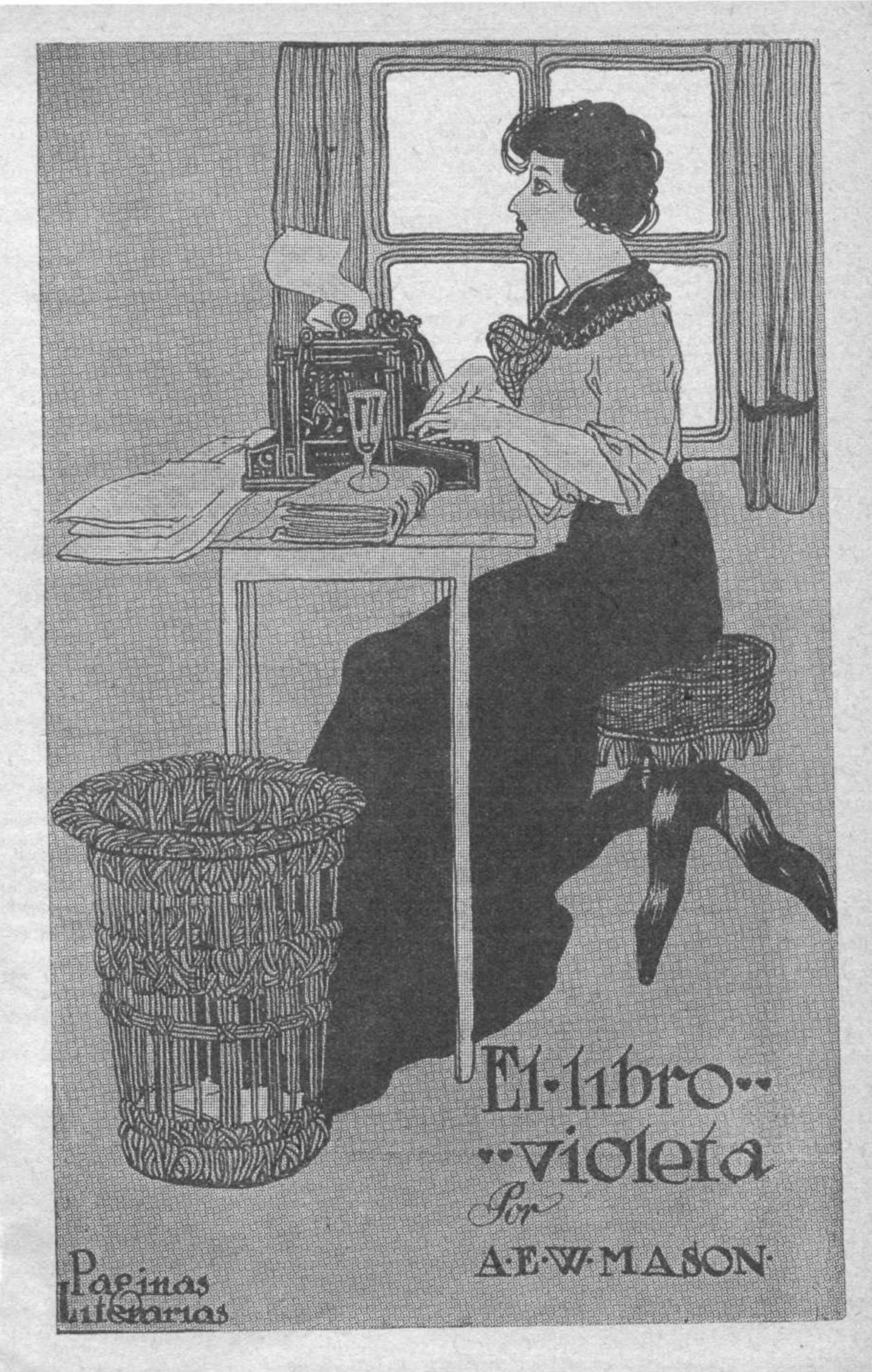
Las relaciones de los indígenas sud-

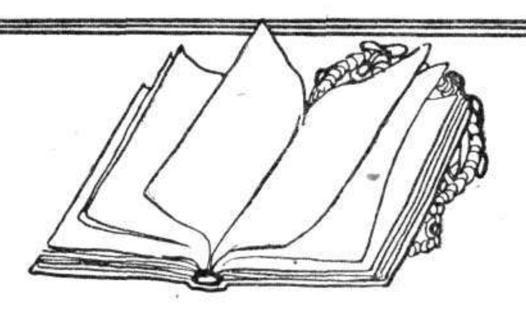
ATORRANTES GENUINOS



— Mirá, un peso en el suelo.
— ¡Que lástima, si no tuviéramos las manos en los bolsillos, lo agarrábamos!

americanos entre sí dependían en gran manera, — por lo menos durante muchos millares de años, — de los mares interiores que se extendían de las montañas Ventana y Curumalal, de Buenos Aires, hasta la vertiente que hay entre las Hoyas del Amazonas y Orinoco, si no hasta el Mar Caribe. El área total de estas aguas del Mar de las Pampas, el Lago Mojos y el Mar del Amazonas, ascendía aproximadamente a 1.115.000 millas cuadradas. Todos unidos separaban a Sud América en dos grandes divisiones, a saber, la brasileña y la andina. Los habitantes de cada una de ellas tenían un desarrollo etnológico propio y peculiar, toda vez que la comunicación con ellos estaba interrumpida por una barrera cuyo ancho era de unas 400 millas de agua. Sólo un eslabón de tierra que se extendía al este y el oeste, entre los 17º y 19º de latitud sur, comunicaba las dos partes del continente. Formidables eran las dificultades que se presentaban para el tránsito, pero hasta la fecha dicho eslabón es el único que se usa. Separaba el Mar de Las Pampas del Lago Mojos, y hacía las veces de un gran puente entre las tribus.


El libro violeta
Por
A·E·W·MASON·
Paginas Literarias



El libro violeta

Por A. E. W. Mason

Unos cuantos amigos de Murgatroyd, el médico, reunidos a su mesa, debatían con cierta perplejidad esta cuestión: «¿Qué dosis de verdad puede haber en lo que dice un médico?» En medio de la discusión una voz reposada surgió, de uno de los ángulos del comedor donde se hallaban, y todos se volvieron hacia un hombre de mediana edad, el cual gozaba de reputación en Europa, y que se entretenía en repiquetear, con la punta de los dedos, en el borde del vaso de vino que tenía delante:

— Sería arriesgado no apartarse, en este caso, de una regla general, — dijo Sir James Kelsey. — Pero yo os diría, si guardáseis el secreto, la media verdad. — Vaciló un momento, y continuó reposadamente: — Recuerdo, en este instante, un secreto tremendo, que ha sido guardado durante varios años. Yo lo llamo: «La historia del libro violeta.»

Instantáneamente cesó la discusión. ¡Era tan raro que Kelsey se dignara hacer algo semejante a una confidencia! Pero, a la sazón, parecía hallarse en humor de hablar.

«Todos vosotros recordaréis a Juan Rymer, y algunos, su carrera de médico, así como las trágicas circunstancias de su muerte. No hay duda de que fué un maestro de la cirugía. Hallándose recién a los 37 años de edad, a las diez, en una mañana de julio, después de llevar a cabo tres operaciones con su acostumbrada destreza, al penetrar en su consultorio, se saltó la tapa de los sesos.»

Aquí y allá se oyeron algunas exclamaciones de los oyentes: «Sí, yo recuerdo». «Fué por exceso de trabajo, yo creo.»

Sir James Kelsey se sonrió.

«Exactamente, — dijo él. — Esa es la media verdad. Exceso de trabajo. Yo estuve familiarizado con los detalles de la pesquisa, porque soy casado con la sobrina de Juan Rymer. Se probó, por ejemplo, que durante la última semana de su vida, habíase llegado a hablar de que sus facultades mentales estaban alteradas. Y este temor alejó gran parte de su clientela, hasta el punto de encontrarse en ciertos apuros.

«Todos los que estamos alrededor de esta mesa, sabemos qué singular terror es resultado frecuente del exceso de trabajo o preocupación. Hubo exceso de preocupación, y de él derivó un abatimiento semejante al que produce, en ciertos casos, sobre el cerebro, la canícula tropical. Este fué el veredicto aceptado por todo el mundo. Las mismas trivialidades, respecto a la tensión en la vida moderna, hicieron su aparición; el público leyó, y olvidó luego, para ocuparse de sus asuntos, la trágica muerte de Rymer. Pero detrás de ella, hay, repito, un secreto grave.»

Vaciló una vez más, tomó un cigarro de la caja que le alargaba el dueño de casa, y dijo de un tirón: «Nadie puede hacer uso de él ahora. Pues no existe ya más evidencia que mi palabra, y yo negaría. Exceso de trabajo es lo que causó la muerte de Juan Rymer. No lo olvidemos.»

Luego empezó a contar la historia del libro violeta, a cuya terminación su cigarro estaba aún encendido, pues no dejó de fumar a medida que hablaba. Pero era el único cigarro encendido en la estancia.

«Tenía yo 25 años, cuando adquirí una clientela en Chailsey — pequeña villa situada en una hondanada y en medio de altos y sombríos árboles, en el mismo corazón de las dunas de Berkshire. — A duras penas encontraríais lugar más agreste y apartado, en toda aquella serie de remotas y pequeñas villas. Pero como había allí establecidas dos caballerizas de entrenamiento, solían producirse accidentes en las carreras, saltos, y demás. Lo cual daba, a veces, bastante trabajo. A mí me gustaba el paraje, y me aficioné aun más a él, cuando Bradley Rymer y su hija vinieron a vivir en el caserón que estaba situado en la falda de la duna inmediata al pueblo.

«Fué como a los ocho meses de haber muerto Juan Rymer, que su hermano, tipo de escasa estatura, ancho de hombros, de cara amplia y expresión bonachona, de unos 45 años, vino a establecerse allí. Se decía de él, que había sido muy pobre. Tan pobre, que su hija había tenido que ganarse la vida escribiendo a máquina. Pero no había duda de que era, en la actualidad, suficientemente rico. «Canadá es el gran país», decía con frecuencia; «yo saqué mi dinero de aquella tierra». Y cada vez que, por la mañana, galopando, entablaba conversación con alguno de los muchachos que frecuentaban la pista de entrenamiento, discutía con ellos la conveniencia de ir a buscar fortuna a aquella tierra.

«Su hija Violeta — a quien la mayoría de vosotros conoce como mi esposa — tenía muy poco parecido con su padre. Era ella, una joven bella, de porte sutil y esbelto, de edad como de 19 años, con hermoso cabello y ojos grandes del color de su nombre. Se mantenía siempre distanciada. Rara vez bajaba al pueblo, y cuando uno se encontraba con ella, en su casa, observaba invariablemente en sus maneras algo de reserva y timidez; y en su mirada, una cosa que era para mí indescifrable. No era aquello meramente turbación. Era una especie de perplejidad; algo así como si no acertara a donde mirar al dirigiros la palabra.

«Nosotros hemos llevado una vida ruda», me decía Bradley Rymer, una de las raras noches que aceptaba su invitación de quedarme a comer. «Y un año o dos de reposo es lo que nos hace falta».

«Hacía como tres meses que Bradley Rymer vivía en Chailsey, cuando acaeció la muerte de la reina Victoria, y reyes grandes y pequeños se congregaban para asistir a sus funerales. Nosotros en Chailsey — como en el resto de la Gran Bretaña — determinamos llevar a cabo un homenaje a su memoria, y se nombró una comisión para que resolviese el modo de darle forma.

«— Ha de ser una fuente, — propuse yo.

«— No, un vitroux para la iglesia, — prorrumpía el cura vicario de la parroquia. Y ahí nos estábamos. Grayley el entrainer y yo, de un lado; el cura y Hodllans el almacenero, de otro. El quinto miembro de la comisión estaba ausente. — Bueno, yo iré a ver a Mr. Rymer esta misma tarde, — dije yo finalmente. — El dará el voto de desempate.

«— Haced como os plazca, — repuso el cura en tono acerbo. — Bradley Rymer no va a la iglesia. Pero hasta tanto no se digne concurrir a las reuniones de la comisión, por mi parte no haré el más leve caso de su opinión.

« En esto, se levantaba la sesión. Yo tenía bastantes visitas que hacer a mis pacientes, de modo que, pasadas las ocho de la noche — más obscuro que de costumbre en aquella época del año — recién terminaba mis jiras. Sabía que Bradley Rymer comía tarde, de modo que esperaba alcanzar a verlo antes de que él y Violeta se sentaran a la mesa.

« Tenía que andar algo más de media milla, que era lo que distaba la casa de Rymer del pueblo, a pesar de que tomé por un atajo que subía casi rectamente por la duna. El edificio era de estructura cuadrangular, una casa amplia, y en cierto modo de apariencia austera, rodeada de altas hayas y de un parque cuidado bastante esmeradamente, después del cual se levantaba una pared de ladrillo color rojo que circundaba la propiedad. Tuve que esperar un par de minutos largos ante la verja de hierro. Aquello sucedía siempre. Al tirar de la campanilla se alzaba cautelosamente la punta de una cortina de la ventana de la portería, y después de ser examinado el visitante, la verja se abría. Esto lo atribuía yo a que los campesinos de Berkshire son gente pesada, nada diligente y muy curiosa. Tomé por el sendero que conducía a la puerta de la casa, la cual permanecía cerrada. Llamé, y un enorme mastín salió por el vestíbulo, husmeó, y *como éramos buenos amigos, fuese otra vez a su rincón.* Finalmente apareció una sirvienta. Bradley Rymer no tenía, en su casa, sirviente alguno varón, lo cual no dejaba de ser curioso.

« Un ayuda de cámara o un repostero es un espía que os echáis encima », me decía una vez. Esta es otra media verdad, como vosotros observaréis; yo asentía, y no hacía mayor caso de la aseveración. Así que, no me sorprendía ver acudir, al llamado de la campanilla, una mujer.

« — ¿Puedo ver al señor Rymer? — pregunté.

« — Creo que está en la biblioteca, señor, — contestó la mujer. — Muy bien; conozco el camino. — Y dejando mi sombrero en la percha, empecé a subir las escaleras.

« La biblioteca era una estancia espaciosa del primer piso, amoblada con todo confort; iluminada de un lado, por dos grandes ventanas, y del lado opuesto recubierta, hasta el techo, por una estantería colmada de volúmenes. Rymer poseía una famosa colección de libros primorosamente encuadernados en cuero verde, adquirida por él en subasta en un solo lote, libros que, en mi creencia, jamás leía. Sin embargo, le gustaba aquella estancia, y en ella pasaba la mayor parte del día.

« Empujé la puerta y entré. Pero la sirvienta se había equivocado. La biblioteca estaba desierta. Esperé, y mientras esperaba, atrajo mi atención un ruido que procedía de la estancia contigua. Al principio no me dí cuenta del ruido, pero luego presté atención, porque me pareció notar que el aposento de donde procedía, se había perceptiblemente obscurecido.

« Era — por lo demás — un ruido tan común, que uno no le hubiera dado importancia, si no fuera por el sitio y hora desusado. Pues generalmente un hombre ocupado anda siempre al son de él. Era, ni más ni menos, que el seco tac, tac, tac de una máquina de escribir, con el breve chirrido y pausa final en cada renglón.

« Quedéme escuchando, primero sorprendido por la rapidez con que la máquina escribía, y luego, maravillado de que a deshora y en aquella casa de recreo y opulencia, se trabajara con tamaña asiduidad.

« Repentinamente volvió a mi mente lo que se había murmurado en el pueblo de aquella familia. Violeta Rymer, en los tiempos de pobreza de su padre, había tenido que ganarse la vida escribiendo a máquina en una oficina. Bueno, ¿pero por qué había ella de continuar ahora una práctica tan monótona? No podía yo convencerme de que ella, si es que ella fuese, continuara ejercitando su habilidad en la máquina de escribir, por divertirse. Vosotros podéis inmediatamente, por el sonido de las teclas, saber si una persona tiene interés y presta atención a lo que está escribiendo a máquina, o si, por el contrario, escribe para pasar el tiempo. En el primer caso, se percibe algo animado, con vida, uno está consciente de la existencia de la personalidad; en el segundo, se nos hace pensar en un clérigo distraído que discurre por el templo cumpliendo una penitencia.

« Pues bien; era justamente esto último en lo que hacía pensar el sonido de la máquina. Parecía ser ésta conducida a cumplir una tarea fastidiosa, y como Violeta Rymer había, desde tiempo atrás, empezado a interesarme, me asaltó, en aquel momento, la idea de que pudiera ser objeto de un real desconsuelo.

« Porque acasó aquel misterio, con el cual tropezaba por casualidad, podía explicar la causa porqué se la veía tan poco en Chelsey.

« Mientras me hacía esta reflexión, una puerta se abrió y volvió a cerrarse violentamente. Era una puerta que conducía a aquel mismo aposento, cuyo golpe, al cerrarse, había coincidido con el cese del tac, tac, tac, de la máquina de escribir. Hubo un momento de pausa, y luego se oyó una voz colérica. Era la voz de Rymer, que a penas reconocí.

« — ¿Pero, qué es eso? — gritó. — ¿Una novela? ¿Un libro de sermones? ¿Un prospecto?

« — ¿No he de verte nunca, Violeta? Pasas los días enteros agobiada por seis peniques la hora. ¿No compré yo esta casa para tí? ¿No fué por tí, que trabajé hasta enriquecerme? — Y la muchacha le interrumpió, con voz desfallecida:

« — ¡Oh! No digáis eso, padre mío.

« — Pero lo digo. — Y repetidamente el tono de su voz se hizo más blando. — Es la verdad, Violeta. Tú sabes que es la verdad. Siempre me ha mortificado la idea de que hayas tenido que perder mucha parte de las distracciones propias de la juventud, teniendo que ser esclava de aquella tarea demoledora. Y ahora, ¿persistes aun en ella? ¿Por qué, Violeta? ¿Por qué?

« Y a través de la puerta llegó hasta mí su respuesta, en una exclamación de mal contenido despecho.

« — Porque, porque siento que, a pesar de parecer todo de color de rosa, reniego de ser quien soy.

« A esta corta disputa, puso término una tercera voz, hablando tan bajo que no pude percibir lo que decía; pero sí a Bradley Rymer que preguntó: « ¿En la biblioteca? »

« A penas tuve tiempo de retirarme, de un salto, a una de las ventanas, y colocarme en una actitud distraída, para disimular, cuando él entró precipitadamente en la biblioteca. Era entonces ya casi obscuro, y dió algunos pasos para buscarme. Abandoné la ventana para salirle al encuentro, y al percibirme, exclamó: — ¡Oh! ¿Estabais aquí, Kelsey? Voy a pedir una luz, porque a penas puedo ver.

« Tocó una campanilla, y en seguida trajeron una lámpara, que tomó de las manos del sirviente y colocó en una esquina de su escritorio entre yo y él.

« — ¿Cuánto tiempo hace que aguardábais, Kelsey? — me preguntó. Y sin saber yo por qué, me pareció súbitamente que aquel hombre, que se encaraba conmigo tan correcto en su traje de *smoking*, con su habitual sonrisa en los labios, era peligroso. Sí, peligroso; esa es la palabra.

« — Algo así como un minuto, — respondí yo del modo más indiferente, mientras él cruzaba la habitación con presteza en dirección a la estufa y llamaba nuevamente.

« — Decid a la señorita Violeta que ha venido el señor Kelsey, — dijo, dirigiéndose a la criada.

« Luego volvióse nuevamente a mí, y con toda afabilidad, después de sentarse ante el escritorio, preguntóme:

« — ¿Y qué os trae en mi busca, querido Kelsey?

« Le hablé respecto del homenaje, y de cuando en cuando me contestaba como al azar. Escuchaba, pero sin poner atención a lo que me decía. Y a todo esto, distraído, abría y volvía a cerrar uno de los cajones del escritorio que tenía al alcance de su mano.

« No podéis figuraros la sobrenatural inquietud que se apoderaba de mí. La mayoría de los presentes, me imagino, estará al tanto de los progresos de la fotografía. Al colocar una placa en el revelador, vemos, en un instante, aparecer sobre la blanca superficie, la imagen clara del retrato. Yo nunca he observado la operación, sin pensar en que ella era obra de milagro. Pues bien, aquel milagro, parecía estarse consumando, en aquel mismo momento. Bradley Rymer se me aparecía, ahora, como un miserable, como un asesino, y observaba, con creciente temor, aquel cajón de su escritorio. Esperaba que escondiese la mano dentro de él, con alguna siniestra intención.

« Pero, mientras yo esperaba esto, la puerta del aposento contiguo se abrió, y ambos cesamos de hablar. Escuchamos, y aunque se oían voces, no pudimos distinguir lo que se decía. Violeta y la sirvienta eran quienes conversaban. Bradley Rymer se levantó, con

su expresión benévola, y sonriendo del modo tan francachón que yo conocía. «Quedáos a comer», me dijo. «Quedáos». Pero yo rehusé. Sentía la necesidad de estar lejos de allí, para explicarme todo aquello. De modo que pretexté una visita urgente, y me alejé.

«Era, a la sazón, completamente obscuro, y al respirar el aire frío de la noche, empecé a preguntarme, mientras andaba hacia la portería, si no estaba siendo víctima de una alucinación. Bradley Rymer traía a mi memoria el trágico fin de su hermano. Pero, ¿no sería que la fatiga, producida por el incesante ir y venir para atender aquella clientela de campaña, me estaba debilitando? Me dí vuelta hacia la casa, y la escena que acababa de presenciar, se renovó más vivamente a mis ojos, para no dejarme dudar más. Veía a Bradley Rymer en actitud de abrir y cerrar el cajón de su escritorio. Oía levantar su voz con aspereza, para reprochar a Violeta, y el tac, tac, de la máquina de escribir. No; yo no había soñado.

«Llevaba andadas unas cien yardas, loma abajo, cuando hirió el silencio un silbato que lanzó dos notas agudas y prolongadas; y a tiempo que me detenía, un hombre surgió de entre la hierba, casi a mis pies, lanzando una exclamación gutural, como quien despierta de un ligero sueño. Si hubiera yo dado un paso más, hubiera pasado sobre él. Un segundo después, la luz deslumbradora de una linterna eléctrica, dirigida en pleno rostro, me enceguecía. Dí unos pasos atrás, llevándome las manos a los ojos, y mientras esto hacía, la linterna dejó de alumbrar. Permanecí un instante rodeado de una obscuridad impenetrable, y luego alcancé a percibir, en frente de mí, una sombra que se alejaba.

«— ¿Qué queréis? — grité.

«— Nada, — me respondieron.

«Yo hubiera tomado al individuo, por un gitano de los que, en verano, pululan por aquellas dunas, si no hubiera sido por una razón: el acento alemán que noté al contestarme. Además, el silbato de alarma, la linterna. Todo ello me sugirió la idea de que la casa de Bradley Rymer estaba vigilada.

«Reanudé mi marcha, primeramente sin apurar el paso. Y en cuanto estuve a una distancia prudente, eché a correr, presa de verdadero pánico, y no paré hasta el pueblo.

«Violeta estaba en aquella casa, y estaba rodeada por extranjeros. Teníamos, en el pueblo, un policía; pero no valía para gran cosa. De modo que tomé mi bicicleta, y pedaleé catorce millas, subiendo, con ella a cuestas, algunas colinas y bordeando el resto de ellas, hasta que llegué a Reading, e inmediatamente me dirigí a la casa del condestable de policía, que era conocido mío.

«— ¿Está el capitán Bowyer? — pregunté a la sirvienta.

«— No, señor; hoy come fuera de casa.

«— ¿Pero, en la ciudad?

«— Sí, señor.

«Yo estaba blanco de polvo, y calado de sudor. La muchacha, luego de observarlo, agregó: — El señor dejó dicho que le telefoneasen, si alguien lo necesitaba con urgencia.

«— Lo necesito con la mayor urgencia, — repuse. — Y la muchacha se dirigió en seguida al teléfono.

«Mientras aguardaba, empecé a reflexionar y a preguntarme si no había andado muy deprisa en mis alarmas. Me parecía que iba a tirarme una plancha, como vulgarmente se dice, porque — después de todo — ¿en qué más podía basarme yo que en un acento alemán, una linterna y el sonido de un silbato? Esperé como media hora, antes que Bowyer llegara. Era éste, hombre de alta estatura, grandes bigotes y expresión enérgica. Parecía capaz de todo lo concebible. Empecé mi historia, con buena dosis de desaliento; pero no fuí muy lejos antes de que su cara se tornara sombría, y no me interrumpió hasta el fin.

«— La casa de Bradley Rymer, — dijo entonces, poniéndose de pie, — la conozco. — Salió al pasillo, oí su voz al teléfono, y volviéndose luego hacia mí me dijo:

«— Pedí algunos hombres y un coche. ¿Queréis esperarme aquí a que me cambie?

«— Sí, — repuse yo.

«Para entonces, todos mis temores habían vuelto a renacer, puesto que él tomaba tan en serio la cosa.

«— ¿A qué hora dejó usted la casa?, — preguntó.

«— A las nueve, — contesté.

«— Y ya son las once. Sí; debemos apurarnos. ¿En lo de Bradley Rymer? Así que están allí.

«Antes de que volviese de cambiar de traje, oí el chirrido de un automóvil, que se paraba a la puerta, y al salir los dos, ya estaban aguardando, en el descanso de la escalera, cinco agentes de policía.

«Trepamos todos al automóvil, y el escarpado camino de Streatley, que me había costado tanto trabajo andar, con mi bicicleta, desaparecía ahora bajo las anchas ruedas del automóvil, devorado por los cuarenta caballos de fuerza que desplazaba el motor. En Streatley tomamos cerro arriba, por el camino denominado «Aldworth Road», y no tardamos en sentir, en el rostro, la fresca brisa de la tierra baja. Por primera vez, durante el viaje, despegué los labios, y dirigiéndome a Bowyer, pregunté:

«— Pero, ¿conocéis vos a esos sujetos?

«— Los conozco, — contestó; — agregando, después de un momento: — Con todos esos reyes y emperadores en Londres, con motivo del funeral, por supuesto, hubieron de tomarse, en el continente, muchas precauciones. Todos los anarquistas conocidos fueron objeto de una vigilancia severísima, y la mayoría, con una u otra excusa, fueron arrestados. Pero tres de ellos lograron escurrirse a través de la red, y llegar a Londres.

«— Luego, ¿estaban en Londres? — argüí yo.

«— Así lo creerá usted. Pero hoy hemos sabido que hay indicios de que están en Berskhire, a pesar de que no ha sido posible aun hallar la pista segura de ellos.

«Se me ocurrieron una porción de preguntas más que hacer, pero opté por callar. Estábamos sumidos en la obscuridad más completa.

«— Aquella es la casa, — dije yo al fin. — Y el capitán Bowyer, tocando al chauffeur en el hombro ordenó: — Pare.

«Descendimos del coche, y reanudamos a pie el camino, cuesta arriba, haciendo el menor ruido posible. La noche no podía ser más negra; sólo brillaba, por momentos, alguna estrella que lograba asomarse un instante a través del cielo encapotado. De abajo, del pueblo, llegaba, hasta nosotros, el ladrido intermitente de los perros, y el viento silbaba a nuestros pies, azotando las altas hierbas que crecían a ambos lados del sendero. No oímos a nadie hasta la portería, la cual permanecía a obscuras; la casa no la distinguíamos desde allí, pero el reflejo de una luz sobre la copa de los árboles más altos del parque, nos decía que uno de los aposentos permanecía iluminado.

«— ¿Sabéis qué aposento es ese? — me preguntó Bowyer.

«— La biblioteca.

«Nos distribuímos y circundamos el muro del parque; pero no notamos la presencia de nadie, ni oímos silbato alguno.

«— Se fueron, — dije a Bowyer.

«— O están adentro, — contestó; — y ni bien dijo esto, oímos pasos precipitados, y uno de los agentes nos decía en voz baja: — Por aquí, señores. Están adentro.

«Le seguimos hasta la pared de atrás del jardín, a la mitad de la cual estaban los demás agentes, en un grupo. Al llegar donde ellos estaban, nos señalaron una escalera que caía perpendicularmente sobre la pared, y del otro lado, un macizo de árboles altos. Sin proferir una palabra, uno después de otro, subimos por la escalera, y bajamos del otro lado, por los árboles, hasta hallarnos en el parque.

Protegidos por la sombra que proyectaban los árboles, examinamos la casa, que hubiera parecido envuelta en la obscuridad más completa, a no haber sido por las anchas fajas de luz que se escapaban de las ventanas de la biblioteca.

«Las cortinas de esta habitación, situada en el primer piso, estaban sin correr, de manera que la luz se proyectaba libremente en la copa de los árboles. No se oía sonido alguno ni indicio de desorden. Una vez más, empecé a pensar que había conducido, hasta allí, a Bowyer inútilmente, y así se lo dije en voz baja.

«— Pero, ¿y la escalera? — me contestó, y no tuvo tiempo de concluir la pregunta, cuando apareció, en una ventana, la silueta de un desconocido. No sé cómo pude contener un grito que se me escapaba de la garganta, y asi a Bowyer de un brazo con tal violencia, que dos días después aun me mostró las señales de los dedos. Pero él permaneció firme como una roca.

«— ¿Es Rymer ese?

«— No; es la primera vez que veo a ese individuo.

«Parecía hombre de continente reposado, y por la indiferencia que revelaba al asomarse a la ventana, no parecía sino que fuera el dueño de casa. Después de permanecer un momento mirando afuera, se volvió cara al aposento, y como obedeciendo a una indicación que se le hiciera desde dentro, cerró las celosías.

«De manera, pues, que aquellos individuos, que habían logrado colarse por entre la red que les tendiera la policía del continente, estaban allí posesionados de la casa, sin ruido alguno y lo más pacíficamente. El corazón se me saltaba del pecho, al pensar en Violeta.

«Bowyer nos hizo seña, y andando cautelosamente sobre el césped, cuidando de resguardarnos a la sombra de los árboles, dimos vuelta a la casa. Uno de los hombres corrió lo más precipitadamente, sin hacer ruido, por una vereda que conducía rectamente al muro del edificio, y después de seguir pegado a éste un trecho, volvió con la misma ligereza.

«— Sí; hay una ventana abierta, — dijo. — Cruzamos todos en la dirección indicada por nuestro hombre, y no tardamos en hallar una ventana que se abría ante nosotros, negra como un abismo. Escuchamos; ni un sonido.

«— ¿Adónde da? — preguntó Bowyer.

«— A un pasaje, y al final de éste hay una puerta giratoria, después de la cual se entra en el hall.

«Trepamos resueltamente por la ventana.

«— Debe haber un mastín en el hall, — dije yo.

«— ¡Ah! — y Bowyer se paró en seco. — ¿Creeis que Rymer esperaba a esta gente?—preguntóme.—Esta pregunta ya había empezado a hacérmela yo. Estaba claro que el perro no había dado señal de alarma alguna. Pero la razón la hallamos tan pronto llegamos al hall. El perro yacía rígido sobre las losas del piso, con un pedazo de carne atravesado en la boca.

«— Pronto,—dijo Bowyer en voz baja,—al lanzarme yo escaleras arriba para enseñar el camino. Al final de las escaleras oímos, por fin, un murmullo de voces y nos paramos aguantando el aliento. Unas cuantas palabras, dichas con marcado acento extranjero, se destacaron del murmullo, llegando hasta nosotros: «¿Dónde está?» «¿No queréis decirlo?» «Muy bien, entonces.» Un gemido ahogado siguió a estas palabras, y una vez más la misma voz se dejó oir: «¡Esperad, Adolfo!» «¿Detrás de los libros?» «¿Allí?» «¿Más allá?» «¿Allí?» En esto, Bowyer izo irrupción dentro del aposento, seguido por todos nosotros, y apuntando con su revólver, con toda calma, dijo: — Tiraré al primero que se mueva. — Ninguno se movió.

«Parecían todos figuras de cera, modeladas para permanecer siempre en aquella actitud. Imaginaos, si os es posible, la escena que se presentó a mis ojos. Subido en la escalera de la biblioteca, con un brazo metido hasta el codo entre los libros de uno de los últimos estantes, estaba uno de los extranjeros. Un segundo — el que nosotros habíamos visto a la ventana — permanecía apoyado en el respaldo de una silla, a la cual estaba atado Bradley Rymer, con una mordaza en la boca. El tercero, sostenía a Violeta. Ella estaba de pie en medio de la estancia, con los brazos atados al cuerpo, y un lazo corredizo echado al pescuezo. El extremo de la cuerda había sido pasado por una gruesa anilla que había sujeta al cielorraso y la cual servía para sostener una de las lámparas que alumbraban la biblioteca.

«Me precipité hacia ella; la libré del lazo que tenía al pescuezo, a tiempo que caía desfallecida en mis brazos.

«Al fondo de aquel estante encontramos un libro, no muy voluminoso, primorosamente encuadernado en marroquín color violeta y una cerradura forzada.»

A este punto del relato de sir James Kelsey, el doctor Margatroyd le interrumpió vivamente:

— El libro de apuntes de John Rymer, — dijo.

— Exactamente, — repuso Kelsey, — y el Canadá, de donde había sacado su fortuna Bradley Rymer.

Se produjo un rumor entre los que estaban alrededor de la mesa, al que siguió un embarazoso silencio. Finalmente, uno expresó el pensamiento de todos, exclamando:

— Miserable, un chantage.

— Sí; un chantage, — repuso Kelsey.

No había, seguramente, entre los oyentes uno que no recordase, en aquel instante, algún caso secreto que, guardado bajo llave en cierto cajón de su mesa, valdría quizás una fortuna en oro, pensando a la vez en la poca seguridad que ofrecen las cerraduras.

— Pero, ¿de dónde venían los tales revolucionarios extranjeros? — preguntó Margatroyd.

— Bowyer y yo — repuso Kelsey, volviendo a su relato — una vez en mi casa, después de haber mandado poner en seguridad los prisioneros, empezamos a hojear detenidamente el libro violeta. Al principio, no hallamos explicación alguna de aquel suceso. Pero al final del libro, tropezamos con un caso que picó mi curiosidad. Un Mr. Johnson había entrado en casa de John Rymer, el 17 de junio del año anterior, a las 5 de la mañana; una extraña hora de llegar. Pero así lo decía la nota, con los demás particulares del caso. Tres días después, Mr. Johnson era operado con toda felicidad, de cáncer en la garganta, y a las siete semanas dejaba la casa de Rymer, completamente curado. Creo que fué lo intempestivo de la hora en que Mr. Johnson llegó a casa de John Rymer lo que despertó mis sospechas; y cuanto más pensaba en el caso, tanto más se robustecían éstas. Entretanto, había mandado prender la estufa de la sala, porque la mañana había amanecido fría en exceso, y dije a Bowyer, levantándome:

«Esperadme un instante. — Yo conservo una colección del «Times», que fuí en dos saltos a buscar a uno de los cuartos de arriba, bendiciendo mi metódico instinto que me había hecho guardar, en orden, estos antecedentes. Bajé el fajo correspondiente a junio, y dando vuelta las páginas, hallé, en la fecha 14, la noticia oficial que buscaba.

«Púsela ante los ojos de Bowyer, que al leerla púsose en pie de un salto, lanzando una exclamación. Dicha noticia decía textualmente lo que sigue; lo recuerdo palabra por palabra, sólo invento un nombre para la población, en lugar de daros el nombre real: «El príncipe heredero de Galitzia dejó ayer la capital, dirigiéndose a su residencia del Tirol, en donde permanecerá, como todos los años, un par de meses, dedicado al deporte de la caza. Esto desmiente los rumores que circularon diciendo que la indisposición que últimamente sufrió su alteza era debida a una maligna afección a la garganta.»

«Debajo de esta noticia había una nota editorial, redactada así: «Lo importante de esta noticia no puede menos de interesar, porque, según lo establece la constitución de Galitzia, nadie que sufra de enfermedad crónica, podrá ascender al trono.»

«Ahora, identificad el Mr. Johnson de Rymer, con el príncipe heredero de Galitzia, y tanto la fortuna de Bradley Rymer como el asalto a su casa por los supuestos anarquistas, ambos hechos se explican perfectamente.

«— ¿Qué hacemos entónces? — preguntó Bowyer.

«— Lo que hubieran hecho los albaceas de John Rymer, si el libro no hubiera sido robado, — contesté yo, balanceándolo sobre el fuego de la estufa, sujeto por una de las tapas.

«Bowyer vaciló un momento. Su conciencia «profesional» le decía «no». Pero en seguida se dió cuenta del estupendo carácter del secreto y, pasando por sobre reglas y fórmulas, dijo por fin:

«— Sí, vive Dios, destruidle, — y ambos sentados, permanecimos allí mirando hasta que el último fragmento del libro se crispó entre las llamas. Yo no tenía duda alguna respecto a lo que había pasado. La media verdad, conocida del público, encajaba, como una pieza de rompe-cabezas, en nuestro descubrimiento. John Rymer había consentido, mediante el pago de una gruesa suma, tomar en su casa al príncipe heredero, bajo un nombre falso. Bradley se enteró de la operación, se apoderó de las pruebas del caso, y tenía a su merced al gobierno de Galitzia. A esto, siguió el suicidio de John Rymer. Acusado de mala fe, y desequilibrado ya; culpable de haber dejado escapar un secreto de muerte, que debía haber guardado como su vida, púsose el cañón del revólver en la boca y se saltó la tapa de los sesos.»

— ¿Y qué fué de los extranjeros? — exclamó uno de los oyentes, al terminar Kelsey.

— Estuvieron presos hasta después del funeral, y luego fueron enviados fuera del país.

Kelsey se levantó y encendió un cigarrillo. El reloj señalaba las once. Pero antes que ningún otro se levantara, el doctor Margatroyd hizo la última pregunta:

— ¿Qué fué de Mr. Johnson?

Kelsey sonrió.

— He dicho a ustedes que Rymer era un gran cirujano. Mr. Johnson es el rey de Galitzia, como estamos llamándole hace diez años.

SIR ARTURO CONAN DOYLE, *es caballero de San Juan de Jerusalén; nació en Edimburgo, en 1859, se educó en el colegio de Tonyhurst y se licenció en medicina en la universidad de su ciudad nativa. Su fama es universal, debido a su popular Sherlock Holmes; pero el renombre de escritor talentoso lo debe al gran número de novelas salidas de su pluma.*

Arthur Conan Doyle

El Ultimo galeon



Era una mañana de primavera, ciento cuarenta y seis años antes de la venida de Cristo. La costa norte del Africa, con su ancha orla de dorada arena, su verde cinturón de plumosas palmeras y su fondo de estériles y rojas colinas escarpadas, resplandecía como un país de ensueño a la luz de ópalo.

Fuera de un augusto borde de blanca resaca, todo el Mediterráneo yacía azul y sereno hasta donde la vista podía alcanzar. En toda su vasta expansión no había interrupciones; salvo una sola galera que lentamente venía del lado de Sicilia y se encaminaba hacia la lejana bahía de Cartago.

Vista de la distancia era una hermosa y majestuosa nave, de color rojo profundo, con doble hilera de remos escarlatas, su ancha vela inflada, teñida de púrpura tiria, mientras los baluartes resplandecían con sus piezas de metal. En la parte delantera sobresalía un espolón bronceado de tres dientes, y una gran figura dorada de Baal, el dios de los fenicios, hijos de Caná, brillaba sobre la cubierta de popa. En la punta del solitario mástil alto flameaba la bandera atigrada de Cartago. Así, como un majestuoso pájaro escarlata, con pico de oro y alas de púrpura, se deslizaba sobre la superficie de las aguas, apareciendo vista desde tierra como una imagen de poder y belleza.

¡Pero, aproximémonos y mirémosla! ¿Qué son esas rayas obscuras que manchan sus blancas cubiertas y salpican sus escudos de bronce? ¿Por qué los largos remos se mueven a destiempo, con irregularidad y convulsivamente? ¿Por qué faltan algunas de las portañolas, mientras otras se ven quebradas, con bordes dentados y amarillos, y algunas otras arrinconadas, inertes, a un costado? ¿Por qué dos dientes del espolón bronceado están torcidos y rotos? ¡Mirad, hasta la imagen de Baal está destruída y desfigurada! Por todos los signos se ve que este buque ha pasado por alguna dolorosa prueba, por algún día de terror, que ha dejado sus huellas profundas impresas en él.

Y ahora parémonos sobre la cubierta, y veamos más de cerca a los hombres que la tripulan. Hay dos cubiertas, una adelante y otra atrás, mientras en el abierto combés están las dobles hileras de bancos, arriba y abajo, donde los remeros, dos por remo, se esfuerzan y encorvan en su tarea continua. En el centro hay una angosta plataforma, a lo largo de la cual se pasea un número de guardias, látigo en mano, que cortan cruelmente las carnes del esclavo que se detiene, aún cuando no sea más que un segundo, para enjugar el sudor de su frente chorreante. Pero estos esclavos... ¡Miradlos! Algunos son romanos cautivos, otros sicilianos, muchos negros libios, pero todos están en el último grado de agotamiento, sus cansados párpados cerrán-

dose, sus labios hinchados con negras costras y enrojecidos con espuma sanguinolenta, sus brazos y espaldas moviéndose mecánicamente a impulsos del ronco canto del capataz. Sus cuerpos, de todos los tintes desde el marfil al azabache, están desnudos hasta la cintura, y cada espalda refuciente muestra las huellas de los furiosos latigazos de los guardianes.

Pero no era ese el origen de esa sangre que enrojece los asientos y tinta el agua salada que lame sus pies engrillados. Grandes heridas abiertas, señales de tajos de espadas y de lanzazos, se muestran carmesí sobre sus pechos desnudos y hombros, y muchos yacen amontonados e insensibles a través de los bancos, indiferentes completamente al látigo que todavía silba sobre ellos. Visto esto podemos comprender ahora por qué están vacías esas portañolas y abandonados los remos.

No estaba la tripulación en mejor estado que sus esclavos. Las cubiertas se hallaban llenas de heridos y moribundos. Los que todavía quedaban en pie eran sólo un pequeño resto. La mayoría de estos mismos yacían exhaustos sobre la cubierta de proa, mientras unos pocos de los más celosos estaban componiendo sus deshechas armaduras, arreglando sus arcos o haciendo desaparecer las señales acusadoras del combate.

Sobre una plataforma en alto colocada al pie del mástil estaba el piloto que gobernaba el barco, sus ojos fijos en el lejano punto de Megara que ocultaba el lado Este de la bahía de Cartago.

En la cubierta de popa estaban reunidos algunos oficiales, silenciosos y cavilosos, mirando de tiempo en tiempo a dos de los de su clase que estaban aparte, profundamente embargados en su conversación. El alto, negro, flaco, nervudo y fuerte, con facciones puras semíticas y miembros de gigante, era Magro, el famoso capitán cartaginés, cuyo nombre causaba todavía terror en todas las costas, desde la Galia hasta Euxino. El otro, un hombre trigueño, de blanca barba, con un valor y energía indomables grabados en cada línea vehemente de su cara aquilina, afilada y penetrante, era Gisco el político, de la más noble sangre púnica, un aristócrata de túnica púrpura y el «leader» del partido que en el Estado de Cartago había vigilado y luchado en medio del egoísmo y haraganería de sus compatriotas para levantar el espíritu público y despertar su conciencia ante el peligro siempre creciente de Roma.

Mientras hablaban, los dos hombres miraban continuamente, con caras ansiosas hacia la línea Norte del firmamento.

— Es un hecho de que, salvo nosotros, nadie ha escapado, dijo el mayor de los dos, con profunda melancolía en la voz.

— Yo no abandoné la batalla mientras vi un buque al cual pudiera socorrer, contestó Magro. Hemos salido de la lucha, según habéis podido ver, como un lobo que a cada lado hubiera llevado colgada una jauría. Los perros romanos pueden mostrar las dentelladas de lobo que lo prueban. Si alguna otra galera hubiera escapado estaría ciertamente con nosotros ahora, desde que no hay otro lugar seguro fuera de Cartago.

El guerrero joven miró penetrantemente hacia el punto lejano que marcaba allá delante a su ciudad natal. Ya podía verse la colina baja y frondosa, salpicada de trecho en trecho con las blancas villas de los ricos comerciantes fenicios. Sobre ellos, como un punto brillante contra el azul pálido del cielo matutino, resplandecía el techo bronceado de la ciudadela de Byrsa, que coronaba a la ciudad en declive.

— Ya nos pueden ver desde los miradores, observó. Aún de lejos pueden ellos conocer el galeón del negro Magro. ¿Pero cuál será de todos ellos el que adivinará que sólo nosotros quedamos de toda aquella hermosa flota que se hizo a la vela hace un mes, en medio del ruido de los tambores y del sonido de las trompetas?

El patricio sonrió amargamente.

— Si no fuera por nuestros grandes antecesores y por nuestra amada patria, la Reina de las Aguas, exclamó, podría mi corazón alegrarse ante la destrucción que cae sobre esta vana y débil generación. Vos, Magro, habéis pasado vuestra vida en los mares. No sabéis cómo han sido las cosas en tierra. Pero yo he visto crecer y extenderse sobre nosotros esta gangrena que ahora nos conduce a la muerte. Yo y otros hemos bajado a la plaza del mercado a suplicar al pueblo que reaccionara, y hemos sido apedreados con barro en pago de nuestros afanes.

Muchas veces he señalado a Roma, y he dicho: «Mirad a ese pueblo, que sabe llevar armas y sirve en la milicia, lo que cada hombre hace por deber y satisfacción propia. ¿Cómo podéis vosotros, que os amparáis detrás de esperanzas mercenarias, hacerles frente y resistirles?» Sí, cien veces se lo he dicho.

— ¿Y ellos no tenían contestación? — preguntó el capitán pirata.

— Roma está lejos, y no podían verla, de manera que eso no era nada para ellos, replicó el más anciano. Algunos pensaban en los negocios, otros en los votos y algunos otros en los beneficios que daba el Estado, pero ninguno veía que ese Estado, madre de todas las cosas, se iba hundiendo hasta llegar a su fin. Lo mismo podían las abejas ponerse a debatir para quién sería la cera y para quién la miel, mientras la antorcha estaba quemándose, la cual convertiría en cenizas la colmena y todo lo que había dentro. «¿No somos los dueños del mar? ¿No era Aníbal un gran hombre?» Tales eran sus gritos de contestación, viviendo en el pasado y ciegos en presencia del porvenir. Antes que ese sol se ponga estarán arrancándose los cabellos y rasgándose las vestiduras de desesperación, ¿pero de qué utilidad nos será eso ahora?

— Es algún consuelo, aunque triste, saber que lo que Roma agarra no lo puede retener, — dijo Magro.

— ¿Por qué decís eso? Cuando nosotros caemos ella impera suprema en todo el mundo.

— Eso será por un tiempo... — contestó Magro, gravemente. — Sin embargo, vais a sonreiros burlonamente, tal vez, cuando os refiera cómo lo sé. Había una profetisa o maga que vivía en esa parte de las islas Tin que penetra en el mar, y de sus labios he oído muchas cosas, pero ninguna de ellas ha fallado. Ella me predijo claramente la caída de nuestro país, y hasta esta batalla de la cual regresamos vencidos. Hay mucho saber extraño entre esas gentes salvajes que moran en la parte oeste de las islas Tin.

— ¿Qué dijo ella de Roma?

— Que también caería, como nosotros, debilitada por sus riquezas y sus facciones.

Gisco frotóse las manos.

— Eso hace que nuestra caída sea menos amarga, — exclamó. — Pero desde que nosotros hemos caído, y Roma caerá también, ¿quién podrá tener la esperanza de ser a su tiempo la Reina de las Aguas?

— Le he preguntado yo también, — dijo Magro, — le he dado mi cinto tirio con la hebilla de oro como premio de su contestación. Pero, en verdad, fué una recompensa demasiado elevada para la historia que me contó, que debe ser falsa, aun cuando todo lo que me haya dicho antes sea verdad. Dice ella que en el porvenir será su tierra, — esa isla circundada de neblina, donde los salvajes pintados apenas son capaces de llevar a remo de punta a punta una barquilla de mimbre, — la que tomará al fin en sus manos el tridente que Cartago y Roma han dejado caer de las suyas.

La sonrisa que fluctuaba en las facciones vivas y penetrantes del patricio desapareció instantáneamente, y sus dedos apretaron la muñeca de su compañero. El otro habíase puesto rígido, estiró la cabeza y clavó sus ojos de halcón en el lado norte del horizonte, donde su recta línea azulada veíase interrumpida por dos negros puntos bajos.

— ¡Galeras! — murmuró Gisco.

Toda la tripulación las había visto; habíase congregado instantáneamente a lo largo de los baluartes de estribor, señalando y charlando. Durante un momento se extinguió el peso abrumador y melancólico de la derrota, y un zumbido de alegría corrió de grupo en grupo al pensamiento de que no estaban solos, de que algunos otros, habían escapado como ellos de la gran carnicería.

— Por el espíritu de Baal, — dijo el negro Magro, — yo no hubiera podido creer nunca que nadie hubiese conseguido salir de aquella lucha infernal. ¿Podrá ser acaso el joven Amílcar en el «Africa», o será Benava en el barco «Sirio Azul»? Nosotros tres con otros podemos formar una flota y hacerles frente todavía. Si seguimos nuestro curso se unirán a nosotros antes que hayamos dado vuelta el malecón de la bahía.

Lentamente, la desmantelada galera seguía con dificultad su camino, y más velozmente avanzaban del norte las dos recién llegadas. Sólo a pocas millas de distancia estaba la punta verde y las blancas casas que flanqueaban la gran ciudad africana. Ya, sobre el promontorio, se podía ver un negro grupo de gente que esperaba. Gisco y Magro seguían observando con ojos contraídos los galeones cercanos, cuando de pronto el bronceado contramaestre libio, con ojos centellantes y dientes relucientes, se abalanzó a la toldilla, su largo brazo delgado extendido hacia el norte.

— ¡Romanos! — gritó. — ¡Romanos!

Un silencio profundo se esparció por todo el gran buque. Sólo el ruido del agua y el golpe rítmico de los remos lo rompía.

— ¡Por el altar de los dioses, creo que ese hombre tiene razón! — exclamó el viejo Gisco. — Mirad como se vienen sobre nosotros cual si fueran halcones. ¡Ellos están con sus tripulaciones completas y con todos sus remeros!

— Madera lisa, sin pintar, — dijo Magro, — ¡mirad como brilla amarillenta cuando le da el sol!

— Y esa cosa que está allá, detrás del mástil, ¿no es el maldito puente que usan ellos para el abordaje?

— ¡Así lo han hecho con todos menos uno! — replicó Magro, riendo con profunda amargura. — Pero se ve que ni una galera volverá al seno de la madre, a las costas del viejo mar. Por mi parte, cuanto más pronto termine esto será mejor. Me siento inclinado a hacer parar los remos y esperarlos.

— Ese es un pensamiento de hombre, — contestó Gisco, — pero la ciudad nos necesitará en los días que se aproximan. ¿Qué provecho sacaremos nosotros con hacer que la victoria romana sea completa? No, Magro, dejad que los esclavos remen como nunca antes han remado, no por nuestra seguridad, sino para beneficio del Estado.

De este modo el gran barco rojo siguió adelante cabeceando dificultosamente, como un ciervo rendido y jadeante que busca refugio de sus perseguidores, mientras las dos terribles galeras del norte avanzaban con mayor rapidez y cada vez se acercaban más. Ya el sol matutino brillaba sobre las líneas de yelmos romanos que asomaban por encima de los baluartes, y centellaba sobre la onda de plata que formaban las dos agudas proas al romper la serena agua azulada. Cada segundo, los buques se aproximaban más, y el sonido prolongado y fino de las trompetas romanas llegaba más fuerte.

Sobre el alto morro de Megara había reunido un gran gentío de Cartago, que se había apresurado a venir de la ciudad al correr la nueva de que las galeras estaban a la vista. Se hallaban allí congregados, ricos y pobres, aristócratas y plebeyos, blancos fenicios y negros kabilos, mirando con anhelante interés el espectáculo, desplegado ante ellos. A unos cientos de pies debajo de ellos, la galera púnica se había acercado tanto que a la simple vista podían ver esas manchas de batalla que contaban mudas su triste historia.

Los romanos avanzaban también de tal modo que en sus propias barbas iba a ser destrozada su última nave, y sin embargo, de toda esta multitud ninguno podía levantar una mano en su defensa. Algunos lloraban de impotente dolor, otros maldecían con ojos chispeantes y puños cerrados, y otros, de rodillas, alzaban suplicantes los brazos a Baal; pero ni las oraciones, ni las lágrimas ni las maldiciones podían deshacer el pasado o enmendar el presente.

Esa galera destruída, que venía arrastrándose, significaba que toda su flota había desaparecido. Aquellos dos buques impetuosos como flechas que seguían en pos significaban que las garras de Roma estaban ya en su garganta. Detrás de ellos vendrían otros y otros, las innumerables huestes adiestradas de la gran república, desde hacía tiempo señora de la tierra, y ahora dominadora también de las aguas. Dentro de uno, dos, tres meses a lo más, sus ejércitos estarían allí; ¿y qué podrían hacer para detenerlos todas esas multitudes inexpertas e indisciplinadas de Cartago?

— ¡No! — gritó uno, más confiado que los demás, — al menos somos hombres valientes teniendo armas en nuestras manos.

— ¡Necio! — exclamó otro. — ¿No es esa clase de charla acaso, la que nos ha traído a la ruina? ¿Qué es un hombre valiente inexperto en el manejo de las armas ante otro valiente adiestrado? Cuando os encontréis ante el empuje y arremetida de una legión romana podréis daros cuenta de la diferencia.

— ¡Adiestrémonos, entónces!

— ¡Demasiado tarde! Se necesita un año entero para convertir en soldado a un hombre. ¿Dónde estaréis vos... dónde estará vuestra ciudad dentro de un año? No, a nosotros no nos queda más que una esperanza. Si entregamos nuestro comercio y nuestras colonias, si nos despojamos de todo aquello que nos hace grandes, entonces, quizás, el conquistador romano detenga su mano.

Mientras tanto, la última lucha naval de Cartago rápidamente iba a epilogarse, allí, delante de ellos. Ante sus ojos las dos veloces galeras romanas se habían precipitado, poniéndose una a cada lado de la nave del negro Magro. Se habían agarrado en lucha, tratando de abordarlo, y Magro, en su loca desesperación, había lanzado las arqueadas uñas de sus anclas sobre las bordas de sus enemigos amarrándolos a él con garras de hierro, mientras con martillo y barrete abría grandes rumbos en la cubierta de su propia embarcación.

La última galera púnica no sería remolcada a Ostia, para servir de placentero espectáculo a la gente de Roma en los días festivos. Yacería en el fondo de sus aguas, y el alma sombría y terrible de su capitán pirata ardía de entusiasmo al pensar que no sería ella sola la que se hundiría en las profundidades del mar.

Demasiado tarde conocieron los romanos la clase de hombre con quién tenían que habérselas. Los abordadores que habían invadido las cubiertas de los otros buques púnicos, sintieron que el entablaje que pisaban oscilaba y se hundía. Trataron precipitadamente de ganar sus naves, pero éstas, también, eran arrastradas al abismo, presas de las férreas garras arqueadas de la gran galera roja.

La cubierta del buque de Magro estaba inundada de agua, y las galeras romanas, arrastradas hacia la enemiga por los lazos de hierro que las retenían, se inclinaban sobre un costado, de manera que ya una de ellas yacía sobre la superficie de las olas y la otra se alzaba en el aire. Luchaban frenéticamente por librarse del abrazo de muerte de la galera púnica, pero en vano. Ya ésta se había hundido para siempre y más y más ligero, con su mayor peso, arrastraba en pos de sí a las naves romanas.

De pronto se oyó un crujido estrepitoso. El costado de madera de una de ellas había sido arrancado, y mutilada, desmembrada, se enderezó de nuevo, y flotó sobre el agua como una cosa inerte y abandonada. Pero un último reflejo amarillo en las azuladas aguas permitió ver donde había sido arrastrada su compañera en el férreo abrazo de muerte de su enemiga. La bandera atigrada de Cartago había desaparecido bajo la arremolinada superficie, para no volver nunca más a ser vista sobre las aguas.

Ese año una gran nube opaca permaneció suspendida diecisiete días sobre la costa africana; una nube profundamente sombría que venía a ser como el negro sudario de la ciudad incendiada. Y cuando transcurrieron los diecisiete días los arados romanos fueron arrastrados de punta a punta sobre las cenizas carbonizadas, y se esparció sal sobre ellas como un signo de que Cartago ya no existía ni existiría jamás.

Allá lejos, sobre las distantes montañas, un montón de gente desnuda y hambrienta, contemplaba desde lo alto la desolada planicie, que en un tiempo había sido la más hermosa y rica de la tierra. Y comprendieron, demasiado tarde, que es ley divina que el mundo sea concedido al fuerte y abnegado, mientras aquel que rehuye de los deberes de la virilidad, pronto será despojado del orgullo, riqueza y poder, que son los premios que la virilidad otorga.

